JESUCRISTO Y LA MUJER

— POR LA —

Condesa Ernestina de Tremaudán

Canonesa de Santa Ana de Munich

TRADUCCIÓN DE

JOSEFINA BLANCO DE VALLE-INCLÁN

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

Carta de Monseñor Dubillard, Obispo de Quimper y de Leon
Obispado de Quimper y de León

Quimper, 27 de Septiembre de 1900.

Señora Condesa:

Con gran interés he leído su hermosa obra *Jesucristo y la Mujer*. Desde luego merece todos los elogios que de ella se hacen, y yo sólo puedo confirmar las halagüeñas apreciaciones con que ha sido juzgada, tanto desde el punto de vista del fondo como de la forma por mis venerables colegas de Episcopado.

En mi sentir, el gran mérito de esta obra consiste en que traza con sencillez, gracia y brevedad, las grandes escenas del Evangelio que más atañen a la mujer, y en que de ellas deduce con justa precisión los deberes prácticos que, hoy más que nunca, se imponen a las personas del sexo femenino deseosas de reportar algún beneficio a la Iglesia o a la sociedad.

Evidentemente, en el cumplimiento de esos deberes, en la imitación del ejemplo que dan las mujeres del Evangelio, es donde sus semejantes de nuestro tiempo hallaran el honor y la dignidad de que a Nuestro Señor pluga rodearlas, más fácilmente que en la reivindicación de sus derechos políticos. Su libro de V. causara excelente efecto entre las personas que lo lean y lo mediten.

Reciba V., señora Condesa, la seguridad de mi admiración respetuosa.

† FRANC-VIRG.,
Obispo de Quimper y de León.

Carta de Su Excelencia Mons. Sambucetti, Arzobispo de Corinto, Nuncio en Munich.

Señora Condesa:

He leído atentamente el manuscrito de su obra Jesucristo y la mujer, y lo he hallado digno de ser ofrecido al público, a causa de su elevado estilo y por la utilidad que encierra. Desde tal punto de vista, no dudo que prestara V. un gran servicio a la Iglesia y al mundo cristiano con esta obra. Conocidos son los esfuerzos de los malvados para conquistar a la mujer, cuya influencia en la educación de la familia es eficaz. Con razón piensan que, atrayéndose a la madre, triunfaran en las familias, pues «aunque inferior al hombre por los dones de espíritu, la mujer es superior a él por los dones del corazón. Sabe amar más, y ama mejor, porque, en su imaginación, la idea del amor va unida a la del sacrificio; para ella amar es renunciar a sí misma» como dice Mons. Bougaud[1].

Con el ejemplo de estos santos prototipos del Evangelio, que tanto amaron a Nuestro Señor, que le acompañaron por doquier durante su vida mortal, que le siguieron hasta el Calvario y hasta el mismo sepulcro, estoy cierto de que lograra usted atraer a muchas mujeres, para que, dentro de su misión familiar, sigan los vestigios de las citadas por V., en beneficio de la Iglesia y de la sociedad entera, haciendo de sus hijos hombres cristianos y ciudadanos valerosos, merecedores por ello de la eterna gloria.

Reciba usted, señora Condesa, mi más sincera felicitación, y deseándole un buen éxito, me ofrezco de V., sincero admirador y amigo en Jesucristo.

† CÉSAR
Arzobispo de Corinto

Roma, 6 de Octubre de 1896. Palacio de Santa María la Mayor, en la festividad del Santo Rosario.

[1] Historia de la B. Margarita María, Introducción

Carta de Monseñor Fallieres, Obispo de Saint-Brieuc y Treguier
Obispado de Saint-Brieuc y Trèguier

Señora Condesa.

Acabo de leer las encantadoras paginas tan instructivas como prácticas, que ha consagrado usted a las mujeres del Evangelio. Seguramente formaran un delicado volumen que desearía ver en mano de todas las esposas y de todas las jóvenes de mi diócesis. Baste esto para decir a usted que apruebo la obra y bendigo a la autora.

Reciba usted, señora Condesa, el homenaje de mi respetuosa admiración.

† PEDRO MARÍA
Obispo de Saint-Brieuc y Trèguier

Carta de Monseñor Dubourg, Obispo de Moulins
Obispado de Moulins

Moulins, 2 de Marzo de 1897.

Señora Condesa:

Recordando que fui discípulo de un Obispo que profesaba a usted respetuosa simpatía y alta estimación por su talento literario, ha querido someter a mi humilde juicio el nuevo libro que va a publicar.

Aplaudo, en primer lugar, el pensamiento que lo inspira. Es una idea felicísima trazar el retrato de las mujeres que desempeñaron algún papel en la vida de Nuestro Señor, describiendo sus caracteres y sacando apropiadas conclusiones de las diversas narraciones relativas a la condición de la mujer de cualquier época, pero muy especialmente de nuestro tiempo. Ya el célebre Padre Ventura tuvo la misma inspiración cuando, ante un auditorio escogidísimo, daba sus conferencias sobre las «Mujeres del Evangelio».

La acción redentora del Salvador no aparece en ningún punto de modo más luminoso ni más conmovedor que en el estudio de estos pasajes. Las mujeres que se mueven dentro del cuadro evangélico, revelan mejor que los hombres toda la misericordia, dulzura, tierna bondad e infinitas delicadezas del Corazón de Jesús.

En verdad que tuvo usted el don de poner todo esto de relieve en su obra. Leyéndola cree uno recorrer una galería de hermosos cuadros.

Para completar esta galería, ha querido usted, y yo debo felicitarla por ello, retratar también otras mujeres heroínas del cristianismo, las cuales, a grandes rasgos, son dibujadas por usted en el último capítulo, ya que de un modo incomparable abrillantaron la historia de la Iglesia. Lamento únicamente no hallar entre ellas la inmortal figura de Juana de Arco, futura santa, que hubiera ocupado aquí un puesto muy dignamente[2].

Debo añadir que un profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, una minuciosa y exacta descripción de los lugares, un estilo preciso, claro,

[2] La autora, satisfecha de tan benévola crítica, ha procurado en esta edición indicar a grandes rasgos el incomparable papel religioso y patriótico de Juana de Arco.

diáfano, de sencillez elegante, revisten los nobles pensamientos, a la vez que piadosas reflexiones esmaltan el relato, quitándole toda monotonía. Por último, una cuidadosísima tipografía y escogidos grabados adaptados al asunto, dan a este volumen gran atractivo.

De mí puedo decir que lo he leído, no solo con placer, sino también con profunda edificación. Creo, por lo tanto, poder asegurar que producirá el mismo efecto en muchos lectores y lectoras. Decir de un libro que es edificante, equivale a prodigarle el mayor de los elogios. Aunque así no fuera, yo sé que con ese fin fue escrito, y que es la única recompensa ambicionada por V. al publicarlo.

Dígnese usted, señora Condesa, recibir la seguridad de mi respetuosa admiración en Nuestro Señor Jesucristo.

† AUGUSTO
Obispo de Moulins

† Pax

Señora Condesa:

Regreso de Roma y veo que ha tenido usted a bien enviarme su obra *Jesucristo y la Mujer*. Yo agradezco doblemente este envío como prueba de su caridad y como testimonio de su talento.

Paréceme que un corazón y una imaginación como la de V., han debido gozar muchísimo al tratar este asunto, porque, en efecto, es dulcísimo ver que en todo el Evangelio no se halla mujer alguna enemiga de Cristo. Cristo, desde su infancia, sufrió persecuciones. Primero Herodes, más tarde los príncipes del pueblo, por fin los jueces que le condenan, los Apóstoles que le abandonan, uno de ellos que le vende, otro que reniega de él...

Pero a pesar de que los hombres trataron de ese modo a su Redentor, una Virgen nos le dio, una mujer le aclamo entre la multitud y muchas le siguieron al Calvario, adonde fue conducido, a pesar de los esfuerzos que para evitarlo hizo la mujer de Pilato.

Por tanto, era de justicia comentar el Santo Evangelio, reuniendo a Cristo y a la mujer, y no puedo menos de felicitar a V. por haberlo realizado.

Vea V. en mí, señora Condesa, un humilde servidor en N. S. J. C.

† HILDEBRANDO
Abad Primado O. S. J.

Maredsous, provincia de Namur, a 25 de Agosto de 1897.

Strasburgo, en la fiesta de San Francisco Javier de 1897.

Señora Condesa:

Permítame manifestarle mi gratitud por el bello libro que, bajo los auspicios de la Madre de Dios, acaba usted de publicar. *Jesucristo y la Mujer* constituye un inefable tesoro para las almas, por fortuna numerosas, que aman a Dios y practican su Ley. Las santas instrucciones que contiene, las edificantes palabras, las advertencias ingeniosas y sublimes, las aplicaciones felices y consoladoras, hallaran camino franco en los corazones, como los manantiales encuentran llanuras que fecundar.

¡Felices los cristianos generosos y fuertes, a quien Dios favorece especialmente concediéndoles dones de talento y de corazón, y que, como usted, señora Condesa, saben hacer fructífera tan alta distinción empleándola en la mayor gloria del Señor! El Dios de justicia sabrá recompensarlos con tanta liberalidad, que su noble desinterés será reconocido por los mismos adversarios, y más que por ninguno, por los más insignes y más nombrados malhechores de la pluma.

¡Que Dios sea siempre con usted, señora Condesa, y que continúe colmándola de gracias y bendiciones!

Ruego a usted, señora Condesa, que disculpe la libertad que me tomo al expresarle mi admiración por su libro, y dígnese recibir mi más sincera felicitación, con la expresión de mi mayor respeto.

RAESS
Canonigo

Inmaculada Concepción Church (Illinois).
Centreville Station, 1.° de Febrero de 1898.

Señora Condesa:

La lectura de vuestra excelente obra *Jesucristo y la Mujer* me ha encantado de tal modo, que he decidido traducirla al inglés, si V. me lo permite. Nada semejante tenemos en nuestra literatura inglesa, y puesto que los americanos, como pueblo que acaba de nacer, desean conocer libros de todas clases, sería muy lamentable que sólo nuestros enemigos les proporcionaran esos libros. Por tanto, señora Condesa, ruego a usted que me permita hacer la traducción, en el caso de que no la hayan hecho ya en Inglaterra. No dudo que me concederá usted su aprobación, ya que se ha tomado tanto trabajo al publicar esta obra, consagrada por amor al bien común de la sociedad humana.

Dígnese usted, señora Condesa, recibir la seguridad de mi respetuosa admiración en Nuestro Señor Jesucristo.

J. F. MEIFUSS
Cura



La Santísima Virgen
Cuadro de Botticelli

A la Madre de Dios

Han pasado los siglos, y la humanidad permanece hundida en el error y el pecado, entregada a innumerables sufrimientos.

De tiempo en tiempo, se renuevan las divinas promesas que le fueron hechas al nacer, como un sostén de aquella primera esperanza. El día de la redención fijado por el Eterno, llega al fin. La Virgen anunciada por los Profetas ha nacido: Ana y Joaquín se la ofrecen al Dios de Israel y crece en el templo amparada por la gracia divina. ¡Vedla ya prometida al varón justo, al guardián elegido entre todos los hombres!... ¡Pronto el ángel del Altísimo ira a ofrecerle la maternidad divina! Dios, para habitar entre nosotros, solicita el consentimiento de nacer de una virgen; a su voluntad somete la salvación de los hombres, y de este modo hace que la decisión de una mujer coopere con Él. «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra». ¡Sublime respuesta, perfecta adhesión de la Virgen de Israel, lirio escogido, tallo precioso para sostener la divina Flor! ¡Vendrá el Mesías! Vendrá para nacer en Belén, pobre y abandonado. ¡Ay, al fin nació! Los cielos se llenan de luz y de armonía. Cantan los ángeles bajo las estrellas en aquella bienaventurada noche: «¡Gloria a Dios! ¡Paz a los hombres de buena voluntad!»

Los pastores, deslumbrados, corren hacia la cuna del Mesías, y después que ellos acuden los poderosos de la tierra y los sabios. Preciso es que la humanidad entera esté allí representada y rinda sus homenajes al hijo de María. Así, pues, a María, criatura casi divina, debemos nuestra redención. Por ella su Hijo pone especial atención en libertar con su doctrina y sus favores a la antigua esclava. Necesario es, por consiguiente, que la mujer estudie, profundice en los hechos evangélicos que la conciernen. Es su derecho y su deber. Derecho largo tiempo abandonado, deber dulcísimo, pero cumplido acaso demasiado tarde.

¡Que llegue a tiempo aún este humilde ensayo, con la divina bendición de nuestro Libertador, la protección de la Virgen María y la de las santas mujeres que con ella sirvieron, amaron y glorificaron a su divino Hijo! ¡A vos, pues, Madre de Dios dedico este libro: a vos os lo ofrezco como a la Mujer incomparable de quien nos viene toda grandeza y toda belleza moral!

La Touche-Baudré, 1.° de Mayo de 1900.

PRÓLOGO

Estamos en plena reacción contra las ideas filosóficas y mundanas de aquel siglo XVIII que hacía de la mujer un ser agradable y espiritual, pero frívolo e ignorante de sus deberes y de sus derechos, sin cultura religiosa ni moral.

Esta reacción sigue dos contrarias corrientes: una brota del libre pensamiento y de la masonería; otra del Evangelio. Filósofos sectarios y cristianos, se ocupan a la par en el gravísimo problema feminista. Periódicos, libros y revistas, oradores y legisladores, meditan acerca de tal cuestión. Hoy día, nadie pone en duda las aptitudes intelectuales de la mujer[3], ni sus facultades de organización. No solamente se reconoce cuan torpemente se ha descuidado su instrucción en menoscabo de su situación legal, sino que ya no extraña su capacidad electoral, considerándola elegible para funciones políticas. Bajo este último aspecto, y a pesar de las varias opiniones de aquellos pueblos más apegados a la tradición, gracias a los intereses de distintos partidos, todas las

---

[3] «Ella es el ser que nos muestra el cristianismo y que conocemos, ni superior ni inferior al hombre, dotada, como él, de facultades no menos ricas, pero distintas, y en consonancia, como su naturaleza física, con la misión que la es propia. Puede, como nosotros, reivindicar sus derechos, con la única reserva de que tales derechos sean compatibles con su misión providencial». *L' Electorat municipal et provincial des femmes*, por Gabriel Alix, miembro del Instituto. —*Reforme sociale* del 1.° de Octubre de 1896.
En 1871, el almirante de Gueydon, en una notable publicación titulada «De la equidad política», se expresaba así:
«No hay razón para calificar de universal una manera de sufragio que, en realidad, no tiene en cuenta los intereses de las mujeres y de los niños. Cuando se trata de un impuesto monetario, ¿acaso representan algo las consideraciones de sexos o de edad? No, desaparecen, y todo el mundo paga; por consiguiente, todo el mundo, sin distinción de sexo ni de edad, debe concurrir a la elección de los que votan aquellos impuestos. La justicia y la razón están de acuerdo para reclamar la igualdad política por los mismos procedimientos y con el mismo título que aseguran a cada uno el disfrute de esta igualdad ante la ley civil. Esto es lo que sucede en las sociedades industriales y comerciales. Para nada se tiene en cuenta la edad ni el sexo de los accionistas; basta con estar interesado, para tener derecho a ser representado. Así debe ocurrir en la gran sociedad que se llama nación. Todos los que se interesen por el buen gobierno de su país, deben tener derecho a intervenir directa o indirectamente en él, según que sean o no capaces para ello».
Sobre tan importante asunto, está de acuerdo con el almirante Gueydon, Mr. Gabriel Alix, aunque el segundo no apruebe la votación de las mujeres sino con restricciones.
«Somos enemigos de la lista única, y pedimos que a la lista electoral, tal como hoy existe, se agregue otra complementaria, para las Diputaciones generales y Ayuntamientos, que admita el voto, no solo de las mujeres, sino también de los mineros, de las sociedades anónimas, de los establecimientos de utilidad pública que contribuyan al sostenimiento de las cargas locales». *L' Electorat municipal et provincial des femmes* por Gabriel Alix. *Reforme sociale* de 1.° de Octubre de 1896, página 625.

soluciones ofrecen el mismo carácter de afirmar que los derechos de la mujer, no fueron admitidos ni reconocidos equitativamente hasta ahora[4]. En una palabra, la *Cuestión feminista* ha llegado a formar parte de la Cuestión social, y tan directamente que «tratar de resolver la primera, es sin duda alguna trabajar en la solución de la segunda[5]».

Esto explica el encarnizamiento con que socialistas y francmasones tratan de adueñarse del alma femenina. Saben bien que por medio de ella se apoderaran de la familia y de la sociedad.

El socialista Bebel escribe: «Los cimientos del régimen actual están minados; la revolución penetra por doquier y la mujer no puede permanecer inactiva, sino que debe consagrar sus fuerzas a la obra libertadora que ha de redimirla a ella, al mismo tiempo que a los proletarios. *¡Con la ayuda de la mujer, la victoria es nuestra!*[6]».

En el Congreso del librepensamiento celebrado el 19 de Septiembre de 1881, el presidente dio las gracias a la asamblea por haber permitido que una mujer formase parte de la mesa, añadiendo: «Más que en ningún otro elemento, los librepensadores confiamos en la mujer para las futuras conversiones».

Y, por último, el Congreso de la Federación francesa, celebrado en Noviembre de 1893, contenía en la exposición de sus principios estas significativas palabras:

«La influencia del librepensamiento sobre la condición moral, económica y social de la mujer, forma parte de nuestro programa y de sus deliberaciones, como *asimismo el estudio de los medios prácticos para librar a la mujer de la influencia nefasta del clero*».

Los masones se expresan de igual modo que los socialistas y los librepensadores:

---

[4] Quedan aún muchos prejuicios que vencer en las personas mejor intencionadas. En los Congresos de círculos católicos, el reglamento prohíbe al presidente conceder la palabra a una mujer, ni siquiera interrogarla para pedir datos o para exponer alguna apreciación... Cierto que se le otorga la merced de una sesión especial, a la cual no concurren sino aquellas totalmente consagradas a la obra de reivindicación. ¡Cruel es el comportamiento del sexo fuerte para con aquellas que, generosa y desinteresadamente, acuden siempre a cuantos llamamientos se les hace!

El Congreso Eucarístico de Paray-le-Monial (7 de Septiembre de 1896) prohibía que las mujeres asistiesen a las cotidianas sesiones matinales, sin recordar que ellas son las más asiduas, y, en muchos países, las únicas adoratrices del santo Tabernáculo.

[5] *La Question des femmes en Allemagne*, por María André. *Correspondant* de 10 de Marzo de 1896

[6] *Le Socialisme et la Femme*.

«Nada habremos conseguido si no tenemos a la mujer de nuestra parte; sin ella, nada lograran todos los hombres reunidos».

Otro orador del Congreso masónico de 1890 dice:

«No nos cansaremos de insistir sobre la torpeza que cometemos al no sacar mayor partido de tan valioso medio de propaganda...»

«La mujer ha de ser quien, como misionera de la francmasonería, abra para ella definitivamente las puertas del mundo, propagando nuestras ideas de progreso, de justicia y de solidaridad».

«La francmasonería debe reemplazar progresivamente a las religiones positivas, para realizar la obra de perfeccionamiento moral de la humanidad[7]».

Uno de los problemas que más hondamente inquietan a los francmasones, es el de introducir a las mujeres en las logias reconocidas por el Gran Oriente. (Las logias mixtas no estaban reconocidas en 1898, aunque el F.: Dazet, en su informe de 13 de Abril de 1897, dijo que era conveniente asociar a la mujer, siempre que se la admitiese en las reuniones ataviada de blanco). En Francia, donde reina una centralización sin límites, el Estado se apresuró a ponerse al servicio de estas funestas concepciones, decretando la enseñanza obligatoria sin catecismo para las jóvenes, y fundando para ellas liceos «sin programa moral».

«No se enseña moral ni en el primero ni en el segundo año. Parece que no se está en disposición de seguir tal enseñanza hasta la edad de doce años[8]». ¿Y qué moral puede aprenderse entonces?[9] De acuerdo con los liceos, las escuelas normales de señoritas, los asilos, los orfelinatos, las escuelas profesionales laicas, cooperan en la labor de desarraigar la religión.

Pero los amargos frutos de la instrucción atea no han tardado en nacer, y los mismos librepensadores lo lamentan. Falta absoluta de aquella verdadera educación que eleva y ennoblece las almas, aun en las más humildes esferas, trastornos del cerebro, pereza del cuerpo, repulsión a los trabajos manuales, falsos y superficiales conocimientos, concepción quimérica de la vida, ausencia de moralidad y de frenos necesarios contra las pasiones, aumento espantable de

---

[7] F.: Amiable. Discurso de clausura de la Asamblea masónica de 1893.

[8] Julio Simón, *La Femme au XXe siècle*, p. 251

[9] Según M. C. Sée, promotor de los decretos que determinaron tal situación, existen en Francia 63 liceos y colegios de señoritas, con un personal de 800 profesores y 10.413 alumnas, de las cuales 1692 son pensionistas y 400 medio pensionistas. Estos establecimientos suponen un gasto de 49,044,957 francos. Por consiguiente, cada alumna cuesta a los contribuyentes la suma de 4,701 francos.

la criminalidad[10], vicio y miseria, en fin[11]; tal es hoy día el lúgubre tema de cuantos se interesan por esas señoritas estudiantes libres o incorporadas a cualquier liceo[12].

Dios y Señor nuestro, bien dijisteis: «¡El árbol podrido no dará frutos sanos!».

Desde que el hombre existe, jamás el árbol de la ciencia produjo sanos alimentos, si no brotaban sus raíces en tierra divina, si no era cuidado y vigilado por escogidos cultivadores[13]. Es esta una ley absoluta, sin excepciones, que comprende la educación, la instrucción de los dos sexos, pero más particularmente la de la mujer, que sólo al cristianismo debe su redención moral e intelectual.

«*Por tanto, causa inmensa pena ver a las mujeres asociadas a las teorías de los demoledores, porque van contra su misión y sus intereses*[14]».

¿Pero acaso se ha notado esto suficientemente?...

Los más ilustres filósofos de la antigüedad griega y romana jamás se dirigieron a la mujer. Si alguno hablo de ella, fue siempre con gran desprecio y para rebajarla. El Señor, el Salvador, las instruyó, les habló de ellas mismas, y

---

[10] Fonillèe, *Revue des Deux-Mondes*, de 25 de Enero de 1897.

[11] «El más lamentable aspecto de este mal consiste en lo que llamaremos criminalidad joven. Desde 1880 a 1893, ha crecido de manera considerable. En diez años, el número de niños culpables aumento en proporción de uno por cuatro, mientras en los adultos no paso de uno por nueve. La criminalidad precoz hoy día, viene a ser casi doble que la de los adultos».
Pourquoi la criminalité monte en France et baisse en Angleterre, por M. Eugenio Rostand. —*Reforme sociale* de 1.° de Marzo de 1897.

[12] 30.000 mujeres provistas de títulos solicitaron en 1889 plazas del Estado; 3000 lograron ingresar en distintas administraciones; 2000 fueron nombradas institutrices al cabo de cinco años. 25.000, después de grandes sufrimientos volvieron a sus hogares; 3500 fueron presa del vicio.

[13] Evidentemente, no se trata de esta o aquella ciencia, sino *del conjunto de conocimientos de la educación, de la completa instrucción*, tal como la entiende M. Jorge Fonsegrive. En su conferencia *La pensée contemporaine et la pensée catholique*, demuestra que el espíritu del catolicismo, lejos de oponerse al verdadero espíritu científico, esta, por el contrario, completamente unido a él y termina así:
«Muy particularmente en los momentos actuales, el espíritu católico facilita a un mismo tiempo el medio de satisfacer las aspiraciones de la vida que animan a los pensadores, las investigaciones de la ciencia, que tiene necesidad de fórmulas y seguridades, y, por fin, la misma aceptación de reglas morales».
El célebre Luzzatti, en una conferencia titulada «Ciencia y Fe», se colocaba en la cúspide de la ciencia para mirar más fácilmente al Cielo desde tal altura y poder de este modo calmar la inquietud presente de las almas... Estas fuerzas —dice—, Ciencia y Fe, no son cosas opuestas en las grandes naciones. La una es el complemento de otra, y ambas se ayudan mutuamente... Las dos nos son necesarias. Nuestra sociedad moderna padece constantemente por causa de dudas que nacen de sus mismos conocimientos, y sufre siempre anhelando un ideal que mal puede hallarse lejos de la Fe». —*Reforma social*, de 1.° de Abril de 1900.

[14] Julio Simón, *La Femme au XXe siècle*, p. 151.

parte de sus actos tuvieron por único objeto ennoblecerlas. Nada hay en ello de extraño. Quiso que fuesen sus cooperadoras indispensables en la obra, terrestre y ultraterrestre a la vez, de salvar a la humanidad.

Al ausentarse el Maestro, la mujer se transformó. En el Cenáculo recibe, en la persona de la Madre de Dios y de aquellas santas mujeres, la efusión del espíritu de inteligencia, de fuerza y de caridad. Los Apóstoles la asocian a su apostolado, reciben de ella socorros, y constantemente la citan con gratitud y respeto. En la Edad Media las naciones católicas la honran y aun la exaltan[15], dándole en el hogar y fuera de él el puesto que la palabra redentora le asignó implícitamente[16].

En nuestros días podemos ver una aplicación social mejor comprendida y más extensa del Espíritu redentor sobre el mundo femenino, que constituye más de media humanidad, según las estadísticas. Un gran movimiento nacido en el Norte se apodera, casi a pesar suyo, de las razas latinas y las impulsa a rápidos progresos[17]. No nos extrañemos de ello; aunque separados de la unidad

---

[15] La Caballería.

[16] Señora feudal, administra justicia y acuña moneda; obrera, hace de hombre bueno de su corporación; ciudadana, vese admitida en los concejos y puede administrar los hospicios; lugareña, es convocada para la redacción de las costumbres. En una palabra, casada, hija o viuda, la mujer representa la cosa, es decir, el instrumento de trabajo, la tienda, la tierra, y, para defender sus intereses, tiene los mismos derechos públicos que el hombre. En 1576, treinta y dos viudas tenían asiento en el Parlamento del Franco Condado. *Los códigos revolucionarios y tiránicos son los que han disminuido la existencia social de la mujer.*

[17] En Suecia, Noruega y Finlandia, las Universidades abren sus puertas a la mujer. Lo mismo ocurre en Dinamarca, donde no se la excluye de función alguna.

A pesar de la negativa de la Cámara de los Lores a admitir a la mujer en las corporaciones municipales, sin tener en cuenta los grandes servicios prestados por ella en los consejos parroquiales y en los de defección, la opinión esta por ella. Lord Salisbury, el gran campeón de la mujer en Inglaterra, dijo que defendería su bill *en nombre del derecho, de la justicia y de la verdadera filantropía.*

El arzobispo Primado de York declaro, en nombre de la religión, que la decisión definitiva corresponde al país, el cual sabrá rendir homenaje a la mujer por el bien que de ella recibe.

Mme. Ellen Foster publicó un artículo en la gran revista americana *North Americain Review* del que copiamos los siguientes párrafos:

«En los cuatro Estados de Wyoming, del Colorado, de Utah y de Idaho, las mujeres son electoras y elegibles, pudiendo desempeñar todas las funciones públicas cuyos titulares sean designados por los sufragios de sus conciudadanos. En el Kansas, toman parte en las elecciones municipales; en el Illinois, son admitidas en los escrutinios donde se eligen los administradores de la Universidad del Estado. En Iowa, a orillas del río de los Monjes, país impregnado de recuerdos franceses, las mujeres pueden ejercer la profesión de abogado, y con la sola condición de estar inscritas en la matrícula de contribuciones directas, tienen derecho a tomar parte en cuantas votaciones se verifiquen para autorizar o prohibir el empleo de fondos públicos. Por último, en más de la mitad de los Estados de la Unión, las mujeres disfrutan del derecho al sufragio en todos los escrutinios que traten de cuestiones escolares.

»Las mujeres no son una fuerza destructora, sino una fuerza de reconstitución. Cada año son más prudentes. Comprendieron que podían servirse de su influencia, y sin equivocarse jamás, donde hicieron una tentativa, obtuvieron favorable resultado. Por eso pueden usar del poder político, demostrando mayor

religiosa, los pueblos serios en que impera la libertad, pueden ser agentes providenciales del desenvolvimiento evangélico.

El año pasado[18], en el Congreso internacional de Londres, donde se reunieron tres mil mujeres, de las cuales cuatrocientas eran delegadas, el movimiento feminista manifestó su gran importancia. Todo se llevó a cabo con tanto orden como inteligencia y dignidad. Los elementos nefastos y perturbadores no tuvieron allí, como en París, ocasión para perturbar las sesiones, haciéndolas caer en el desorden o el ridículo. La presidenta del Congreso, Condesa de Alberdeen, es una entusiasta aliada de cuanto pueda favorecer el desenvolvimiento moral e intelectual de la mujer. Lo que deseaban las congresistas era ponerse de acuerdo, unirse en un sacrificio común que favoreciese a la humanidad, en un espíritu de amor que las impulsase a ambicionar, como la cosa más grande del mundo, el embellecimiento y mejoramiento de la vida. Este es su ideal, que se inspira en el Evangelio; en tan sublime manantial tiene origen su cauce.

Queremos recordar a la mujer aquella bendición inolvidable, aquel primer gesto de Cristo para ella. Queremos hacerle comprender que la libertad que disfruta, la del cuerpo y la del alma, la de la voluntad y la de la inteligencia, la de la vida individual y familiar y la de la acción pública, no le fue otorgada ayer en nombre del «espíritu humano», ni en el del «progreso universal», por una asamblea de legisladores, ni por un congreso de ciudadanos. Le fue concedida hace diecinueve siglos por el Hombre que vino al mundo para salvar a todas las criaturas, libertándolas del error y del mal, y para proclamar la igualdad ante Dios.

En una época en que deberes y derechos se exaltan con palabras fecundas en sofismas seductores y en promesas falaces, importa mucho que la mujer cristiana recuerde con mayor cuidado los pasajes que le conciernen en el Divino Testamento. Es útil que consideren sus deberes y sus derechos, las afinidades profundas y necesarias que existen entre el porvenir del catolicismo y su propio porvenir. Por eso hemos querido reunir estos pasajes evangélicos, a fin de fundar el resumen de nuestro llamamiento en la autoridad de la divina palabra

---

cordura que los hombres. El voto de las mujeres es siempre más inteligente, más independiente y sobre todo más sincero».

[18] 1899

que el Maestro dirige a las obreras de su Iglesia. Estos pasajes trazan el plan redentor de la mujer.

La Touche-Baudré, 1.° de Mayo de 1900.

Elisabet

LA PRIMERA EN GLORIFICAR AL SALVADOR FUE LA MUJER

La tradición, la verdadera tradición recogida en Oriente, verificada en aquellos lugares, o discutida y razonada, no nos permite dudar de que fue en Aín-Karim, donde habitaran Zacarías y Elisabet[19].

Esta pequeña y antigua ciudad estuvo situada en un montículo que dominaba un valle angosto rodeado de montañas. En la actualidad solo es un mercado habitado por un millar de musulmanes.

El paisaje era agradable y cultivado, cuanto podía serlo la tierra de Judea, esa tierra de roca viva calcinada por un sol de fuego. Aún existen sus famosos viñedos. Aquellas parcelas de vid rodeadas de piedras grises, contrastan con la mole de montañas que les sirven de marco, haciéndolas parecer más sombrías y desoladas.

Los campos lozanos, las viñas cargadas de fruto resaltan alegremente sobre aquel fondo.

En esta ciudad sacerdotal[20] de Aín- Karim, fue donde Elisabet recibió la visita de su santa prima María de Nazaret. En el mismo lugar donde Elisabet escuchó el saludo de María se alza hoy una ermita. Esta ermita se derrumbó en 1860, y los Franciscanos, al retirar los escombros, descubrieron un oratorio formado en una roca, sobre la cual descansaba otro santuario.

Estas dos estancias superpuestas y conocidas por los indígenas con el nombre de Mâr-Zacaria, acaso formaban parte de la vivienda de Elisabet y Zacarías, y la estancia inferior tal vez pudo ser testigo de la conmovedora escena que llamamos Visitación. En las cercanías puede verse aún una fuente monumental, conocida por la fuente de la Virgen, donde es fama que la Madre del Verbo iba a buscar agua durante su permanencia en la casa de Elisabet[21].

---

[19] *Viaje al país de Cristo*, por el Abate Landrieux, página 532

[20] Las ciudades sacerdotales eran ocho

[21] El autor de la Caravane Française nos dice: «Numerosos árabes, hacen las abluciones y genuflexiones rituales ante esta fuente, sin que los pasos de nuestras caballerías ni el murmullo de nuestras voces les hagan volver la cabeza para mirarnos. ¡Qué seriedad y qué devoción la que emplea este pueblo en sus oraciones! ¡Qué lección para nuestra ligereza francesa!»

«Al poner pie en tierra, penetramos en una ermita edificada sobre los mismos lugares que fueron casa y campos de Zacarías. Indudablemente, aquel fue el sitio de la Visitación, allí debió entonar la Virgen el sublime e inspirado cántico impregnado de alegría y humildad».

La Escritura ha cuidado de fijar un hecho que nos sirva de enseñanza; es el de la descendencia de Elisabet y Zacarías. Los dos pertenecían a la clase de Abia, favorecida por la suerte con el octavo lugar, cuando David, para evitar rivalidades y asegurar el buen servicio del Templo, dividió en veinticuatro familias la posteridad de Aarón.

En la historia de un hombre, lo primero que hay que conocer es la vida de sus antecesores. Si el país, el clima, el lenguaje influyen en un individuo, mucho mayor ha de ser la influencia de sus ascendientes, ya que la ley de herencia moral no es menos real que la ley de herencia física. De ahí que frecuentemente se observe la transmisión de las tendencias religiosas, y de ahí que «los santos nazcan de santos». Desde el punto de vista sobrenatural, nada se puede ambicionar tanto como la unión de dos seres perfectamente sometidos a la voluntad de Dios.

Así eran Elisabet y Zacarías. La Escritura dice: *Eran ambos justos delante de Dio*[22]*s*, Cumpliendo fielmente todos los mandamientos del Señor, eran modelo de esa envidiable vida conyugal que tiene por base el amor de Dios y el cumplimiento exacto de sus leyes.

«Ser justos y no apartarse de los mandamientos». ¡Cuánto hacen pensar estas palabras!

Zacarías y Elisabet no ambicionan la fortuna, ni buscan honores y placeres. La fortuna, los honores, son el término vulgar de la actividad humana, el cebo sobre el que se lanza la muchedumbre. ¡Pero qué lejos de los dos esposos estaban tan falsos placeres! Sus almas superiores practicaban la justicia ante Dios y ante los hombres, dirigiéndose siempre hacia el Señor, y en tal sentido, su noble ambición de amor, no conocía límites. Siempre el más justo se cree más alejado de su divino ideal.

Y caminaban *unidos*, viéndose en ellos un ejemplo de la vida conyugal según la dispuso Dios.

Ayudarse en el matrimonio es tener hecho un pacto de respeto, de confianza, de cariño; es *completarse* por un cambio recíproco de fuerza y de gracia, de inteligencia, de ternura y sobre todo, de virtud. Ayudarse en el matrimonio, es soportar las penas de la vida consolándose mutuamente; es sacrificar cada uno sus gustos, sus satisfacciones, sus intereses personales;

---

[22] *Luc.*, I, 5-25.

ayudarse perfectamente, comunicarse su misma fe en un mismo Dios, su deseo de gozar la misma eternidad.

Pero si Zacarías y Elisabet disfrutaban de esta gran felicidad, carecían, en cambio, de otra. No tenían hijos, y su vida se deslizaba en medio de una gran tristeza. El pueblo judío no conocía el cálculo egoísta que en nuestros días arruina el afecto y las virtudes familiares y que constituye una amenaza para la patria. Egoísmo que extiende sus estragos a un *más allá* remoto, puesto que priva al Cielo de innumerables elegidos.

Para una raza que tenía la misión de poblar la tierra de Canaán y de vencer a los enemigos de Jehová, el progreso y la multiplicación de la especie constituía una obligación religiosa y nacional. Cuanto mayor era el número de hijos, más grande era el honor de la familia, y a la vez se ofrecían aquéllos como una bendición del Cielo y de la tierra. La esperanza gloriosa de dar un Mesías a Israel, o de contarle entre la descendencia, inspiraba a la mujer el deseo de la maternidad. Además, en la antigüedad, la vida de la mujer se reducía única y exclusivamente a los deberes familiares. El hogar era su centro el término de sus ambiciones. El cristianismo fue quien creó para ella, más tarde, la individualidad religiosa y social.

Zacarías y Elisabet no esperaban ya tener hijos. Era para ellos una pena y una humillación, pero ni aun los más santos están libres de la prueba dolorosa que, a veces, es signo de la predilección de Dios. Sin embargo, la recompensa llega siempre en este mundo para los amigos del Señor.

»Y aconteció que ejerciendo Zacarías el sacerdocio delante de Dios por el orden de su vez, conforme a la costumbre del sacerdocio, le salió en suerte poner el incienso en el templo.

»Y se le apareció el ángel del Señor en pie, a la derecha del altar incensado, y se turbó Zacarías viéndole, y cayó temor sobre él.

» Mas el ángel le dijo: Zacarías no temas porque tu oración ha sido oída; y tu mujer, Elisabet, te parirá un hijo».

Zacarías no pudo creer en tan asombrosa promesa, y en castigo enmudeció. A pesar de esto, lo prometido por Dios se cumplió. Elisabet ocultó durante cinco meses la dicha de su maternidad, alabando a Dios con oraciones, pues ella misma dijo: «El Señor me miró para quitar mi afrenta de entre los hombres». Así debían recogerse en sí mismas las madres cristianas, merecedoras de que Dios diga a sus hijos: «Antes que vieras la luz, yo te había

elegido y predestinado». La gracia de este recogimiento lleno de encanto, es acordada solamente a los deseos fervorosos, a la intensidad de las oraciones, a la vigilancia en apartarse de todo mal practicando la virtud.

¡Bien haces Elisabet! Permanece en la soledad entregada al silencio, a la alegría, a dar gracias a Dios. Esta es la preparación para conseguir nuevos favores. Aun no recibiste sino la primera gracia, «fruto de la oración;» otra mayor va a serte acordada. Si Zacarías, viendo al Ángel a la derecha del altar, no pudo creer en la dicha que prometía, tú, más creyente, serás honrada con una maravillosa visita.

«En aquellos días, dice el Evangelio, levantándose María, con prisa fue a la montaña[23]».

Después de su matrimonio con José, María habitaba en la pequeña ciudad de Nazaret, en el fértil país de Galilea, cercado por los montes umbríos del Líbano, entre los verdes y ondulantes valles que se reúnen en el llano de Esdrelón. Este llano forma una vasta cuenca que rodea por un lado a Nazaret de campos cultivados y de hermosos árboles frutales, en tanto que la otra parte de la ciudad queda al abrigo de un círculo de colinas, cubiertas de olmos, de higueras, de rosas tempranas.

María abandono este delicioso y apacible lugar, para visitar a su prima, que moraba a veinticinco leguas de distancia, en la tribu de Juda, país montañoso situado al occidente del mar Muerto, al norte de los desiertos de Arabia.

La dulce Virgen, resuelta a emprender el camino, no se atemoriza ni por las dificultades del viaje, ni por la consideración de que ella, la más favorecida por el Señor, es quien debe recibir la visita las felicitaciones de Elisabet. Su bondad y su inteligencia le hacen ver que los grandes, los más venturosos, deben acercarse a los humildes, a los menos favorecidos. Cree, además, que el placer de hacer un bien merece alguna fatiga, y sobre todo, juzga preciso mantener las relaciones de familia. ¿Acaso no forma parte del servicio de Dios el deber de amar y ayudar a los parientes?[24]

Por fin, la joven viajera llegó a casa de Elisabeth, a quien ya conocía por haberse reunido sus familias con frecuencia, sobre todo en Jerusalén, donde

---

[23] *Luc.*, 1-39-56.

[24] Esta marcha presurosa de María, pareció tan bella a San Francisco de Sales, que para honrarla, y para ofrecérnosla como ejemplo, fundó una Congregación de religiosas que se llaman de la *Visitación*.

vivían Ana y Joaquín. Las dos primas se abrazan, y en la persona de Elisabet, la humanidad caída, en presencia del Verbo, siente su primer estremecimiento, y entona el cántico de Esperanza y de Redención.

«Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre».

María contesta a estas palabras de Elisabet expresando su dicha y diciendo cual es el verdadero motivo que tiene para creerse bienaventurada. No desconoce su alta dignidad, y demuestra que se da cuenta de ella. Su inteligencia se hace cargo del sublime papel que desempeña. Estudió en el Templo la Ley y las Escrituras, y el mismo Dios la ha iluminado.

«Porque me ha hecho grandes cosas el Todopoderoso.

»Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador».

Merece fijar nuestra atención el hecho de que es una mujer, una madre, quien recibe la visita de la Madre de Dios, y que esta misma mujer, súbitamente iluminada por un rayo de luz divina, es la primera en conocer la maternidad de María. Este misterio de amor permanece oculto para todos. Los ángeles desde el cielo lo reverencian, pero nadie, ni el mismo José, se une a ellos en la tierra. Nadie, excepto una mujer, lo sabe. Ludolfo el Cartujo[25] dice:

«Entonces Elisabet conoció el milagro de la Encarnación del Verbo; comprendió que María era Madre de Dios, que era llena de gracia, y que había concebido obra del Espíritu Santo. Comprendió que la exultación de su hijo significaba que estaban en presencia de la Madre de Aquel a quien Juan debía servir de precursor».

¡Qué celestial belleza rodea a estas dos santas mujeres! Las dos están iluminadas por el espíritu profético, y colmadas de favores extraordinarios. Las dos se ven honradas por la maternidad, según divinos decretos, y a cada una de ellas, ese hijo único le fue anunciado por un celeste mensajero.

Si María es superior a Elisabet en gracia y dignidad, Elisabet es madre del Precursor, del «más grande de los profetas», según las palabras del Mesías mismo.

Juan Bautista será su amigo, su aliado, y desde el mismo momento de la Visitación, rinde testimonio de esta amistad.

---

[25] Página 108, t. I. *Grande vie de Jésus-Christ*, por Ludolfo de Chartreux. Después de la Visitación, fue cuando José quiso separarse de María.

«Vemos —dice Bossuet—, en estas tres personas, tan diversamente emocionadas, las tres divinas disposiciones de Jesús sobre las almas: en Elisabet, el humilde asombro del alma, a la que Jesús se acerca; en Juan Bautista, el santo transporte de un alma atraída por Él; en María, la paz inefable del alma que le posee[26]».

Aun en el seno de María, quiso hacer el Redentor su primera visita en la tierra a una mujer, favorecida con la esperanza de la maternidad, y en el hijo de esta mujer, vino a buscar, para bendecirla, a nuestra raza entera, a esta pobre humanidad, que al cabo de tantos siglos se aleja de su Dios, se separa de su Salvador. El resultado de la presencia de Jesús fue la santificación de Juan.

«Porque he aquí —dice Elisabet— que como llegó la voz de tu salutación a mis oídos, la criatura salto de alegría en mi vientre».

Juan, antes de nacer, sintió la influencia del Verbo santificador.

Si Elisabet fue escogida por Madre del Precursor, debióse a un privilegio concedido a su virtud. A la fe de la mujer deberán sus hijos la primera regeneración y la conservación y desenvolvimiento de la vida sobrenatural. Por la fe de la mujer, sus hijos recibirán el bautismo, y de ella aprenderán más tarde la instrucción religiosa, y la piedad que les asegure la salvación. ¡Dichosas las madres que, al recibir la visita de Jesús en la Comunión, pueden rogarle que santifique al hijo que en sueños misteriosos llevan en las entrañas, como santificó al hijo de Elisabet! ¡*Solo Él* puede redimir a la madre y al hijo, sólo en Él está el porvenir dichoso y tranquilo de la humanidad! ¡Felices las madres que, a semejanza de Elisabet, desde los primeros años preparan a sus hijos para cumplir la voluntad divina! ¡Oh madres, no olvidéis nunca que vuestra mayor felicidad esta en dar hermanos a Jesús y elegidos al cielo!

«Y se quedó María con ella como tres meses; después se volvió a su casa».

¡Oh Elisabet, durante estos tres meses que María es tu huésped con Jesús —porque el espíritu de Dios es fiel y constante—, el mismo cielo contempla con atención tus homenajes! Escuchas la inspiración del Invisible, y, única que en la tierra se une a los ángeles del Altísimo, diriges a María frases de alabanza. Sin embargo, ¿acaso conocía ninguna de las dos el oculto sentido de esta visita del Señor, de la que se hizo heraldo Elisabet? De estos dos hijos, uno, el Hijo

[26] *Elevation sur les Mystères*

muy amado del Padre, debía expirar en la cruz de los malhechores; el otro, el penitente del desierto, debía morir en el martirio. De estos augustos padres, Zacarías sucumbiría sacrificado por orden de Herodes; Elisabet moriría lejos de su hijo, y María vería, con sus propios ojos, crucificar al suyo.

¡Oh Señor, visitas a tus santos para señalarlos con la adversidad! Cuando una familia se agrupa en torno de una cuna, mientras la frente de la madre se ilumina de felicidad, mientras los hombres, como cuando nació Juan, hacen cábalas y proyectos sobre el porvenir del recién nacido, imaginando triunfos y glorias, y preguntándose: «¿Qué suerte espera a este niño?», llega la visita invisible de Dios, de Dios, que junto a la cuna dice: «Sufrirás».

Señor, cuanto más amas, más tu amor, tus anhelos y tus bendiciones son presagios de dolor. Madres, vuestros hijos, esos hijos amados, tienen que sufrir.

¡Esto es lo seguro! Procurad que aprendan a sufrir con fe y con amor, con valentía y tranquilidad, *porque en esto está la ciencia de la vida*.



Ana consagrando su hijo al Señor
Cuadro de Gerbrandt Van Eeckhout

Ana la Profetisa

LA MUJER ANUNCIÓ AL MESÍAS

Cuenta una poética tradición que cierto día, dirigiéndose a Jerusalén una humilde familia, se detuvo a descansar bajo un terebinto, cuyas ramas se inclinaron, guareciendo a sus huéspedes[27].

El libro del Eclesiástico dice: «Como el terebinto, incliné mis ramas, y mis ramas son de gracia y de honor».

¡Oh desconocida familia, a quien la naturaleza rinde homenaje! ¡El mundo entero te llamó más tarde Sagrada Familia! Aquel día se encaminaba al Templo para cumplir con la ley de Moisés.

Dice el profeta Ageo:

«Y haré temblar a las gentes, y vendrá el Deseado de todas las gentes, y henchiré esta casa de gloria, ha dicho Jehová de los ejércitos.

»La gloria de aquesta casa postrera será mayor que la de la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos[28]»

El templo que iba a ser honrado por vez primera con la presencia del Mesías no era suntuoso como el edificio de Salomón. Edificado por Zorobabel, cayó, medio destruido, en poder de Craso; después fue profanado por Antíoco Epifanes, y, por fin, Judas Macabeo lo purificó, restituyéndolo al culto. Providencialmente, Herodes el Grande acababa de restaurarlo suntuosamente para recibir al Rey de Israel, al que esperaban las naciones. En ese Templo quiso el Mesías ser presentado al Señor; allí acudió después a orar y a enseñar, obrando maravillas. El Redentor contemplará un día desde la cumbre de la colina, con el alma destrozada por la visión de lo futuro, aquellas doradas terrazas, las galerías y los soberbios pórticos.

Allí se dirige ahora...

¡Oh Jerusalén, tus murallas le albergaran! ¡Oh Templo, vas a guardarle bajo tu techo!

---

[27] Este árbol fue después objeto de tan gran veneración, que nadie pasaba junto a él sin besarlo, hasta que un árabe lo quemo para evitar que los numerosos peregrinos que acudían para adorarlo estropearan los campos donde estaba plantado. —Mons. Mislin, *Les lieux saints*.

[28] Ageo, II, 8 y 10.

El año 748 de la era romana, en la entrada oriental del Templo, ante la puerta Nicanor, María, según el rito mosaico, fue rociada con sangre por un sacerdote.

El altar estaba dispuesto para el rescate del recién nacido. Según costumbre y prescripción legal, la madre debía depositar sobre el ara sus dones; los de María fueron pobres: frutas, dos palomas y cinco schekels[29].

El Niño fue colocado sobre el altar de la Presentación. Los sacerdotes dirigían al cielo oraciones e incienso, mientras que uno de ellos, tomando en brazos al recién nacido, lo levanto hacia los extremos opuestos del Templo.

María también presento a Dios aquel Hijo divino, en quien la humanidad sería rescatada. A la mujer fue reservado el privilegio de ofrecer a Dios, por el mismo Dios, este primer culto, esta gloria primera.

...«Vi el Templo lleno de una gloria cuyo resplandor con nada es comparable —dice Catalina Emmerich—. Vi que Dios estaba allí, y por encima del Niño, vi abiertos los cielos hasta el trono de la Santísima Trinidad[30]».

Y en apariencia nada manifiesta tales maravillas; nada es distinto de otras presentaciones, nada atrae la curiosidad de las gentes. El Templo está rodeado de silencio; en la ciudad se oye el ruido de los carros, el trajinar de los negocios. Las almas, como siempre, están entregadas a sus dolores, a sus placeres o al afán de atesorar riquezas. Nada suspende la marcha ordinaria de las cosas y de los hombres, y, sin embargo, acaba de ofrecerse para ellos una sublime oblación.

Hay siempre en el mundo, dispersas aquí o allá, algunas almas escogidas que perciben lo que para otras pasa inadvertido, y a las cuales son revelados secretos celestiales. Generalmente viven solitarias, recogidas, atentas a recibir la inspiración divina, huyendo hasta de la sombra del mal, y dedicadas a practicar el bien.

«Te alabo, Padre, Señor del Cielo y de la Tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos y las has revelado a los pequeños».

Y sucedió que «había un hombre en Jerusalén llamado Simeón, y este hombre era justo y pío», y por un impulso divino, se dirigió al Templo, hallando

---

[29] Próximamente cinco reales de nuestra moneda. Estos cinco schekels se daban para librar al recién nacido del servicio de los altares, y el don de los pobres (palomas en vez de cordero) se ofrecía para purificación de la madre.

[30] *Vie de la Sainte Vierge,* pág. 367. Traducción del abate Cazalés.

en él a la Sagrada Familia. Iluminado por el Espíritu Santo, reconoció al Mesías en el hijo de aquella pobre mujer, y anunció que sería la Luz del mundo y la Salvación de los gentiles. Para afirmar esta predicción, para completarla y como para explicarla a los dos sexos, poniéndola al alcance de todas las inteligencias y de todos los corazones, aparece una profetisa.

Del mismo modo que Simeón, siente Ana el impulso de dirigirse al Templo. El Verbo Encarnado se revela también a ella bajo la impotencia y debilidad de aquel recién nacido. Ana le contempla con transporte, le recibe en sus brazos y posa sus labios sobre aquella frente donde reside la Divinidad... ¡Dicha y gratitud de dos ancianos, representáis la emoción de la humanidad al recibir el primer contacto del Verbo hecho carne!...

Simeón asegura que después de amar y conocer a Dios, se debe morir. ¿Morir?... No, Ana, es preciso vivir *para anunciar la venida del Niño Dios a todos los que esperan en la resurrección de Israel*. Preciso es que en ti levante la voz, proclamando su redención, la mujer humillada por la antigua civilización. Joel lo había anunciado: «Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán. Y aun también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días».

No era Ana la primera mujer sobre quien se posaba el divino Espíritu. María, hermana de Moisés; Ana, madre de Samuel; Judit y Débora, Jael y Ester; Elisabet y María habían hablado o ejecutado actos en nombre de Dios. *Precursor, antes que el Precursor, Apóstol primero que los Apóstoles, Ana desempeño importante papel*, digno de ser estudiado por las mujeres cristianas *cuya acción social y religiosa personifica*.

La decadencia del pueblo judío, anunciada para «el fin del tiempo» por Ageo y Miqueas, había llegado. Las fiestas paganas, la ambición, la envidia, la corrupción, invadían el sacerdocio. Las divisiones y las guerras civiles mostraban una nación muerta, y la ruina total llegó cuando Pompeyo, pretextando el llamamiento de dos hijos de Janeo[31], convirtió a Judea en provincia romana.

Y mientras Herodes, nombrado rey por el Senado romano, tiranizaba a los grandes[32], los fariseos, convertidos en intérpretes de la Ley, oprimían al

[31] En guerra uno contra otro por disputarse el trono y el soberano pontificado.
[32] Tiranizaba a la nación, privando de libertad y de autoridad al Sanedrín, para dar a sus hijos el soberano pontificado.

pueblo, sujetándole con multitud de prácticas supersticiosas, más a propósito para inspirar indiferencia o impiedad que devoción. En medio de esta corrupción política y religiosa, Ana hablaba del Mesías *a todos los que esperaban en la redención de Israel*.

Para dar importancia a los hechos de esta mujer, el Evangelio se detiene en su origen y en su pasado. «Hija de Fanuel, perteneciente a la tribu de Aser[33]» y casada muy joven, según la costumbre oriental, su unión y sus esperanzas fueron pronto deshechas por la muerte. Dios la llamó para el servicio de su Templo; allí envejeció en el trabajo y las santas vigilias. Sin duda debió combatir mucho, y sufrir íntimas penas, antes de romper con lo que aquí bajo cautiva y atrae, para consagrar su vida al retiro, a la oración y la penitencia. Pero también, en justa recompensa, todo su ser se ennobleció dignificándose en el lugar sagrado.

Ana habitaba en aquella parte vastísima del Templo, reservada únicamente a las mujeres; una de sus dos puertas se abría sobre Jerusalén, y la otra daba acceso al sagrado recinto. En aquellos departamentos, y a expensas del tesoro, se educaban las niñas consagradas a Dios. Las jóvenes eran confiadas a mujeres escogidas entre las más religiosas, a viudas de reconocida virtud, que las instruían en el conocimiento de la Ley y las Escrituras, las ejercitaban en la oración y en los cantos sagrados, y les enseñaban trabajos manuales que compartían con estas jóvenes vírgenes, para el servicio del Templo.

La historia de la nación judía siempre nos presenta a la mujer cuidando los altares y habitando cerca de la Santa Casa.

Encargada de instruir a las vírgenes de Israel, Ana la Profetisa tuvo con Noemia, según la tradición, la honra de recibir y educar a aquella niña, elegida por la predilección divina, que se llamó María de Nazaret. A los tres años fue conducida al Templo por sus padres, Ana y Joaquín, para ser consagrada al Señor. ¿Pudo entonces la profetisa prever el destino de aquella niña? ¿Pudo presentir que sería la Madre del Mesías? No es fácil asegurarlo; pero María se preparaba, con el estudio de la Ley y la santificación de su vida, para reconocer y glorificar a un Salvador.

El Apostolado no es fructuoso más que cuando debe serlo. Podemos favorecer grandemente a las almas si hacemos una vida recogida y pura, si

---

[33] *Lucas*, 11, 22, 38.

asiduamente procuramos instruirnos en nuestra fe, si cuidamos con amor de nuestro hogar, otro templo en el que Dios habita en las almas. Y no basta hablar de religión, deplorar la desgracia de los tiempos, ni vanagloriarse de cumplir los deberes. Dios quiere Apóstoles que le conozcan verdaderamente, que imiten su vida, y deja a los mundanos disfrutar de efímeros y falsos placeres. Para ser anunciado, no escoge a los ricos ni a los príncipes ni a los sacerdotes de Israel, sino a una mujer humilde ocupada sólo en el servicio de Dios.

El Evangelio nos dice que únicamente a los que esperaban en la redención de Israel, fue a quien Ana anunció la llegada del Mesías, porque, para ser eficaz, la enseñanza de la Verdad debe ser oportuna. Ana sabía bien cuando debía hablar y cuando era preciso guardar silencio. Multiplicar palabras sin discreción y a destiempo, puede ocasionar alejamientos de las prácticas cristianas y dudas sobre la fe.

El Evangelio no nos dice como terminaron los días de Ana, pero nos basta saber que reconoció al Mesías de Israel, le anunció y le amó. Su alta y santa misión estaba cumplida. Servir a Dios y darle a conocer, es el mejor empleo de una vida.

La Samaritana

LA MUJER SEÑALA AL MESÍAS Y ENCAMINA HACIA ÉL A QUIEN LE BUSCA

Treinta años habían transcurrido después del nacimiento de Jesús, treinta años de labor, de sufrimiento, como son nuestros años. La Sagrada Familia llevaba en Nazaret una vida humilde, y nada había en aquel hogar que despertara la curiosidad.

El Precursor proclamaba en alta voz la llegada del Mesías, atrayendo a las multitudes, que nunca habían visto a un profeta igual, ni contemplado una vida tan extraña. Era el momento de expectación universal; el aire estaba cargado de nuevos efluvios. El mismo Jesús, confundido entre la muchedumbre, fue a pedir el bautismo de Juan, para dar a conocer la alta misión del solitario. Nadie reparó entonces en el hijo del carpintero. Sin embargo, aquel acto de humildad, señaló el fin de la vida oculta del Salvador.

Reconocido por Juan como el Mesías mismo, Jesús comenzó a recorrer a Palestina predicando al pueblo.

Al retornar de Jerusalén, adonde había ido para celebrar la Pascua por primera vez después de su bautismo, hubo de atravesar a Samaria para regresar a Galilea, y se detuvo en una ciudad llamada Sicar[34].

En ella hacían noche los peregrinos que volvían de Jerusalén, a pesar del odio tradicional que sentían contra los samaritanos. Aquel pueblo, nacido de tribus asirias, se hizo dueño del país de Efraím, durante la cautividad de Babilonia. Sus nuevos dueños fundaron la ciudad de Samaria, que dio nombre a toda la comarca. En tiempo de Jesús, Sicar era la capital. Se hallaba situada entre los montes de Hebal y Garizim, en el profundo valle de Samaria, «abierto bajo el cielo de poniente, como para dejar a la palabra de Cristo libre paso a las tierras de Occidente, adonde llevo la vida[35]».

Hoy mismo, a pesar de la ruina y la tristeza que envuelven a Palestina, la antigua Sicar goza de relativa prosperidad. Se alza en medio del camino que va de Jerusalén a Damasco, en el punto en que se dividen los valles que descienden al Oeste, hacia el Mediterráneo, y al Este, hacia el Jordán. Las abundantes aguas

[34] Hoy Naplusa.

[35] El P. Didón, Palestina, discurso pronunciado en Compiègne, el 12 de Julio de 1883.

de que disfruta mantienen en torno de ella verdes huertos y floridos vergeles. Fue siempre un lugar preferido por los patriarcas y lleno de recuerdos: Abraham se detuvo allí al llegar a la Tierra Prometida, cuando, bajo los robles de Mambré, levanto un altar al Señor; volviendo de Mesopotamia, Jacob erigió también allí un altar a Jehová, y compro a los hijos de Hemor un campo para su hijo José, quien lo destino a lugar de su sepultura; los hebreos, rodeando el arca, después de cruzar el Jordán, fueron bendecidos por Josué en aquel sitio; los ancianos de Israel dormían allí el sueño de la muerte, dentro de los sepulcros cercanos al pozo de Jacob.

«Allí fue donde Jesús, cansado del camino, se sentó junto a la fuente. Era como la hora sexta», es decir, mediodía[36].

Viajero como nosotros, y como nosotros fatigado, Jesús se detuvo dejando que sus discípulos continuaran a Sicar para proveerse de víveres[37].

Mientras descansaba, se llegó a él una samaritana, quien, con la bizarra actitud de las de su raza, llevaba sobre el hombro un cántaro. No era natural aquel encuentro, porque, en general, las mujeres de Oriente acudían al caer la tarde para sacar agua del pozo.

Al verle, comprendió que aquel extranjero era judío. Desdeñosa o indiferente, no le dirigió una sola palabra, suponiendo que probablemente el viajero, como todos los de su raza, la despreciaría. ¿Quién rompería el silencio? El que siendo la bondad suprema, estaba lleno de celo por la salvación de las almas.

Así, al comenzar su vida de predicación, el Mesías se dirige a la mujer. Puesto que anteriormente ella fue la más culpable y entonces era la más esclava, tenía más derechos a la Redención. Jesús también se dirigió a ella para buscar su poderosa ayuda en la renovación del mundo, pues conocía su importancia social y doméstica y los tesoros de amor y de abnegación que más tarde consagraría a su Salvador.

Antes de comenzar su plática con la Samaritana, el «Hijo del hombre» quiso quedarle obligado.

---

[36] Juan, IV, 3-42.

[37] Internándose en el valle de Macka por el flanco oriental del Garizim, se llega al pozo de Jacob o de la Samaritana, en memoria de la entrevista admirable que narra el Evangelio. El pozo se halla encerrado dentro de una pequeña cripta abovedada, que es una antiquísima ermita, situada al extremo oriental de una iglesia cristiana, edificada en forma de cruz y de la cual solo quedan visibles hoy los enrases. —*La Terre Sainte*, Víctor Guérin, p. 254.

«Dame de beber» —le dice.

Tal ruego no tenía en sí nada de extraño. Bajo aquel cielo abrasador, el primer deber de hospitalidad era dar de beber al viajero, pero Jesús lo formuló con más altas miras. Conocedor del corazón humano, sabía que nada une tanto a las personas como un favor prestado.

La extranjera quedó sorprendida. ¿Cómo era posible que un judío, un enemigo de los samaritanos, que no podía beber ni comer con ellos, bajo las más severas penas, siquiera se atreviera a dirigirle un ruego? ¿Podía hablarle?

No pudiendo ocultar su extrañeza, dijo: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer Samaritana?»

Jesús le respondió:

«Si conocieses el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú pedirías a Él, y Él te daría agua viva[38]».

Así muestra Jesús su delicadeza. Si pide, es para tener ocasión de poder dar mucho.

Cada día se nos dirige esta demanda del Salvador. «Dios desea ser deseado».

«La mujer le dice: Señor no tienes con que sacarla y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Jacob que nos dio este pozo, del cual él bebió, y sus hijos y sus ganados?».

La mujer no comprendió el sentido de las divinas palabras, pues sólo pensaba en el agua que apaga la sed; pero deseando comprenderlo, sus frases manifiestan el culto que le inspira la tradición religiosa y social, el respeto a los antecesores que allí dejaron su historia viva[39].

«¿Eres tú mayor que ellos?».

Respondió Jesús:

«Cualquiera que beba de esta agua, volverá a tener sed. Mas el que bebiere del agua que yo le daré, para siempre no tendrá sed; mas el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltara hasta la vida eterna».

El asombro de Fotina —así la llama la tradición— crecía oyendo hablar a su interlocutor.

---

[38] El sueño de Platón, de beber en el manantial del Ser y de la Verdad, fue absolutamente real para la Samaritana.

[39] Una nación que olvida su pasado, cae en grave desorden y en gran debilidad (Guizot).

«La mujer le dice: Señor, dame de esta agua, para que yo no tenga sed, ni venga acá a sacarla».

Jesús, poco a poco consigue que la Samaritana le dirija a su vez una súplica. Así ocurre frecuentemente. Dios nos habla largo tiempo sin que nuestras almas le comprendan; pasa a nuestro lado, sin que le veamos.

«Jesús le dice: Ve, llama a tu marido, y ven acá. Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Dícele Jesús: Bien *has dicho*: No tengo marido. Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad».

Jesús la hiere en el punto sensible, provocando, con el exquisito arte de su bondad, la súplica que acaba de dirigirle acerca del agua misteriosa, y haciéndole presentir que se halla en presencia de un hombre superior, más grande que sus padres, al cual llama ella Señor. Los divinos avisos son apenas perceptibles por su exquisita gradación y delicada dulzura, pero son de segura eficacia,

¡Jesús divino, cuanta habilidad ponéis en llamar a las almas! Visteis la herida de aquella mujer, conocíais su íntima vergüenza, su secreto dolor, y sin interrumpir vuestra platica, con sencillez y bondad, llegáis a la revelación humillante de las faltas de su vida. Las descubristeis, para ejercer vuestra divina misión, perdonándolas.

La Samaritana es sincera. No trata de negar, ni siquiera de disculparse; a Jesús le basta esto.

«Señor, veo que tú eres profeta» —le dice.

Cada vez más admirada, y más dominada cada vez por el respeto, da este nuevo título a quien supo penetrar en su vida. Acaso presentía quién era, ya que sus correligionarios aseguraban que una de las preeminencias del Mesías consistía en adivinar los más recónditos secretos. Convencida de la misión divina de aquel hombre, entra en la cuestión del verdadero culto.

«Nuestros padres adoraron en este monte —dice mostrando el Garizim—, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde es necesario adorar».

La Samaritana va derecha al principal asunto de la vida, al que domina a todo ser inteligente que no puede sustraerse a la necesidad de creer. ¿Cuál es la verdad religiosa? ¿Cómo debemos servir a Dios? Esta fue en el fondo la cuestión planteada en aquella conversación, bajo esta forma particular: ¿Cuál

es la solución de las diferencias que separan a los judíos de los samaritanos? ¿Dónde hay que adorar, en este monte o en Jerusalén?

Aunque se conducía mal, aquella mujer conservaba el espíritu de religión y la inquietud por los problemas eternos; Jesús la condujo a la verdad con el esfuerzo personal, con el ejercicio de la imaginación y con la oración.

A pesar de su fatiga, no trata el Señor de abreviar la entrevista, porque nunca se cansa de instruir a las almas que anhelan oírle. Cada una de sus palabras manifiesta la más amable bondad y el interés más animoso.

«Mujer, créeme, se acerca la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre».

¡Créeme! Esta palabra, pronunciada frecuentemente por nuestros labios impotentes, adquiere, en boca del Verbo Eterno, toda la autoridad de una orden, con toda la gracia de la persuasión. Y para ampliar las concepciones de la Samaritana, sin dejar de afirmar los derechos preferentes de Israel, proclama Jesús la entrada de todos los hombres en el seno de la Nueva Alianza.

«Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es cuando los verdaderos adoradores adoran al Padre, en espíritu y verdad».

La comprobación de la ignorancia en que gemía la mujer, colocada en una categoría inferior en todos los pueblos y huérfana de toda instrucción, es la lección de Jesús, lección que señala el principio de su rehabilitación. En aquella entrevista, se manifestó la caridad intelectual, que busca, instruye y soporta a los que combaten o desconocen la verdad religiosa.

Esta caridad es mucho más grande que la que se aplica a las obras corporales, pues pocos son los que conocen en qué consiste y como es preciso practicarla.

Grande fue el asombro de la Samaritana cuando Jesús le dijo que Dios deseaba ser adorado con la voluntad, el pensamiento y el corazón, mejor que con fórmulas y ceremonias exteriores. Doblar la rodilla en un santuario, murmurar oraciones, cumplir las prácticas de obligación, no son cosas que basten para satisfacer a Dios, cuando nuestras almas le ofenden, y nuestros corazones están alejados de su amor.

El culto exterior debe ser únicamente la manifestación sincera de las almas; la religión verdadera es aquella que mueve nuestra vida entera, la que ante Dios inmola todo orgullo y todo egoísmo. En realidad, el hombre no posee

nada que pueda sacrificar como no sea sus malos instintos, ni nada bello que ofrecer, si no es su amor. «Porque también el Padre busca que le adoren tales adoradores».

Dios va en busca de las almas de buena voluntad para depositar en ellas su complacencia y su gloria. Y para que la Samaritana pudiera penetrar mejor este misterio de amor, casi desconocido aún del mundo entero, Jesús insiste repitiendo:

«Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que le adoren».

«*En espíritu*, es decir, despojados de toda impureza del cuerpo y de los sentidos.

»*En verdad*, esto es, con un cambio radical del alma, pues al volver a Dios, tiene que aborrecer la piedad que solo está en las palabras, para amar la piedad sólida, efectiva, la que está en las obras[40]».

«Dícele la mujer: Yo sé que el Mesías ha de venir; cuando él viniere nos declarara todas las cosas».

La Samaritana estaba instruida sobre este punto capital, como podían estarlo los más renombrados filósofos. Como ellos, estaba convencida de que necesitaba venir el Mesías de Dios, para salvar a los hombres; creía que aquel Mesías no tardaría en llegar, y le llamaba desde el fondo de su alma con todos sus deseos. Esta disposición le conquisto un favor supremo. Dios concluye siempre por mostrarse a los que le buscan, y por eso le dijo:

«Yo soy el Mesías, que hablo contigo».

Hasta entonces, Jesús no se había revelado a nadie de aquel modo. Los ángeles, los pastores, los sabios caldeos, le habían adorado como al Enviado prometido. Elisabet, Simeón, Ana, Juan Bautista, Andrés y Felipe, le habían reconocido el Salvador de Israel; una voz celestial le había proclamado Hijo de Dios; *pero por primera vez,* fue una mujer quien escucho tan solemnes palabras: «Yo soy el Mesías, que hablo contigo». «Y en esto vinieron sus discípulos y maravilláronse de que hablara con aquella mujer; mas ninguno le dijo ¿qué preguntas? o ¿qué hablas con ella?».

Nunca se vio a un doctor de la Ley, y menos a un profeta, hablando con una mujer, sobre todo si la mujer no era judía, sino samaritana, herética. Una

[40] Bossuet. Carta XIV, a la Hermana Cornuau.

vieja sentencia rabínica decía: «Quema los textos de la Ley, antes que perder el tiempo en enseñarlos a las mujeres» reputando así a la mujer por incapaz de toda cultura religiosa que no fuese superficial. Un padre hubiera creído hacer una cosa contraria al buen sentido instruyendo a sus hijas en la Ley. Las costumbres judías afirmaban aquel prejuicio prohibiendo a los hombres hablar ni saludar públicamente a ninguna mujer. Los discípulos de Jesús participaban por completo de tales ideas, *pues acababan de entrar en la escuela del Señor*.

«Entonces la mujer dejo su cántaro y fue a la ciudad, y dijo a aquellos hombres: Venid y ved un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿si quizás es este el Cristo?».

Transportada por su ardiente celo, hablaba sin temer las interpretaciones maliciosas y desafiando los sarcasmos que pudiera provocar su vida pasada, con el único pensamiento de que sus compatriotas llegasen junto al Mesías.

Su relato, corrió de boca en boca; Sicar entero se conmovió.

«Entonces salieron de la ciudad y vinieron a él. Y muchos de los samaritanos creyeron en él por la palabra de la mujer que daba testimonio diciendo: que me dijo todo lo he hecho».

No fueron los discípulos enviados por Jesús a la ciudad los que le dieron a conocer, fue la mujer convertida en *apóstol*: ella fue quien anunció a los habitantes de Sicar que el Mesías estaba cerca esperándolos, ella quien los condujo en su busca. El privilegio de ser la iniciadora de la Fe le fue concedido entonces, y la mujer lo conservara siempre. En adelante, cumplirá tan sagrado deber en todas las circunstancias de la vida. Ella será la encargada de conducir sus hijos al bautismo y de enseñarles a orar; ella hablara de Dios al marido que le desconozca, o al hermano, o al hijo que se alejen del Señor, como a todos los que le olviden; ella colocara el crucifijo entre las manos del moribundo, haciendo que lo besen los labios desfallecidos; ella derramara las últimas oraciones sobre las frentes yertas, y, en fin, será siempre un auxiliar de Dios, porque Dios lo quiso así.

«Viniendo, pues, los samaritanos a Él, rogáronle que se quedase allí, y Él se quedó allí dos días: y creyeron mucho más por la palabra de Él».

Sin poner en duda el testimonio de la mujer, deseaban a su vez contemplar a Jesús y escuchar de sus labios la doctrina que enseñaba. Dejando los negocios, fueron en busca del Salvador. Del mismo modo, el niño que es instruido por su madre en los deberes de la Religión, se instruirá a sí mismo a medida que avanza

en la vida y en el conocimiento de otras ciencias. No se contentara con el catecismo aprendido en su infancia, sino que tratara de acercarse más al Salvador, estudiándole con espíritu viril, con personal esfuerzo. *Conocer a Dios cada vez mejor; tal el único objeto de la vida*.

Si los habitantes de Sicar hubieran despreciado el llamamiento de su conciudadana, no hubieran guardado más que una débil creencia, una vaga memoria de la divina visita; de esa visita que más se desea cuanto más se recibe, y cuya ausencia es tan dolorosa por lo mucho que cautiva nuestras almas.

«Quédate con nosotros» —dijeron los samaritanos, como más tarde dirían los discípulos de Emaús—. Y Él se quedó. Durante dos días, dos días completos, el Redentor se dignó habitar entre aquellos herejes[41] que mezclaban el culto de sus falsos dioses con el de Jehová. Pero había entre ellos tan gran número de almas rectas que «muchos creyeron en Él». Por eso dijeron a la mujer con cierto orgullo:

«Ya no creemos por tu dicho; porque nosotros mismos hemos oído».

¡Y era aquello lo que la mujer deseaba! ¡Feliz ella, que después de haber sido instrumento de una obra divina, se complacía en el conocimiento de Dios y en la alegría de no ser nada a los ojos de los hombres!

En general, la mujer no puede desempeñar ningún papel importante en la acción pública; no tiene puesto en las asambleas de los legisladores, ni en las competencias de la política. Su misión está en hacer el bien dentro de su hogar, y en rededor suyo; en socorrer, instruir y consolar con palabras y obras, derramando alguna alegría sobre las tristezas de la vida. Así es como ella puede dar a conocer a Cristo. Tal vez sus allegados, sus parientes, sus hijos, su marido mismo, desconozcan la importancia de sus beneficios, pero Dios la conoce[42], y

---

[41] Los samaritanos no tenían otras nociones del verdadero Dios que las aprendidas en el *Pentateuco*, muy discutidas entonces por los teogonienses asirios. No poseían más libros que el de Moisés, y no aceptaban ni los profetas, ni los libros sapienciales. Colocados fuera del pleno desenvolvimiento de la verdadera religión, era manifiesta su inferioridad con respecto a los judíos, los cuales se la hacían sentir duramente.

[42] Según la tradición, a la Samaritana le fue encomendada entonces una misión excepcional. No solo «llevó la fe a Samaria», sino que fue a predicarla en lejanas tierras, imitando a los Apóstoles. Emigró de su país y se encaminó al África en el reinado de Nerón, acompañada de su hijo, para convertir a la religión de Cristo la ciudad de Cartago. Hoy es venerada con el nombre de Fotina, y su fiesta está indicada el 20 de Marzo en los martirologios griegos y romanos. De regreso a Roma, por orden de Nerón, Fotina sufrió el martirio, en unión de su hijo y sus hermanas. He aquí las palabras del martirologio romano:
«Eodem die Sanctorum Photinae Samaritanae, Joseph et Victoris filiorum; itemque Sebastiani ducis, Anatolii, Photii, Photii, Parasceves et Cyriacae gersuntmanarum: qui omnes Christum confessi martyrium assecuti».

casi siempre los hombres se dejan conquistar a la larga por estos beneficios de abnegación familiar y social, sobre todo cuando a los encantos de una dulce serenidad, unen la amabilidad del corazón.

«Pues la virtud no es hueca palabrería, y aunque no la ve el mundo, es ella quien le guía[43]».

«La cabeza de la Samaritana se conserva en Roma, según Baronio, en la Basílica de San Pablo, por los Benedictinos del Monte Cassino».

Ejus caput Romae apud sanctum Paulum, a monachis cassinensibus sevatur. Annot ad martyrol, 20 mart.

[43] Vizconde de Bornier, *Saint-Paul*.

La Viuda de Naím

JESÚS DEVUELVE UN HIJO A SU MADRE

Naím, cuyo nombre significa *La Bella*, era en tiempo de Jesús, por su encantadora situación, una ciudad prospera y de alguna importancia. Situada a corta distancia de Nazaret, se alza junta a las márgenes del Cisón[44] que desciende del Tabor serpenteando por el valle de Esdrelón. Desde aquel lugar, la vista disfruta de un bello panorama. A un lado, las montañas de Nazaret, al otro, las del Carmelo, al fondo, el Tabor... Hoy, el sitio que ocupo Naím sólo está indicado por cabañas ruinosas, de las cuales las mejor conservadas son, como por ironía, sepulcros abiertos en las rocas que miran a Oriente.

Anochece[45]. Las montañas comienzan a cubrirse de tenue bruma, semejante a un velo; las nubes doran con sus últimos rayos el poniente.

La ciudad se dibuja vagamente a un lado del Hermón, con sus murallas, sus caminos polvorientos, sus puertas, sus casas, sus terrazas.

Jesús, seguido de una muchedumbre curiosa, ávida de presenciar alguno de sus prodigios, caminaba rodeado de sus discípulos.

«Y como llegó cerca de la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban fuera a un difunto, unigénito de su madre, la cual también era viuda: y había con ella gran compañía de la ciudad[46]».

El fúnebre cortejo avanzaba lentamente según el ceremonial de Oriente. Primero marchaban los músicos tocando la flauta; algunos hombres, con la cabeza descubierta, los pies descalzos y las ropas destrozadas, precedían al muerto, conducido en unas angarillas y envuelto en apretadas vendas; iba luego la madre, seguida de mujeres y plañideras, que lanzaban gritos desgarradores, mezclados con alabanzas al difunto y con golpes de tamboril acompasados, como acompañamiento de las flautas.

El cortejo llegó cerca del grupo que formaban Jesús y sus acompañantes. Quería el Salvador tal encuentro, quería hallarse en presencia de uno de los más grandes dolores que puede sufrir la mujer. Quiere contemplar con sus ojos,

---

[44] Entre el Hermón y el Tabor, junto a la vertiente del pequeño Hermón.
[45] Los enterramientos se verificaban a la caída de la tarde, según la costumbre oriental.
[46] *Luc.*, VII, 12, 17,

nublados por las lágrimas, las angustias de una madre. Al perder a su hijo aquella pobre viuda, lo perdía todo. Quedaba sola, sin nadie que secase sus lágrimas. El luto y las vejaciones que las ideas y las costumbres de entonces imponían, sobre todo a la mujer, serían mucho más dolorosas para aquella infeliz que ya no podía esperar protección ni posteridad.

¡Mujer, madre y viuda, no sucumbas a tu dolor! ¡Alza la cabeza y contempla a Aquel que viene a ti! Es el Maestro. Es el que jamás nos abandona, aunque a veces nos creamos solos en el largo camino de nuestros sufrimientos.

Pero aquella pobre mujer entregada a su dolor nada oye, y sus ojos no pueden apartarse del cuerpo amado que ya no existe.

Jesús, a quien ella no ve, la observa. ¿Quién era entonces el que reparaba con interés en lágrimas de mujer? ¿Quién se hubiera detenido ante la desgracia de aquella esclava predestinada a sufrir? Nadie. ¡Oh Jesús, tú fuiste el primero!

«Y como el Señor la vio; compadecióse de ella y le dijo: No llores».

Nadie había dirigido aun frases parecidas a una mujer.

«No llores». ¡Ya era tiempo de que esclava oyese tales palabras y hallase en la tierra un Consolador divino que aceptase sus lágrimas como una súplica! ¡Madre, no llores más! Ver a Jesús y ser vista por Él, es obtener su compasión, obra de su amor y su dolor. Pero tú lo ignorabas aún, por lo que si Él no hubiese salido a tu encuentro, hubieras pasado a su lado sin verle.

«Y Jesús, acercándose, tocó el féretro; y los que lo llevaban se pararon».

Los discípulos de Jesús y las personas que acompañaban a la viuda también se detuvieron. Todo quedó en silencio; todos prestaron atención, y el dolor mismo quedó como suspenso. Jesús, extendiendo sobre el muerto su mano, dijo en alta voz, llena de autoridad:

«Mancebo, a ti digo: levántate.

»Entonces se incorporó el que había muerto, y comenzó a hablar».

¡Qué asombro! La muerte obedece a la voz divina, y aquel ser se levanta de su fúnebre lecho lleno de vida.

Disipado el sobrecogimiento que se había apoderado de todos los presentes al oír las primeras palabras de Jesús, estalla la muchedumbre en aclamaciones de alegría y de admiración, sin dejar por ello de experimentar cierto terror, en tanto, que la madre, desfallecida, olvidada de sí misma, trastornada por la dicha, estrecha entre sus brazos temblorosos aquel hijo cuyos ojos acaban de abrirse de nuevo a la vida, y arranca las ligaduras que oprimían

el cuerpo inanimado. Los brazos de su hijo le ciñen, amorosos, el cuello, y los dos, palpitantes de dicha y gratitud, caen a los pies de Jesús adorándole y glorificándole.

La divina versión de este hecho se limita a decirnos breves palabras que lo expresan todo con maravillosa concisión: «Y dio el hijo a su madre».

«Y todos tuvieron miedo y glorificaron a Dios diciendo: Que un gran profeta se ha levantado entre nosotros y que Dios ha visitado a su pueblo».

Jesús quiso demostrarnos con este hecho que, de igual manera que le es dado infundir vida en los cuerpos, puede resucitar las almas muertas para su amor; y al enjugar el llanto de aquella madre, quiso que supiéramos la necesidad que tenemos de buscarle siempre, si hemos de conservar o recuperar el divino influjo de la gracia, la vida superior, vida esencial y sobrenatural del alma.

De una manera oculta, Jesús permanece constantemente a nuestro lado; nuestras lágrimas son para Él como oraciones. A veces, sin que podamos saberlo, estas lágrimas ejercen sobre su divino Corazón un poder bien distinto que sobre las almas de nuestros semejantes. De la viuda de Naím se ha dicho únicamente que lloraba.

No olvidéis esto nunca. No lo olvides sobre todo tú, mujer, ya que tu destino te reserva siempre mayores sufrimientos que a los hombres, porque debes ser madre, porque tu corazón es más sensible y tu organismo más delicado, porque tus deberes te exigen mayor abnegación, más sacrificios, más grande desinterés.

Dios, al descender a la tierra, quiso que tuvieras en Él un poderoso consejero, un amigo, un confidente en todos los momentos difíciles, en todas las horas de angustia, por las que debéis pasar forzosamente, pobres mujeres, pobres madres. Tal vez los seres que amáis os serán arrebatados por la enfermedad, por el error, por los males que amenazan al cuerpo, o por los peligros que se presentan al alma. ¡Qué numerosos son los que permanecen amortajados en las tinieblas de la incredulidad, o en los horrores de la mala vida! ¡Cuántos mueren así desoyendo vuestros consejos, la voz de sus conciencias, los avisos providenciales! ¡Pobres mujeres, debéis ser valerosas, y cuando todo parezca perdido, cuando desconfiéis de la conversión de unos, o de la curación de otros, recordad que las lágrimas derramadas en presencia de Dios tienen la virtud de resucitar a los muertos! Llegará un día en que un rayo luz divina brotado del Corazón de Jesús iluminara vuestra vida, y comprenderéis la razón

de aquella larga y cruel enfermedad, o de aquella prueba humillante, que no pudo ser consolada por nada ni por nadie en el mundo. Llegará la hora en que el muerto querido, hijo, padre, hermano o marido, oirá de improviso la palabra divina. Jesús irá hacia ellos de un modo manifiesto, extenderá su mano, pronunciara una palabra de autoridad y el enfermo quedara sano, el muerto comenzará a expresarse con las palabras de la razón, de la verdad religiosa, rezara con vosotras y se prosternara ante su Dios. Hermana, madre o esposa, tú le habrás salvado. Tú tienes que rogar por él, más que por ti, y ya que nuestro deber sobre la tierra es llevar los sufrimientos resignadamente, no olvidemos *que sólo la compasión de Jesús tiene un valor eficaz. Sólo unida a la suya, produce efecto la de los demás*.

Las Mujeres sirven a Jesús

Jesús, acompañado de *los suyos*, su Madre y sus discípulos[47], dirigióse de Nazaret a Cafarnaúm, al Norte del lago de Tiberíades, junto a sus verdes y floridas orillas. El Salvador quiso habitar en ella mejor que en otra, haciendo numerosos milagros, pagando el impuesto, sembrando abundantemente la semilla de su doctrina y las pruebas de su amor; y para decirlo todo en honra de Cafarnaúm —y también en vergüenza de la ciudad culpable—, fue llamada la *ciudad de Jesús*[48].

Uno de sus discípulos, Simón el pescador, residía en Cafarnaúm con su suegra, a pesar de poseer en Betsaida una casa. ¡Cuánta fue su alegría al saber que Jesús, con su Madre, visitaría el hogar de su familia! ¡Felices los habitantes de Cafarnaúm, que fueron los primeros en ver y en oír al Mesías!

Cierto sábado, aprovechando la presencia del pueblo congregado en la Sinagoga, quiso Jesús darse a conocer y comenzar la enseñanza de su doctrina.

Después de aquella manifestación de su divina presencia, que debió producir tanto asombro como emoción, Jesús, con Santiago y Juan, unidos a Él recientemente, entró en casa de Andrés y Simón, y sentóse junto al hogar, como si formara parte de aquella familia, porque entre el Maestro y sus discípulos existía una ingenua y dulce intimidad. Jesús consagró toda su vida a restablecer esta intimidad, que existía entre Dios y el hombre en los días de su inocencia, sacando del vicio y del error a la humanidad enferma, para hacerle formar una estrecha alianza con su Creador. ¿Acaso no era la mujer quien más necesitaba para redimirse el sacrificio de Jesús? ¿Acaso no era ella la más humillada, estando como estaba sometida ciegamente al egoísmo y a las pasiones de los hombres?

«Un marido la compra al padre que la vende. Viuda, su hijo, su hermano, un extraño tal vez, dice: La ley me la da, y ella debe seguirle».

Llegaba, por fin, el Salvador, y la aurora de la libertad empezaba a iluminar el mundo.

El Libertador de los oprimidos, se acercaba a la pobre sierva despreciada por todos.

---

[47] Juan, II, 12.

[48] Mateo, IX, 1.

«Y levantándose Jesús de la Sinagoga, entró en casa de Simón, y la suegra de Simón estaba con una gran fiebre, y le rogaron por ella[49]».

Enferma y abatida, aquella anciana era la imagen de la humanidad, y sobre todo, del estado en que gemía la mujer. Por eso, desde los comienzos de su vida pública, Jesús se llega a ella, y los discípulos le piden su curación, no porque Jesús necesite de tal súplica para socorrerla, sino porque con ella quiere dar a la mujer como una reparación del mal que hasta entonces ha sufrido por causa del hombre.

«Entonces llegando Él, la tomó de la mano y la levantó, y luego la dejó la calentura».

Jesús, acercándose a la enferma, quiso recordar al hombre cuanto respeto merecía aquella a quien Él sanaba, ordenando a la fiebre que la dejase.

Era necesaria vuestra autoridad, Jesús mío, para que la enferma recuperase su salud, para que la vida del cuerpo y del espíritu renaciese en aquella mujer deprimida.

Pero no basta a tus designios ni a tu amor llegarte a ella, favorecerla con tu presencia, mantenerte a su lado, fijar en ella tus divinos ojos y ordenar a la fiebre que la deje. No te bastaba esto, porque querías que recuperase la nobleza primitiva de su inocencia, y otra mayor aún.

«La tomó de la mano y la levantó». Sólo el *Señor* pudo operar tal cura. ¿Quién sino Él hubiera pensado hacerla? ¿Ni quién era lo bastante poderoso para ir contra la costumbre de los tiempos, contra la bajeza y la espantosa corrupción de aquel pueblo judío que tan frecuentemente olvidaba las prescripciones de la Ley?...

Aquella mísera mujer, dominada por un dueño, no hubiera podido jamás elevarse a sus propios ojos, ni a los del hombre, a no ser por las atenciones y el respeto de la rodeo el Hombre Dios. Junto que al lecho de aquella enferma, verificó el Salvador una doble curación, y para esto le bastó una palabra. Quiso el divino Maestro concederle los más grandes favores. Él, que no había de tocar ni aun a su amigo Lázaro, se digna estrechar aquella mano consunta y febril, dándole así, a más de la medicina, la prueba de su predilección y de su compasión.

[49] Marc., I, 30. Luc., IV, 38-40.

«Jesús toma a la mujer de la mano, y al levantarla, la eleva hasta su Corazón.

Por eso la mujer comprende mejor que nadie el Corazón de Jesús, y le confía sus secretos, y se quema en las ardientes llamas del santo amor, *y las ve*[50].

Mujer, reconoce como quiso Dios significarte su protección en *aquel apoyo directo que te prestó para levantarte, y como, en un común esfuerzo de la unión de tu flaqueza con su soberano poder, se operó tu curación.*

La mujer no se engaña nunca. Le fue concedida la inteligencia, y al sentirse animada por una vida nueva, «levantándose luego, se puso a servirlos».

Llegó el momento de la comida; aquel día era sábado, y para demostrar a la vez su gratitud y su curación, dispuso al punto la mesa y ofreció los manjares a Jesús y a los que le acompañaban.

El Evangelio señala este apresuramiento, lo cual no sucede en ninguna otra de las curaciones que efectuó el Salvador.

* * *

La Sagrada Escritura nos dice que también otras mujeres sirvieron a Cristo durante el tiempo que recorrió a Palestina.

Los sabios y los doctores judíos iban generalmente acompañados de mujeres que los servían, a fin de que, libres ellos de los trabajos materiales, pudieran dedicarse a sus discípulos con entera libertad de espíritu. Jesús siguió aquella costumbre.

«Y aconteció después que Él caminaba por todas las ciudades y aldeas predicando y anunciando el Evangelio del reino de Dios: y los Doce con Él, y algunas mujeres que habían sido curadas de malos espíritus y de enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, mujer de Chuza, procurador de Herodes, y Susana y otras muchas que les servían de sus haciendas[51]».

Además de las que cita el Evangelio, con Él estaban María, madre de Jesús, Salomé, madre de los Zebedeos; María de Cleofás, madre de otros tres Apóstoles, hijos de Alfeo y primos de Jesús, y sin duda también estaban sus

[50] Margarita María Alacoque
[51] Luc., VIII, 1, 2 y 3

primas nazarenas[52], Ester y Tamar, de quienes la tradición nos da sólo los nombres. Todas ellas, unidas a María Marcos, de Jerusalén, formaban el número de doce que correspondía al de doce Apóstoles[53].

Un sabio teólogo del siglo XII dice:

«El Evangelio nos explica que las mujeres, al servir a Jesús, emplearon todos sus bienes en su sostenimiento cuotidiano, y en proveerle de cuantas cosas necesitaba. Él, que tan humilde se mostraba con sus discípulos, llegando a servirles la mesa y a lavarles los pies, jamás recibió de ellos ni de hombre alguno iguales servicios. Las mujeres fueron las que se ofrecieron para todas las necesidades de la humanidad».

Al acercarse el momento de la redención, la mujer, despertando de su sueño de esclavitud, se da cuenta de su dignidad, y, apenas elevada, se convierte en apóstol y une sus esfuerzos a los de aquellos que se ocupan en rescatar, en rehabilitar y ennoblecer. San Pablo debía escribir acerca de ella:

«¿No tenemos potestad para traer con nosotros una hermana mujer, también como los otros Apóstoles y los primos del Señor y Cefas?[54]».

¡Virgen María, tú eres entre esas mujeres el prototipo de toda redención y toda santidad; tú eres el perfecto ejemplar de todas aquellas que la ley evangélica pondrá al servicio de Jesús!

Las mujeres de Judea tendrán pronto imitadoras y hermanas, por dondequiera que los Apóstoles prediquen la doctrina del Salvador. En grupos compactos van a surgir del mundo bárbaro, del mundo griego y romano. ¡Cuántas de ellas, consagradas diariamente al servicio de Dios, causaran honda admiración! Repartirán sus riquezas, sacrificaran su orgullo, abandonaran sus palacios opulentos y edificaran santuarios, para vivir a tus pies, Jesús divino. Otras confesarán tu fe ante los verdugos. ¡Oh Cristo adorado! A través de los siglos, la mujer continuará sirviéndote, según la forma y las necesidades presentes del estado social, con igual espíritu evangélico. Su personalidad y su acción social progresan y se desenvuelven. Para poder servirte mejor, ¡oh Jesús!, cada día acomete mayores empresas. Se oculta en un claustro, entre la pobreza, o acude a las prisiones, entre el vicio, para llevar a ellas la pureza y la gracia redentoras, o va a los hospitales, junto al sufrimiento, pero siempre

[52] Los judíos consideraban como hermanos a los primos carnales.
[53] Dr. Sepp, *Vie de Jésus-Christ*, p. 34 y 35.
[54] I Corintios, IX, 5

contigo, Salvador nuestro, siempre llevando valientemente, y como en triunfo, la cruz sobre el pecho para demostrar que su corazón solo palpita por tu amor, aun en medio de las debilidades, de las persecuciones del mundo y de las dificultades del sacrificio. Nadie sabrá jamás cuanta abnegación le ha infundido ni cuan exquisitas y celestiales alegrías le ha hecho experimentar la idea de seguirte, de complacerte, en una palabra, de *servirte*.

Gran número de cristianas, de las que parecen más alejadas de tu Corazón, no dejaran por ello de pertenecerte y de vivir tu vida divina, porque «así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, empero todos los miembros, siendo muchos, son un cuerpo, así también Cristo[55]»

La Providencia exige de los que siguen al Divino Maestro, la vida perfecta y el servicio sincero; así todo se armoniza en Dios, en ese reino de los elegidos, que, por Cristo y con Cristo, militan en la tierra.

[55] I Corintios, XII, 12.



La resurrección de la hija de Jairo
Cuadro de Iliá Repin[56]

[56] En el original se mostraba el cuadro de Domenico Morelli, se sustituyó por no encontrarle en el dominio público. —Nota de la transcriptora

Curación de la mujer enferma y resurrección de la hija de Jairo

Transcurría el segundo año de la predicación de Jesús, cuando una mañana desembarcó en la orilla de Genesaret. La multitud, que le había abandonado la víspera por la tarde, al internarse en el mar, reconoció su barca y le espero gozosa e impaciente. Entre la multitud se hallaba Leví, el publicano convertido en apóstol, el cual, para demostrar al Maestro la alegría que su retorno le causaba, le invitó a un festín. Jesús aceptó, y, seguido de sus discípulos, se reunió con otros publicanos y pecadores invitados también por Leví. Los escribas y fariseos, que constantemente espiaban los actos de Jesús, al tener conocimiento de este suceso, se presentaron en la sala del festín, pero no atreviéndose a reconvenir directamente al Salvador, preguntaron a los Apóstoles:

«¿Qué es esto que Él come y bebe con los publicanos y los pecadores?».

Los discípulos también manifestaron su extrañeza. Jesús les respondió entonces con estas admirables palabras de salvación y redención:

«Los sanos no tienen necesidad del médico, más los que tienen mal. No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores. ¿Pueden ayunar los que están de bodas cuando el Esposo esta con ellos? Entretanto que tienen consigo al Esposo, no pueden ayunar».

Aún estaba hablando, cuando llegó Jairo, el jefe de la sinagoga de Cafarnaúm, y, postrándose a los pies de Jesús, le rogó que sanase a su hija, pues estaba en peligro de muerte:

«Ven a poner sobre ella la mano, para que sea salva y viva».

Jesús se levantó al instante, y acompañado de sus discípulos y seguido de la multitud, emprendió rápidamente su marcha a la casa de aquel desgraciado padre, quien, temeroso de hallar muerta a su hija, caminaba apresurado. De repente, Jesús se detuvo y volviéndose a los que le seguían, preguntó:

«¿Quién ha tocado mi vestidura?[57]» Y como nadie respondiera, le dijo Pedro: «Ves la gente que te está apretando y dices: ¿Quién me ha tocado?»

---

[57] *Marc.*, V, 22, 23, 30, 31.

Pero Jesús, conociendo en sí mismo la virtud que había salido de Él, repitió: «¿Quién ha tocado a mis vestidos?»

Entonces la mujer enferma que se había acercado a Él diciendo: «Tan solamente con tocar su vestido seré salva», se prosternó ante Él, temblando de temor, y conociendo lo que había pasado en ella, declaró ante el pueblo su mal, sus deseos y la manera como acababa de ser curada en aquel momento.

Jesús quiso aquella declaración, porque siendo la enfermedad una impureza legal, el hecho de declararla públicamente constituía un acto de humildad, más meritorio que cualquier acción de gracias en testimonio de su poder soberano. Aquella mujer —dice el Evangelio— «había pasado muchos trabajos en manos de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía sin haber adelantado nada, antes empeoraba más». Era el suyo un mal incurable contra el que no tenían poder la ciencia ni los consejos que la infeliz escuchaba y practicaba sin lograr un resultado positivo. ¡Con cuanta satisfacción nos acercamos, en casos semejantes, a quien tiene un poder superior, cuando llegamos a persuadirnos de la ineficacia de los recursos humanos!

¡Bien hiciste, mujer, acercándote a Jesús y tomando entre tus manos, respetuosa y delicadamente, la franja que ornaba su manto de doctor[58], con la seguridad de ser curada! El Señor derramó en aquel momento su gracia sobre ti y fuiste libre de tu sufrimiento. Entre los que tocaban al Maestro, tú sola recibiste el efluvio divino. Los demás, según palabras de Pedro, «apretaban» al Señor, porque no se dirigían a Él con ningún deseo, ni sus corazones formulaban ardientes ruegos, ni el amor de Jesús los atraía. Le seguían con curiosidad o con perfidia. Esta es una prueba de que las disposiciones del alma, la fe y la humildad, sobre todo, son lo único eficaz en nuestras relaciones con Dios; sin esto, las circunstancias más favorables no logran resultado alguno. Todo ocurrió allí con la rapidez del pensamiento. Cuando Jesús vio a la pobre mujer que, humillada a sus pies, le daba gracias, la levantó con una de aquellas palabras que devolvían la vida:

«Hija, tu fe te ha sanado; vete en paz, y queda libre de tu azote».

---

[58] Esta franja era sagrada para los judíos. Obedeciendo a la Ley, llevaban en las cuatro puntas del manto cuatro borlas sujetas al mismo por una cinta azul. Moisés quiso que este adorno, al fijar la atención de la vista, recordase siempre a los judíos que eran un pueblo consagrado al Eterno. Dos de aquellas borlas se anudaban delante y una de ellas caía por la espalda, cuando para facilitar los movimientos se apartaban sobre el hombro los pliegues del amplio manto. Probablemente esta fue la que tocó la enferma de flujo. — Nota de *La Vie de Jésus*, por el abate Fouard, I, 372.

¡Hija! Tal fue el nombre que Jesús daba a la humanidad, humillada y dolorida, adoptándola desde aquel momento; el mismo nombre que otorgaba a la mujer enferma a quien concedía su divino consuelo. *¡Hija!* Una sola frase de ternura reveló a la tímida enferma, al género humano, que temblaba ante los dioses, las relaciones familiares que el Hombre Dios quería establecer entre Él y la Humanidad caída. La mujer, sobre todo, necesitaba escuchar aquellas adorables palabras, palabras de ley y de gracia dirigidas a ella. Pobre mujer, levántate confiada. Sólo Él tiene palabras de salvación: abre tu corazón al amor de Jesús; Óyelo bien: eres su hija. Ha venido al mundo para establecer tan extraño parentesco. Él mismo te lo dice, y *su palabra manifiesta su poder*. Entrégate, pues, a la alegría de tu salvación y da gracias a tu Redentor, a tu Padre.

«Cuando aún estaba Él hablando, llegaron de casa del jefe de la sinagoga y le dijeron: Tu hija es muerta; ¿para qué fatigas más al Maestro? Mas Jesús, cuando oyó lo que decían, dijo al príncipe de la sinagoga: No temas; cree solamente».

Incesantemente encontramos en los labios de Cristo la prohibición de dudar y la exhortación a la fe y a la confianza. La fe es necesaria, y Jesús la concede a quien se la pide, a veces con una sola frase llena de luz: «Cree solamente».

La fe de la mujer enferma era más enérgica. Derribando los obstáculos que se le oponían, fue hacia Jesús. Por eso él la llamo hija. Mientras que la hija de Jairo en su lecho, sin movimiento, muerta, era incapaz de nada para favorecerse a sí misma, la mujer obtuvo su curación. La hija de Jairo representaba a la humanidad impotente, hundida en la muerte del vicio y el error; era la imagen de su sexo sepultado en el sueño del espíritu, por lo que se imponía, para librarse de él, la intercesión de aquel padre cuya súplica quiso atender Jesús.

Llegados a la casa del jefe de la Sinagoga, el Salvador halló en ella a los parientes y vecinos que acudieron al tener noticia de que la niña había muerto. Se disponían a envolver el cuerpo con perfumes y vendas; los gritos y los llantos, unidos a la música de las flautas, llenaban la casa. Jesús les dijo:

«¿Por qué alborotáis y lloráis? La muchacha no es muerta, más duerme. Y hacían burla de él».

Aquellas burlas demostraban el fondo de los pensamientos, y por eso Jesús no quería testigos que dudaran de él. Contemplar las obras divinas es privilegio insigne que sólo merecen los corazones santamente dispuestos.

El padre y la madre de aquella niña estaban preparados por el dolor para creer en el poder soberano del Señor. Aquel dolor los llevo a buscar y a obtener la gracia de que el Salvador los favoreciese con su presencia, y desde el momento en que apareció en aquella casa, todas sus angustias cesaron. La esperanza les dio de nuevo ánimos... Y Jesús, solo con ellos y con sus discípulos, entró en la fúnebre estancia, y tomó la mano yerta de aquella niña y levanto la voz, voz divina, que la hija de Jairo oía por vez primera para obedecerla,

«Muchacha, *a ti te digo*, levántate». ¿Quién sino Dios podía dar la vida y adoptar como hija a una esclava?...

La muchacha se levantó en medio del estupor general y comenzó a andar. La emoción, el asombro y la dicha trastornaban a los padres, hasta el punto de olvidar los cuidados que reclamaba el estado de su hija; Jesús se lo recordó con estas palabras:

«Dadle de comer».

Con ello manifestaba una solicitud más tierna que el mismo amor maternal. «¡Dios mío, nadie mejor padre que tú, nadie más amoroso que tú![59]»

¡Felices los hijos cuyos padres piden a Jesús por ellos y obtienen la gracia de que llegue a socorrerlos tendiéndoles su mano! «¡Felices los espíritus perspicaces que miran, piensan y meditan en un punto tan olvidado por muchos! ¿Qué punto es ese? Es el punto capital, el de la muerte, el verdadero punto de vista que ofrece el cuadro de la vida. ¡Oh muerte feliz! ¿Quién te percibe y bajo tu luz examina su vida antes de terminarla? Dichoso el que obra así, porque no muere, sino que despierta de un sueño. Sus ojos se abren para contemplar la doble faz de las cosas, principio y fin, muerte y vida[60]».

---

[59]«Tam pater, nemo: tam pius, nemo».-Tertul.
De tal modo tenía en sí el espíritu y el corazón de Jesucristo la venerable madre Barat, que, no pudiendo andar, subía de rodillas la escalera, para cerciorarse por sí misma de los cuidados que recibía una novicia enferma. He aquí este hecho ejemplar:
«Cierto día, una novicia aquejada de ligera fiebre, vio llegar junto a ella a la Madre General, cuyos pies enfermos no podían sostenerla: «¿Cómo habéis venido hasta aquí, Madre mía?» — «Silencio, hija, no digas nada; quise convencerme de que estabas bien cuidada subí de rodillas la escalera». (Vie de la Mère Barat.)
[60] F. Gartry, La Connaissance de l'âme,

Jesús quiso ejecutar estos dos hechos simultáneos, relacionados sucesivamente con una niña de doce años y con una mujer envejecida (para quien los recursos del cariño, de la inteligencia y de la sabiduría humana fueron inútiles), a fin de demostrarnos la necesidad que tenemos de acudir a Dios en el transcurso de nuestra vida, y convencernos de que fuera del orden divino establecido para regir la personalidad humana, todo nuestro ser, cuerpo y alma, lejos de disfrutar la plenitud de la vida, languidea sufre y muere. La mujer sobre todo se rebaja tanto más cuanto más se aparta de su divino Redentor, puesto que ella es la encargada de mantener dentro del hogar la fe cristiana, comunicando a la familia, y por la familia a la sociedad, el fuego generador, la vida total y única, que responde a nuestras íntimas aspiraciones, a nuestra sed de ideal y de felicidad.

Mujer, Aquel que supo librarte de tu vergüenza; niña, Aquel que te devolvió la vida, desea ser vuestro guía y vuestro Salvador en el viaje terrenal. No le neguéis vuestra fe, permaneced atentas y obedientes a su voz. Esta voz proclama que el obstáculo para el desenvolvimiento de la hermosa vida que acaba de comunicaros es el egoísmo, porque sujeta los corazones en los límites personales, y para vencer al enemigo amenazador, más terrible cuanto más inadvertido, es preciso salir de nosotros mismos, y buscar a Dios, pues en Él está toda belleza moral y todo el bien.

Fíjate bien en ello, niña de nuestros tiempos. Camina por la vida creciendo, llevada por el soplo de la juventud; pero aléjate de esos falsos doctores que tratan también de tomar tu mano.

Semejantes a los músicos de la casa de Jairo, escuchan las palabras del Maestro para burlarse de ellas. Intentan hacerte descreída y librepensadora, como ellos. Niña, desconfía de sus falsas palabras y teme las cadenas que hallarás apenas reniegues de tu Salvador. Sal de ti misma, tiende tus blancas alas y elévate en busca de la Bondad infinita; que tu alma se inflame de amor por su Libertador, y puesto que «la palabra de Jesús exhorta a la perfección» sube hasta Él. Pero no dejes de abarcar con la mirada de la prudencia todo el camino que has de recorrer, y hazte cargo justo del verdadero objeto de tu vida[61].

---

[61] De esta manera comprendía la vida aquella noble joven —naturaleza rara y delicada— que a los veinte años, poco antes de subir al cielo, escribía:
«La muerte no sorprende a los que sin temor tristeza la ven como una luz inextinguible que ha de guiarlos por los senderos de la vida».

María de Magdala

JESÚS LEVANTA A LA MUJER PECADORA
LA LEY DEL PERDÓN

A pesar de las críticas que siempre se alzan contra toda personalidad saliente, contra todo reformador, Jesús arrastraba en pos de su persona a la muchedumbre entusiasmada. Era el amigo del pueblo, al que amaba y por el que era amado. Los grandes, los poderosos, le buscaban y tenían gran honor en recibirle.

El Salvador se daba a todos; a Él podían llegar todas las clases, todas las opiniones religiosas, ya que su deseo era reclutar hombres para el bien. Las relaciones facilitan el cambio de ideas, permiten influir en los espíritus. Preciso es conversar y vivir con los hombres, si se quiere dirigirlos; la diversidad de creencias no impide la amenidad en las conversaciones, la indulgencia para las personas de buena fe, la compasión para todos.

Según palabras del Apóstol: «Para un cristiano no hay griegos ni romanos, ni esclavos, ni hombres libres».

A pesar de esto, los fariseos, espíritus mezquinos y violentos, inventaban calumnias contra Jesús, que no paraba mientes en ellas, pues no vino para complacer a unos pocos, sino para salvar con sus enseñanzas a los pecadores.

Sentado a la mesa de un fariseo, Jesús nos instruye. El fariseo se llamaba Simón, y, según el Evangelio, habitaba en Magdala, a orillas del lago de Tiberíades, siendo allí un personaje importantísimo. En aquella ciudad vivía también una pecadora llamada María, que debía ser célebre en la historia evangélica.

Los escritos de los rabinos dicen que aquella mujer perdió a sus padres siendo muy joven y quedó en posesión de grandes bienes. Era hermana de Marta y de Lázaro. Educada conforme a su clase, adquirió en los libros hebraicos grandes conocimientos. A su clara inteligencia unía los encantos de una gran belleza. Se llamaba María de Magdala. Entre los judíos, añadir al nombre propio el del lugar donde se nacía, sólo era permitido a personas elevadas.

«Dios mío abrid para mí los espacios puros, luminosos alejados del mundo, y que en un vuelo seguro mi alma llame al cielo constantemente para probaros su impaciencia y el único término de sus ansias».
Gabriela Thèpault du Breignon, llamada por Dios el 11 de Mayo de 1889.
Extracto de sus meditaciones.

En los primeros siglos del cristianismo se conservaba aún la casa donde nació María. Aquella encantadora ciudad de Magdala, bañada por las azules ondas del mar de Tiberíades y cercada de flores, de frutos, de fértiles llanos, estaba rodeada de murallas y torres, pues los romanos habían establecido allí una guarnición. Magdala era, por consiguiente, una plaza fuerte. Las costumbres de sus habitantes habíanles conquistado la peor fama, fama justificada sobradamente por la mala conducta de María.

Los autores de aquel tiempo dicen que María casó muy joven con un doctor de la ley llamado Pafo, quien se separó de ella pronto, a causa de sus desordenes.

El *Talmud* y los Padres de los primeros siglos señalan varias veces como cómplice de María de Magdala a un oficial de la guarnición, padrino de Pafo, encargado de ordenar el festín de bodas, y de conducir solemnemente a la desposada hasta su nueva casa.

¿De qué modo María de Magdala pudo sentirse atraída hacia Jesús? ¿En qué sitio, en qué circunstancias tuvo la dicha de verle por vez primera? Tal encuentro se efectuó en Naím, ciudad vecina de Magdala, en el memorable día en que Jesús resucito al hijo de la viuda, el día antes de celebrarse el banquete de Simón. Probablemente allí, oculta entre la multitud, fue vista por el Salvador de Israel, y en una mirada divina recibió la revelación de la esclavitud y de las vergüenzas de su vida.

Y he aquí que, poco después, Jesús dirígele a Magdala. ¡María, apresúrate, apresúrate! ¡Si supieras quién llega, y qué hora se acerca para ti! María lo presiente: la admiración, los remordimientos, todo la empuja hacia quien devuelve la vida.

Poco después de resucitar al hijo de la viuda de Naím, según dicen los comentaristas[62], hubo un banquete en casa de Simón, al cual asistió Jesús. Emocionada aquel milagro, María fue en su busca, y el Evangelio relata así su visita: «Y he aquí que una mujer que había sido pecadora en la ciudad, cuando supo que Jesús estaba en la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro lleno de ungüento. Y poniéndose a sus pies en pos de Él, comenzó a regar con lágrimas sus pies y los limpiaba con los cabellos de su cabeza: y le besaba sus pies y los ungía con el ungüento[63]».

[62] Simón de Casia.
[63] Luc., VII, 37-38.

Los presentes contemplaban estupefactos aquella acción que a todos, menos a uno, parecía locura.

Aquella orgullosa beldad, aquella culpable, rodeada de funesto prestigio, se prosterna arrepentida, reconociendo a su Libertador, y no quiere sufrir por más tiempo la esclavitud de los que «ponen vergüenza donde Dios quiso poner amor[64]».

Contraviniendo a la costumbre, María de Magdala destrenzó sus largos cabellos, sin reparar que era signo de oprobio hacer tal cosa, y merecía castigo, como no se hiciera por causa de luto. María no vacilo en dar testimonio de su amargura honrando al que había de purificarla. Para expresar su amor y su respeto, derramó sobre el Señor el vaso de alabastro, lleno de preciado y raro ungüento de nardo puro. Los antiguos empleaban ungüentos parecidos en las grandes solemnidades, para ungir las cabezas de aquellos a quien trataban de agasajar cumplidamente. En los festines nupciales, este honor se reservaba para el rabino que bendecía el matrimonio. Todos los pueblos de la antigüedad empleaban perfumes en las grandes solemnidades, pero hasta entonces nadie, ni entre los más suntuosos, había derramado nardo puro sobre los pies de un invitado. Según los historiadores, era aquel un don real. ¡Cuán inspirada había estado María al ofrecérselo al Señor!

Aquel vaso de ungüento era también un presente de himeneo. La desposada lo recibía muy de mañana el día de sus bodas, y con él se perfumaba. María rompió el vaso que era un símbolo de fidelidad conyugal, violada por ella, para dar prueba de que abandonaba el mundo, derramó el ungüento sobre los pies del Salvador, de aquel juez dulce y misericordioso, a quien siempre apacigua un sincero arrepentimiento, y que, por desgracia, tan olvidado esta de los hombres. Entre las manos de María, aquel vaso simbolizaba su alianza con el Señor, que para siempre había conquistado su alma.

¡Lagrimas, adoraciones llamas, de amor, subid, subid hacia el Corazón de Jesús, envueltas en vapores perfumados!

¡Por Jesús todo sea! Da todo, Magdalena:
Sobre sus pies desnudos, derrama tu alma entera,
Vierte el fondo del vaso, los aromas guardados,

[64] V. Bornier: *San Pablo*.

Anhelos, esperanzas, todo, hasta tus pecados[65].

Sin tratar de evitarlos, Jesús recibió los homenajes de la pecadora.

El huésped del Señor, aquel fariseo, quedó sorprendido, acaso indignado, ya que en su propia casa, durante un festín, en presencia de personajes ilustres, una pecadora pública se acercaba al Salvador y Éste no la rechazaba con desprecio, sino que la toleraba a sus pies... «Y cuando esto vio el fariseo que le había convidado, dijo entre sí mismo: Si fuera éste profeta, conocería quién y cual es la mujer que le toca, que es pecadora».

Simón juzgaba por las apariencias y se equivocaba. No se puede ser equitativo sin conocer el secreto de los pensamientos ni las causas determinantes de las acciones. Los justos respetan la libertad de otros, interpretan favorablemente todas las acciones, o las disculpan; no tratan de escudriñar el mal, compadecen a los angustiados por remordimientos, por las lágrimas del arrepentimiento, participan de la alegría de los cielos ante un pecador convertido, y dan gracias con ellos y por ellos.

¿Acaso Simón era mejor que María de Magdala? ¿Acaso no era injusto con el prójimo humillado ante Jesús, que tantas veces dio ante él pruebas de la misión venía a cumplir? No, ciertamente, Simón no era mejor ni más justo que María, sino que personificaba a esos seres mediocres que «no pudiendo comprender por sí propios miras o intenciones de alguna elevación, no alcanzan a entender el lenguaje con que se les explican, y acogen voluntariamente mezquinas intrigas y bajas suposiciones[66]».

Simón era un espíritu pobre, obscuro, orgulloso, falta de constancia, que no supo apreciar, para compadecerlas generosamente, las debilidades del corazón humano representadas por María. Al condenar el arrepentimiento de la pecadora, causó al Señor pena y disgusto.

«Entonces Jesús le dice: Simón, una cosa tengo que decirte. Y él responde: Di Maestro».

Los pensamientos del fariseo no son un secreto para el Salvador, que quiere iluminarle mostrándole la ley de gracia y de perdón derramada por Dios sobre la tierra. Pero como para conseguirlo precisa hablarle con dureza, el Maestro le pide autorización. Simón es su huésped, y Jesús le da testimonio de

---

[65] *Les Parfumes de Madeleine*. —De Laprade.

[66] J. de Maistre.

consideración: no quiere revelar los pensamientos que descubre, y evita la humillación. Sabe que toda palabra, para ser escuchada con eficacia, debe reunir dos condiciones, la dulzura y la oportunidad en decirla. Sabe que la verdad no germina, ni crece, ni fructifica, más que en tierra dispuesta a recibirla. En tono cordial y familiar de conversación, Jesús habla a Simón en estos términos:

«Un acreedor tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Y no teniendo ellos de qué pagar, perdono la deuda a ambos. Di, pues, ¿cuál de estos le amará más?».

¡Cuánto ha cambiado la escena! Al aparecer María de Magdala, todos los ojos se fijaron en ella, y en todos los rostros asomaron sonrisas de burla o de desprecio. Arrodillada ante Jesús, Él era el único que ni la miraba, ni parecía verla siquiera; la dejaba hacer... Ahora todas las miradas se detienen en Simón, quien, de acusador secreto, se torna en acusado. El fariseo así lo comprende, y se dispone a responder. Condenándose a sí mismo, dice:

«Pienso que aquel al cual perdonó más».

El fariseo es juez de sus pensamientos propios y de los de aquella mujer.

Jesús entonces se vuelve hacia María, y con sus palabras y su mirada, pone a la antigua pecadora en parangón con un celador de la ley, y condena al celador.

Después, recordando las costumbres hospitalarias de Oriente, que Simón no había cumplido, le dice:

«¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas y los ha limpiado con los cabellos. No me diste beso, mas ésta, desde que entro, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con óleo, mas ésta ha ungido con ungüento mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados son perdonados, porque amo mucho; mas al que menos se perdona, menos ama».

Así quedó promulgada en el mundo la ley del perdón, aplicándola por vez primera a una mujer. Ya que mujer fue la que primero pecó, a ella correspondía ser la primera en humillarse ante el Maestro divino, no para solicitar la curación de un mal corporal, como la muchedumbre que a diario se prosternaba ante Jesús, sino a fin de obtener una rehabilitación moral para los siglos futuros. Con esta ley, Jesús proclamó también la de la justicia, que consiste en no juzgar temerariamente, en recordar las faltas propias antes de acusar a otros. Además, se trataba de faltas para las que los hombres son inexorables, pero que ellos son

los primeros en provocar. Por eso, de una manera explícita y conmovedora, el Redentor se compadece de tales faltas, *haciendo caer por vez primera sobre aquella gran pecadora la absolución más solemne de cuantas pronuncio luego*.

«Le son sus muchos pecados perdonados, porque amo mucho, mas al que menos se perdona, menos ama».

Sí, nuestro Señor perdona en María Magdalena a la humanidad culpable, de quien ella es personificación. Su amor por Dios es la reparación de sus faltas: Aquel amor remedia el mal en las causas y en los efectos, concede la vida santa y hace realizar santas obras. El amor a nosotros mismos entraña el desprecio a Dios y la violación de sus leyes. El amor propio desordenado de María de Magdala la hizo caer en el pecado. Su amor a Dios hizo nacer en ella el arrepentimiento, inspirándole, con el sacrificio de su persona, las obras de una vida ordenada, virtuosa y pura.

San Paulino de Nola escribía a Severo: «Colocando su amor por encima de sus mandamientos, quiere Dios demostrarnos que, a pesar de ser insolventes, podemos pagar nuestras deudas. Nadie diga por tanto: nada tengo, nada puedo. Todos tenemos un corazón que ofrecer a Dios y Él se dará por satisfecho al recibirlo. No se nos exige grandes sacrificios, ni ofrendas suntuosas, ni duros trabajos; poseemos lo suficiente para pagar nuestro rescate, porque de nosotros depende nuestro amor. Amemos a nuestro Señor, y se dará por satisfecho. Más todavía: de acreedor se convertirá en deudor[67]».

Simón, frío celador de las leyes, observador riguroso del texto de los mandamientos, no sabe, en definitiva, amar ni a su Dios, ni a su prójimo. Jesús, al decirle: «Entré en tu casa y no diste agua para mis pies», pudo añadir:

«La pecadora entró y tú la despreciaste».

Y es que la ley de amor, con respecto a Dios, no consiste en observar fielmente los mandamientos, sino en amarle de todo corazón, y no sólo a Él, sino también al prójimo, sin reparar en sus culpas, y atendiendo sólo a Dios, que ordena amar al pecador arrepentido. La pecadora arrepentida amaba con amor de arrepentimiento, el cual tuvo el maravilloso poder de borrar los pecados, de rehacer un alma, de crear una nueva vida en aquella mujer. Hay dos maneras de amar, la que observa el justo en su justicia, y la que destruye el pecado, el mal. Estos dos amores son distintos aspectos de la misma caridad, del mismo amor.

---

[67] Mgr. Lagrange, *Vie de Saint Paulin*.

Jesús, después de hablar a Simón, dirigiéndose a María, le dijo:

«Los pecados te son perdonados».

Era la palabra de Dios, y los convidados la oían con asombro. «¿Quién es éste —decían— que perdona los pecados?». Los fariseos se obstinaban en no reconocer la divinidad del Salvador, y además les molestaba aquel perdón concedido al pecado, tan generosamente, tan pronto y tan afectuoso. Ellos no perdonarían así jamás las ofensas que recibieran, y no querían que aprendiese el pueblo que las perdonaba Dios. La conducta de Jesús los condenaba. Por eso murmuraban de ella.

Dejémoslos murmurar nosotras, las mujeres cristianas que ya comprendemos al Salvador.

¡Oh Iglesia santa, tú sola tienes poder para dar la absolución verdadera; sólo dentro de ti hallaran paz y consuelo los culpables arrepentidos! Antes que tú ¿quién pudo pronunciar la palabra decisiva de paz? Ni los sabios de Israel, ni los profetas, ni los sacerdotes, ni los filósofos, ni Platón, ni los oráculos... Sólo Jesús puede perdonar, sólo Él ordena el perdón.

Después de aquella manifestación de mansedumbre, dejó Jesús a los fariseos entregados, en su ceguedad, a sus falsas ideas. Los corazones empedernidos no son dignos de amplias explicaciones. Sólo María de Magdala merecía su atención, y sólo de ella se cuidó el Maestro.

«Tu fe te ha hecho salva», le dijo.

Tener fe ciega en quienquiera que sea, es conceder estimación, confianza, afecto a la persona en quien se cree; y cuanto mayor es la fe, mejor se desenvuelven los sentimientos que produce. La dicha de sentirse uno arraigado en la fe sublime que Jesús trajo a la tierra, es la gracia por excelencia, la alegría, la claridad de espíritu, la paz del corazón. Colocado en esa altura, puede el cristiano abarcar las maravillas de la naturaleza y las del reino de la gracia, puede gustarlas en toda su amplitud, saciarse de ellas, hallar en Jesucristo manantial abundante de regeneración, la paz y el amor.

«La paz sea con vosotros». Tal era el saludo en uso entre los judíos, la señal para reconocerse, el deseo que expresaban al encontrarse.

«Vete en paz», dijo Jesús a la pecadora absuelta.

En Él estas palabras expresaban más que un *deseo*, eran un *don*.

«Vete en paz». Tal fue la suprema bendición de su Corazón y el término de aquella célebre platica.



Cristo con la mujer sorprendida en adulterio
Cuadro de Gercino[68]

[68] Se sustituye por el cuadro atribuido a Tiziano que aparece en el original. –Nota de la transcriptora.

La Mujer culpable

JESÚS LA ABSUELVE

La fiesta de los Tabernáculos, instituida por Moisés en memoria de los cuarenta años pasados por los israelitas bajo las tiendas de campaña en el desierto, iba a celebrarse en Jerusalén con una solemnidad llena de poesía. Durante siete días los hebreos habitaban también bajo tiendas de ramaje, y entonaban el gran *alleluia* en acción de gracias. Corderos y becerros eran sacrificados; los sacerdotes derramaban sobre el altar agua y vino; el pueblo, llevando ramas de mirto y de palma, entonaba salmos en torno del altar. Llegado el octavo día, una solemnidad mayor atraía numerosas gentes al Templo para celebrar el último día, «día alegre», el gran *hosanna*.

Los peregrinos se preguntaban si Jesús asistiría a semejante solemnidad. El nuevo Profeta atraía la atención de todos, excitando la curiosidad, la admiración o el odio.

«Y buscábanle los judíos en la fiesta y decían: ¿Dónde está aquél? Y había grande murmullo de Él entre la gente, porque unos decían: Bueno es. Y otros decían: No, antes engaña a las gentes. Mas ninguno hablaba abiertamente de Él por miedo de los judíos[69]».

Sus enemigos, tantas veces confundidos, tramaban nuevas conspiraciones para destruir el poder de Jesús. «Es un impostor que engaña al pueblo. Es un peligro para la nación», decían; y continuaban su penosa lucha, sin descanso, aun en los días santos y alegres.

Jesús era, pues, el objeto de todas las conversaciones. Todos le llamaban con malas o con buenas intenciones. Ni unos ni otros sufrieron decepción.

En efecto, mientras discutían así los judíos, el Salvador abandonó para siempre Nazaret. Atravesando a Galilea y Samaria por los viñedos de Sarón, entre el Tabor y el lago de Tiberíades, y cruzando dos veces el Jordán, subió de Jericó a Jerusalén por la vía romana.

Los doctores de la Ley, los escribas y los fariseos enviaron gentes para prenderle, pero habiendo fracasado en su intento, recurrieron a la astucia para confundirle.

---

[69] Juan, VII, 40-52; VIII, 2-11, I

A mitad de las fiestas, Jesús se dirigió al Templo, donde enseñaba su doctrina. Eran muchos los que creían en Él, aun entre los mismos encargados por sus enemigos de perseguirle para prenderle y entregarle prisionero.

«Entonces los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y poniéndola en medio, dícenle: Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio. Moisés nos mandó apedrear a tales. Tú, pues, ¿qué dices? Mas decían esto tentándole, para poderle acusar[70]».

¡Que muera! Tal era el grito lanzado por los legisladores contra la desdichada culpable.

Arrojada de la casa conyugal a latigazos, perseguida a través de las calles, expuesta a la vergüenza sobre una piedra en medio de la plaza pública y paseada sobre un asno por toda la ciudad, aquella mujer sólo escuchaba anatemas, frases sangrientas, que se lanzaban contra ella por una falta que la ley apenas prohibía a su marido[71].

En los casos difíciles, los judíos consultaban a los rabinos entendidos. Siguiendo tal costumbre, pero movidos por su maldad, los fariseos se dirigieron a Jesús. La culpable, según los legistas, debía ser colgada, quemada o apedreada, según fuese esposa de un judío, de un sacerdote, o solamente prometida. Aquella mujer estaba, al parecer, en el último caso.

Este grave acontecimiento interrumpió las enseñanzas de Jesús. ¿Cómo juzgaría aquel hecho? Si condenaba a la culpable, dejaría de ser el profeta clemente de la nueva Ley por Él enseñada, y perdería su prestigio; si la absolvía, despreciaba las prescripciones mosaicas y obraba contra la Ley. ¿Cómo solucionar el dilema satisfactoriamente? Sus enemigos se regocijaban de antemano.

Era muy de mañana; los primeros rayos de sol hacían brillar la cúpula del Templo y penetraban débilmente en el patio interior donde predicaba Jesús. La dulce claridad matinal iluminaba el rostro del Salvador, haciendo palpable la suprema inteligencia de aquella Bondad desconocida en la tierra. ¿De qué modo iba a manifestarse aquella compasiva Bondad?

---

[70] Aquella mujer olvidó vergonzosamente sus deberes en medio de las ruidosas fiestas que Plutarco llamó bacanales judías, entre extranjeros llegados de distintos puntos, haciendo una vida de esparcimiento excepcional y de alegría mundana. —*Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, por Mons. Le Camus, II, 213.

[71] Legouvé, *Histoire morale des femmes*.

Ante Jesús apareció la culpable llena de vergüenza, desesperada, envuelta en el largo velo de las judías. Cerca de ella estaban los acusadores pidiendo su condenación. La multitud silenciosa esperaba una palabra, pero Jesús guardaba silencio.

«Inclinado hacia abajo, escribía en tierra con el dedo».

Lo mismo hacían los rabinos cuando no querían responder, pero «como porfiasen en preguntarle», enderezóse y díjoles:

«El que de vosotros esté sin pecado, arroje contra ella la piedra el primero». Y volviéndose a inclinar hacia abajo, escribía en tierra...

¿Qué signos trazaba el Maestro? ¿Escribía alguna sentencia o las iniquidades de los acusadores, como pretenden varios intérpretes? Nadie lo supo, pero el hecho cierto fue que «salieron uno a uno, comenzando desde los más viejos, hasta los jóvenes, y quedo sólo Jesús y la mujer que estaba en medio».

¡Extraño desenlace! No hubo uno solo que, para atestiguar su virtud, se atreviese a aplicar la ley armando sus manos con la piedra vengadora... Sus conciencias culpables se lo impedían, y todos desfilaron mudos, confundidos. Solo el clementísimo Maestro tuvo poder para colocar a los poderosos en presencia de sus propias iniquidades, obligándoles a enrojecer y a reconocerse más culpables que el débil ser a quien perseguían con su justicia farisaica.

La historia, en efecto, nos dice que la depravación llegaba entonces al colmo dentro de la Sinagoga, aun entre los mismos que por su cargo fingían observar escrupulosamente los preceptos legales. Las doctrinas y el ejemplo de Jesús fueron rechazados despreciativamente por ellos. El mal tenía raíces tan hondas, que no había remedio para curarle. Se acercaba la hora de los terribles castigos que habían de ser escarmiento de todos los pueblos. Al quedar sola la mujer, Jesús la dijo: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban?»

Durante toda aquella dramática escena, la delicadeza del Salvador se reveló hasta en su actitud. Mientras la culpable estuvo en su presencia rodeada de acusadores y curiosos, ni la interrogó ni la miró apenas, procurando apartar de ella la atención pública, para enseñarnos los infinitos recursos de que debe usar la caridad cristiana para con el pecador humillado. Sólo Jesús estaba limpio de pecado y podía ejecutar la sentencia que dictara, lanzando Él la primera piedra, y sólo su compasión protegió, defendiéndola, a la despreciable deshonrada. Era para ella la representación viva de la santidad, de la gloria; por

eso no quiso hablarle; por eso se indignó contra los otros culpables que, mintiendo a sus propias conciencias, se atrevían a ser acusadores estando llenos de pecados.

Un autor contemporáneo, para poner de manifiesto la injusticia de nuestras leyes y nuestros hábitos, dice:

«El ejemplo de Jesús nos prueba que si nos hallásemos en presencia de dos culpables del mismo delito, y uno de ellos fuera absuelto, mientras el otro quedase condenado, la indignación por la impunidad del uno se cambiaría, a pesar nuestro, en piedad por el otro. Por consiguiente, en nombre del mismo rigor que condena a la mujer, *no debe absolverse a quien no tiene otra razón de su perjurio que sus propios vicios. La amnistía absoluta, eterna, teórica, del adulterio del marido, constituye uno de los mayores escándalos de nuestras leyes*[72]».

¡Los acusadores, los fariseos, los hipócritas, desaparecieron como aves nocturnas, ante la luz de tu mirada, Jesús amado! Y solo ya con la mujer, alzándote, le hablaste. A los más elevados, a la superioridad moral y social, corresponde ir en busca de los inferiores, de los culpables, para arrancar de ellos el mal y prepararlos para un arrepentimiento eficaz que les otorgue el perdón.

Dios sigue distintos caminos para ir en busca de los pecadores. Si mientras nos hallamos hundidos en el pecado todo nos sonríe, en él permanecemos. El abandono de las criaturas, los justos castigos, a veces las crueldades del Señor, nos obligan a volver a sus plantas. Sucede entonces que el mundo, al murmurar de nuestras faltas, *nos hace ir en busca de un juez justiciero y del perdón*.

«¿Ninguno te ha condenado?»

«Señor, ninguno».

Jesús quiso tranquilizar a la desgraciada con aquellas breves palabras; quiso hacerle saber que sólo a Él debía su salvación, y que, a ejemplo de ella, la mujer de los tiempos futuros, agobiada por mil vergüenzas, pisoteada por los hombres, debía dirigirse a Dios, cuyo Corazón hallaría siempre abierto a sus súplicas... ¡En presencia del Señor, los acusadores huyen!

¡Pobre culpable arrepentida y humillada, no temas ya, y ve en busca de Aquel sabe perdonar! Levanta tus ojos hasta que el Salvador, y, entre tus

---

[72] Legouvé, *Histoire morale des femmes*.

lágrimas, sonríe a su clemencia. Sólo Él conoce los hechos y sus causas, los pesares y los buenos deseos ocultos. Sólo Él es compasivo en su justicia. Escucha, pues, la sentencia del Maestro y medítala con todas las fuerzas de tu gratitud y de tu amor:

«Ni yo te condeno».

Jesús ha cambiado tu corazón, al absolverte ante cielo y tierra, ante los ángeles y los hombres de espíritu recto. En el Evangelio vemos que los hombres son más severos que el Juez supremo. Por eso decía David: «Caigamos en manos del Eterno, porque es inmensa su compasión, pero que yo no caiga en manos del hombre». El profeta Samuel también predijo: «Su compasión igualara a su grandeza, porque su Corazón no rechaza a los hijos de los hombres[73]».

¡Oh Cristo bendito, a la mujer en primer término demuestras tu compasión diciéndole: «Ni yo te condeno!».

Así te declaras su Salvador, al verla muda, sobrecogida, en presencia de jueces y acusadores. Hasta aquel momento, ¿cuantas veces no fue acusada sin hallar un defensor? Todo el peso de las humanas faltas caía sobre ella. ¿Quién podrá creer que aquella inaudita injusticia se perpetúa todavía en nuestros días, después de ser tantas veces condenada por nuestras leyes y nuestras costumbres[74]? El Código protege los intereses materiales de la mujer, pero cuando se trata de defender algo que está encima de esos intereses, cuando se trata de su honra y su virtud, la deja en completo abandono. ¿Cuándo los legisladores tendrán suficiente poder y bastante corazón para abolir «la iniquidad de la ley?». El que eso hiciera, realizaría una importantísima reforma.

¡Pobre arrepentida, corre en busca de Dios, habla a un sacerdote! El Señor conoce las faltas de la humanidad, te vio caer, y sabe que tu caída no difiere mucho de tantas otras. Solo contigo, sabrá decirte: «Si ellos no te condenaron, yo no te condeno».

Este don de gracia, que sólo pertenece a la divinidad, constituye dentro de la Iglesia y de la sociedad cristiana el más bello privilegio de la autoridad. La sociedad establecida por Jesús supo conceder perdón generosa y abundantemente, a ejemplo del divino Fundador. La mansedumbre del Corazón de Jesús penetra en todos los corazones inspirándoles sentimientos

---

[73] Samuel, XVI, 14.

[74] «El código apareció, pero ha hecho algo?» —Legouvé, *Histoire morale des femmes*, cap. IV

desconocidos antes, para rodear a los culpables de compasión, de piedad, de misericordia. Las *amnistías*, es decir, los perdones sociales, el olvido de las faltas, aumentan de día en día.

El Salvador libertó a la pecadora con estas divinas palabras:

«Vete, y no peques más».

¡Vete! Vuelve a tu casa, a tus ocupaciones habituales, a tus cotidianos deberes: El Señor no te pide más, ni te impone expiación legal o especial; pero te encarga que «no peques más»... No pecando más, en pago de la gracia redentora, tu alma entonara constantemente cánticos de amor y alabanza. ¡Admirable doctrina de rehabilitación y de progreso aplicada por el mismo Salvador! A su vez, los Apóstoles enseñaran la misma doctrina aplicándola, puesto que existe verdadera necesidad de ella. San Pablo dice[75]: «De la manera que hicisteis servir los miembros de vuestro cuerpo para cometer iniquidades, así también ahora debéis hacerlos servir para convertiros a la santidad».

Devuelta por Jesús a la vitalidad sobrenatural, aquella mujer comprendió que el Todopoderoso se complacía transformando en rocío bienhechor el agua corrompida del pantano, y convirtiendo a la pecadora en apóstol de tantas hermanas suyas que, como ella, esperaban la mano misericordiosa que las levantara concediéndoles el perdón. ¿Quién mejor que el que ha sufrido puede remediar en otro los mismos sufrimientos? Para juzgar las faltas de otro, pensemos en nuestras propias faltas.

---

[75] Pablo, Epíst. a los Romanos.

Justa la Cananea

POR LA FE LOGRA LA MUJER CUANTO DESEA

En el año 26 de la Era cristiana, primero de su predicación[76], abandonó Jesús a Judea, donde los fariseos le habían suscitado numerosos enemigos. Atravesó con sus discípulos las montañas y los valles ondulantes al norte de Galilea, para dirigirse al país de los sirios y los fenicios, donde se conservaban aún los recuerdos de Elías y de su permanencia en el hogar de la viuda de Sarepta.

Siria, como Judea, eran tierras sagradas para los judíos, porque en ambas se pagaba el diezmo, celebrándose el año sabático. Por esto podían, sin incurrir en falta legal, trasladarse de uno a otro país en cualquier época.

La fama de Jesús, traspasando rápidamente los límites de Palestina, «estaba extendida por toda Siria», según expresión de San Mateo[77], También en Idumea y en las comarcas vecinas comentaban los viajeros la nueva doctrina, relatando sus prodigios.

Acercábase Jesús a una ciudad, que al parecer fue Tiro[78], cuando una mujer «de raza cananea, que había salido de aquellos términos, clamaba diciéndole: Señor, hijo de David, ten misericordia de mí; mi hija es malamente atormentada del demonio[79]».

Cananea, según San Mateo; siro-fenicia, para San Marcos, que considera el lugar que habitaba, esta mujer no tiene nombre en el Evangelio, pero en una obra del siglo IV se la designa con el de Justa[80].

Esta infeliz, que había puesto en práctica inútilmente los humanos recursos, comprendió que sólo Dios podía librar a su hija del mal que la torturaba, y llena de dolor fue en busca de Jesús. No se le ocultaba la causa de la enfermedad de su hija, pero no temió declararla en alta voz. ¿Quién inspiraba a aquella pagana una fe que los mismos judíos negaban con obstinación a Jesús, a pesar de presenciar constantemente sus maravillosos actos?

---

[76] Según el doctor Sepp. Según otros intérpretes, este hecho no tuvo lugar hasta el segundo año de la vida pública de Jesús.

[77] Mateo, V, 23-25,

[78] Según unos, Justa habitaba en Sarepta; según otros, en Ornitopolis (ciudad de los pájaros), situadas ambas entre Tiro y Sidón.

[79] Mateo, XV, 21-28.

[80] *Les Clementines*. Según el mismo autor, la hija se llamó Berenice.

Es que Dios halla siempre adoradores y amigos en todos los hombres de buena voluntad, en todos los que le buscan con espíritu recto, en todos los que obedecen la voz de su conciencia, la cual, aun a veces equivocada, les ordena el cumplimiento de algo como un deber. Verbo divino, hablas en la soledad a las almas ignorantes de las verdades de la religión, si en ellas hallas sinceridad; derramas en ellas tu gracia, y las haces capaces de acciones y sentimientos más elevados que los de muchos fieles, tanto más cuanto, al buen deseo de tus criaturas, ves mezclarse lagrimas suplicantes, y de su boca oyes este grito: «¡Ten piedad de mí!»

Para obtener el favor del cielo, el sufrimiento no halló todavía una expresión más conmovedora ni más eficaz. Es el grito de la humanidad entera, que, a ejemplo de aquella criatura, repite:

«¡Ten piedad de mí!»

Pero Jesús, a la cabeza de sus discípulos, avanzaba bajo un cielo esplendoroso por aquel camino polvoriento; y la mujer no cesaba en sus gritos ni en sus lágrimas. Era el dolor humano siguiendo a Cristo, lanzando sus quejas ante la naturaleza muda e impasible...

¡Oh Jesús, ¿le negaras tu atención? ¿Serás insensible a su dolor y a sus súplicas? El acento desesperado que sólo las madres saben poner en sus ruegos, ¿no hallará un eco en tu alma?

Los discípulos, molestados por aquellos gritos —según indica el Evangelio—, le rogaron con insistencia: «Despáchala, porque viene gritando en pos de nosotros». Hablaban así, porque nadie se alejaba de Jesús, sin lograr algún beneficio. Pero aquella vez no fueron escuchados los discípulos y obtuvieron esta extraña respuesta:

«No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel».

Llegaron a la ciudad, y la vista de los extranjeros, y más aún, los gritos de la cananea llamaron la atención. ¿Qué solicitaba de ellos aquella mujer?...

Tratando de librarse de sus súplicas y de ocultarse a las miradas indiscretas, entró el Maestro en una casa. ¿Qué haría entonces aquella desdichada? Mientras veía al Maestro, le obligaba a oír su voz importándole poco seguirle a lo largo de aquel camino, pues esperaba lograr sus deseos; pero ahora Jesús se ocultaba, desaparecía. ¡Pobre madre! ¿Cómo retornaras a tu casa para contemplar de nuevo los tormentos de tu hija? ¡Tu amor te dio un ánimo

viril, y resueltamente entraste en la casa hasta hallar a Jesús para echarte a sus pies!

«Señor, socórreme» —dijo adorando al Mesías. No le pidió, como muchos judíos, que llegase junto a su hija; bastaba un acto de su divina voluntad para que el ser querido recobrara la salud, y la madre imploraba este acto. Pero Jesús le dijo: «No es bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros[81]».

Dura respuesta, pero respuesta al fin, obtuvo la cananea. En el mismo sentido, aunque en forma distinta, les había hablado a los discípulos cuando abogaron por aquella mujer: «Dejad primero que se harten los hijos», aquellos hijos que componían la nación privilegiada, los que en virtud de promesas divinas debían ser los primeros en recibir la enseñanza y los favores del Mesías.

Justa no se sintió humillada por la negativa, ni su confianza en Jesús decreció al oírla. Acaso cualquiera otra se hubiera alejado de Jesús murmurando, indignada. Ella no; permaneció junto a Él para darnos ejemplo de firmeza, de esperanza, de voluntad en nuestra conducta acerca de Dios, a pesar de todos los acontecimientos, de todas las apariencias, aunque supongamos que el cielo nos rechaza. Aquella criatura de raza cananea, raza maldita a los ojos de los judíos, tenía la fe inquebrantable de los hijos de Dios:

«Así es, Señor —decía—; pero aun los perrillos debajo de la mesa, comen las migajas de los señores».

Aceptó la comparación, haciendo arma de ella contra la negativa de Jesús: «Soy de esos perros; bueno, pero no me niegues las migajas de tu mesa». Tan sublime ruego no podía ser rechazado por Jesús. Su corazón compasivo había sufrido demasiado en aquella discusión aparentando un rigor que no sentía. A veces Dios gusta de ser vencido por nosotros. ¡Oh mujer, grande es tu fe —le dijo—, *sea hecho contigo como quieres*!».

Aquella esclava, aquella infiel, un ser despreciable, *un perro* —que así podía ser llamada entonces— era dueña de un poder sobrenatural ¡Jesús sometía su voluntad a la de ella! «Sea hecho contigo como quieres». Era la salvación por la fe, por la libertad, no por haber nacido de la raza de Israel. El poder de la fe pesaba en la balanza de la voluntad divina formalmente expresada, obteniendo como una modificación en el plan evangelizador. ¡Oh Jesús, qué podrás negar a los justos, y qué no serás capaz de cambiar en tus decretos por

---

[81] Los judíos designaban de esta suerte a los paganos despreciándolos por impuros. En nuestro tiempo los mahometanos designan así a los cristianos.

amor de tus siervos! ¿Hay algo que no pueden obtener de ti tus amigos amados, los que no tienen más voluntad que la tuya, aquellos cuyo corazón exhala a tus pies puro incienso de amor? ¿Puedes desatender los suspiros y los sacrificios continuos de los que se ocupan en la salvación del mundo, manifestando tu gloria, y engrandeciendo tu reino?

Pedid a Dios, madres cristianas, todo lo que convenga a los vuestros, sobre todo, la salvación. Que no os detenga el mal resultado de vuestras primeras súplicas. Aun contra todas las circunstancias, cuando todo parezca desesperado, continuad hasta la importunidad, como aquella admirable mujer. Los minutos, las horas que rogó la Cananea representan acaso para vosotras muchos meses, muchos años de oraciones, de lágrimas, de sufrimientos.

Con frecuencia oímos decir: «Rezo inútilmente». Debemos preguntar en primer lugar como se reza. Si no ponemos en la oración toda nuestra alma, con la soberana energía que le prestan la fe y el amor, para hacerla capaz de los más grandes esfuerzos, inútil será nuestro ruego. Además hemos de dar a Dios el tiempo necesario para que resuelva nuestras peticiones.

Generalmente, Dios no obra milagros instantáneos y resplandecientes, como cuando estaba en el mundo, sino que, por decirlo así, sus milagros son lentos, sucesivos, ocultos.

Las oraciones de Mónica no obtuvieron inmediatamente la conversión de Agustín; lograron primero el rompimiento de unas relaciones, más tarde un viaje a Roma, después el encuentro con San Ambrosio, y por este encuentro la salvación pedida durante veinte años de padecimientos.

Roguemos, puesto que Dios ha de escucharnos. Poco a poco desarraigará las malas influencias implantando las buenas, cambiará las condiciones materiales de la vida, y si fuera preciso, castigará empleando la enfermedad, y aun la muerte misma, para convertir un alma martirizada por el demonio concediéndole la gracia de un supremo arrepentimiento. El mundo está lleno de tales milagros, maravillas de la bondad divina efectuadas en silencio, lentamente, bajo la envoltura de las leyes naturales.

Llegará un día en que numerosos hechos que parecían ocurridos por el solo medio de fuerzas naturales o de voluntades libres, se nos aparecerán claramente como debidos a especialísimas combinaciones providenciales, provocadas por la fe, la perseverancia y las súplicas cristianas.

La hija de la cananea fue sanada en aquella hora. El dolor de su madre no pudo obtener mejor cosa de la divina piedad que la salud de una criatura poseída por Satanás, torturada en su cuerpo y alma.

«Ve —dijo Jesús—, el demonio ha salido de tu hija».

Al regresar la madre, hallo que, en efecto, su hija estaba libre y tranquila, que era dueña de sí misma.

Bienaventurado retorno, que estrechas la unión cimentada por Jesús entre madre e hija, porque el Salvador acordó a una y a otra mercedes mucho mayores de las que esperaban y deseaban. Ellas sólo pedían una curación corporal, y recibieron además las gracias redentoras de la vida eterna. El dolor, en esta circunstancia como en todas, tiene el privilegio de alcanzar la gracia de la salvación.

Es el fin que Dios persigue, digno de su bondad soberana. En efecto, aquellas dos mujeres fueron de las primeras cristianas, de las que con su influencia ayudaron a establecer la Iglesia naciente. Catalina de Emmerich lo dice en sus revelaciones: «Justa decidió no volver al templo pagano, y siguió la enseñanza de Jesús».

¡Verbo divino, para la buena voluntad, para las almas rectas y sinceras, tienes palabras que confortan y reaniman aquí en la tierra, y también palabras de vida eterna!



El Salvador en casa de Marta
Cuadro de Bassano

Marta y María

LA MUJER RECIBE A JESÚS EN SU MORADA

Aquel día se dignó Jesús detenerse en la morada de Marta, cerca de Jerusalén, en la falda de una colina cubierta de árboles y de huertos.

La tradición nos dice que Marta nació en Betania, uno o dos años después que el Salvador. Según los rabinos, su madre Eucaria descendía de los antiguos reyes de Israel. Su padre Teófilo, de origen sirio, gobernaba la mayor parte del litoral de Palestina y era dueño de muchos bienes en Magdala, Betania y Jerusalén. Conmovido por la doctrina de Jesús, se hizo discípulo suyo y poco después murió, como también su mujer. Los Evangelistas no citan más que a sus hijos.

Marta tenía un hermano llamado Lázaro, estimado de todos por sus buenas cualidades y su virtud, y una hermana más joven, nacida en Magdala y llamada María, que fue más tarde la célebre pecadora convertida a los pies de Jesús. Todo hace creer que, después de su conversión, María abandonó su morada de Magdala para habitar en Betania junto a Marta, dedicándose al servicio de su Libertador. Allí la encontramos en la ocasión de que vamos a tratar.

El burgo de Betania se alzaba junto al camino que conducía de Jericó a Jerusalén, a quince estadios[82] de esta última ciudad. Jesús acababa de celebrar la Pascua; debían suceder, por tanto, estos hechos el 24 de nisán, penúltimo día del mes de Abril, en el año 27 de la era cristiana[83]. Antes de penetrar en casa de las dos hermanas siguiendo a Jesús, citemos las impresiones de un viajero sobre aquel lugar amado por el cielo. Dice así:

«Nuestra jornada daba fin en Betania. Llegamos cerca del anochecer, en esa hora en que la cruda luz del día se dulcifica, y las sombras comienzan a velarlo todo. Un camino solitario conduce al monte de las Olivas. Jerusalén desaparece por completo. No se divisaba a lo lejos más que las montañas de Moab. El burgo bendito se muestra a nuestra vista oculto en un recodo de la colina rodeado de olivos y algarrobos. Era tal como yo imaginaba; un admirable cuadro por su intimidad y su santo misticismo. Los ruidos mundanos no llegan

[82] Dos kilómetros.
[83] Según el Dr. Sepp.

hasta allí. Ni el rumor de las muchedumbres, ni las disputas de sacerdotes y escribas turban aquel sagrado silencio. Se comprende que eligiese aquella atmosfera de apreciable pureza[84]».

Betania o Betema —*morada de gracia*— es, en efecto, en el Evangelio, lugar de apacible y verdadera amistad, como constituida por parentesco espiritual. Allí no estaba la muchedumbre tumultuosa que de ordinario acompañaba a Jesús; nada recordaba los festines de Simón o de José de Arimatea; los discípulos mismos parecían no estar presentes, y si Lázaro lo estaba, no se le nombra. Y es que en tal día Jesús quiere consagrarse por entero a la mujer representada por las dos hermanas, dichosas al tenerle entre ellas; es que cada una a su modo va a demostrarle su júbilo. Marta y María son las primeras entre la multitud de privilegiadas a quien Jesús otorga el don de saber amarle con más delicadeza y la dicha de que su presencia les sea más familiar.

Nada más opuesto a las costumbres y a las ideas de entonces que el modo de conducirse Jesús aquel día; no podríamos explicar lo que había de extraordinario en aquel hecho, habituados como estamos a contemplar los pasajes evangélicos a través de nuestros pensamientos cristianos. Pero el estremecimiento de admiración se apodera de nuestro espíritu con mayor fuerza, al considerar atentamente la conducta de Jesús en Betania, pues efectuó una de las reformas más radicales en favor de los oprimidos, entre los que figuraba la mujer en primer término. Por eso el hijo de María quiso hacerse su Libertador. Verdad muy vulgar, pero que nunca se repetirá lo bastante en estos momentos en que tantas mujeres se alejan de Cristo y de su Iglesia por un abuso punible de esa libertad que Cristo y su Iglesia les concedieron.

El relato de esta singular obra redentora ofrece en el Evangelio una belleza sencilla y conmovedora, que contrasta con las rigurosas costumbres de la época y del país.

«Y aconteció —dice San Lucas[85]— que como fuesen en camino entró Jesús en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa, y esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual sentada a los pies del Señor oía su palabra, mientras Marta atendía al cuidado del servicio». Representémonos el interior de una opulenta morada judía, dispuesta para ofrecer hospitalidad.

---

[84] De Pressensé, *Voyage au pays de l' Évangile*.
[85] Luc., X, 38-42.

Oh Jesús
Los cuidados amantes de aquellas dos hermanas,
Por recibirte adornan con lujo su morada.
Por doquier se ven flores y tapices brillantes.
Que el amor te demuestra de sus dos habitantes.
Júbilo había en todo[86].

Jesús era esperado por las dos hermanas y llegó. Penetra en la hospitalaria morada. ¡Allí está por fin! ¡Quién puede creer que ninguna de las dos no permanezca en éxtasis, escuchándole sin poder apartarse de su lado!

Y, sin embargo, Marta se distrae en sus quehaceres apartándose de semejante plática.

Absorta enteramente en los preparativos de la fiesta, se aparta de Jesús. ¿Era aquel el momento oportuno? ¿Debían apartarla de Dios aquellos pequeños cuidados en el momento preciso en que Dios iba a ella?

Magdalena a Jesús acoge de otra suerte.
Humillada, oye al Verbo con la mirada ardiente;
Olvida en Él al hombre por contemplar al Cristo.
Alma mejor dispuesta, al Evangelio atiende.
Busca las cimas altas porque abismos ha visto[87]

María permanecía a los pies del Señor según la costumbre oriental. Había en su actitud, sin embargo de ser habitual, algo tan significativo, que el Evangelio lo nota. Sin duda era la actitud que conviene a la mujer que, agradecida, espera nuevas enseñanzas de Jesús, la que mejor sienta a una cristiana poco avezada a la vida espiritual, que necesita tiempo para comprender a fondo el Evangelio y arribar a la perfección aun en un grado mínimo. Como se ve, María desconfía de los falsos doctores, no recibe enseñanzas más quede Aquel que tiene palabras de vida eterna, y las recibe con amor y respeto.

El Maestro divino nos indica con su ejemplo el deber que tiene la Iglesia, y ha practicado siempre, de instruir a la mujer enseñándole las verdades religiosas, el de ocuparse en su perfeccionamiento y el de extender su celo hasta

---

[86] De Laprade. *Poêmes évangeliques*.
[87] De Laprade, Ibid.

comunicarle los más completos conocimientos, para dar amplitud a sus ideas y a su corazón.

Marta, en tanto, se ocupaba con ardor en los detalles para la recepción del Señor. Pero, fuera ello cansancio o temor de no poder lograr el buen resultado que apetecía, se detuvo un momento y con la libertad que la amistad autoriza, tomando a Jesús por árbitro, le dice:

«Señor, ¿no ves como mi hermana me ha dejado sola para servir? Dile, pues, que me ayude».

Pero Jesús la dijo:

«Marta, Marta, muy cuidadosa estas y en muchas cosas te fatigas».

Al pronto sorprende la respuesta de Jesús, pues si Marta se fatiga, por Él es; si se apresura, es para mejor recibirle y para darle testimonio de su afecto. Pero, evidentemente, no era aquella la mejor manera de demostrarle su amor, puesto que Jesús la reprueba. La Divina Bondad no quiere que nos dejemos llevar por la excesiva actividad que turba el espíritu con su agitación, haciéndonos olvidar más importantes deberes. La Suprema Sabiduría ama a las almas serenas y activas que saben armonizar los sentimientos y las facultades. ¿Acaso María no disfrutaba en aquel instante de una hora feliz en que el Salvador se consagraba a ella exclusivamente? En tales momentos, todo trabajo material, toda inquietud terrestre debe quedar subordinada a las exigencias de la vida espiritual.

La agitación, el desorden, he ahí los mayores enemigos de nuestro tiempo que frecuentemente comprometen el bienestar alterando el buen sentido y la razón necesarias en toda obra de virtud. Verdaderamente Marta estaba turbada. Lo estaba hasta el punto de atreverse a reprochar de un modo indirecto la conducta de Jesús. «¿No ves como mi hermana me ha dejado sola para servir?» Marta era la imagen viva de nuestra ínfima naturaleza, de nuestro amor propio quebradizo. Marta supone que el Señor no pone atención en ella ni en su trabajo. Solicita de Él una aprobación, pero quiere que su hermana la ayude, sin atender a Jesús que conversa con ella.

Injusta eres, Marta, con Aquel a quien deseas servir. Él te ve sin mirarte y se da cuenta de tus trabajos. La bendición y la mirada del Amigo están siempre sobre los que trabajan en su servicio en cualquier forma que sea. No se apartan de la mujer hacendosa, del trabajador, del obrero; están sobre el escritor sabio, sobre el soldado que defiende a su patria, del mismo modo que sobre los que

permanecen en oración dentro de los santuarios. Basta ofrecerle todas las obras para que todas sean de su agrado. El Señor puso la más tierna cordialidad, al reprender las ideas equivocadas y los sentimientos egoístas, cuando dijo:

«Marta, Marta, *en verdad una sola cosa es necesaria*».

El peligro del trabajo material excesivo, está en que nos hace descuidar nuestras almas; el peligro del progreso material buscado a toda costa, está en que trae consigo una decadencia moral. «El aumento de las riquezas engendra corrupción cuando no tiene por contrapeso la practica asidua de las leyes morales[88]»

En esta sentencia está la clave, la solución de la importantísima *Cuestión Social*, que hoy día despierta una inquietud universal. El verdadero progreso material no se realiza más que a condición de buscar, en primer término, la justicia y la caridad practicando el Evangelio por entero: fe, preceptos y sacramentos. Fuera de tales prácticas, ricos y pobres caerán en la perversión; los hombres de Estado solo idearan sistemas engañosos; los trabajadores no encontraran más que sufrimientos y esclavitud; la nación no lograra otro resultado que el de ser atormentada por odios insaciables, por constituciones estériles. Dando a Marta una lección familiar sobre asunto tan humilde, quiso Jesús instruir al mundo entero revelándole el primero y absolutamente esencial principio de la ciencia social: «BUSCAD EL REINO DE DIOS, Y TODO LO DEMÁS SE OS DARA DE AÑADIDURA». Por supuesto, a condición de observar la ley del trabajo y de poseer la sabiduría práctica.

Después de aquel dulce reproche dirigido a Marta, continuó el Señor instruyendo a María, «que escogió la mejor parte». ¿Acaso Jesús hallaba más méritos en María que en su hermana? ¿Tal vez la escogía para elevarla hasta la contemplación de los misterios de su amor?

Ciertamente que Jesús es el primero en llamarnos y la vocación no es otra cosa que el eco de aquella voz fuerte y secreta que resuena en las almas. Pero en el caso de María, el Salvador sabía que, aun alabando su elección, la dejaba en libertad de aceptar o rechazar los favores celestiales. Este es el único mérito que tenemos cuando la gracia nos solicita. María había respondido plenamente al llamamiento del Maestro. Lejos de dejarse absorber por los cuidados materiales que subyugan al alma por medio de los sentidos, se reconcentró en

[88] Le Play: *Réforme sociale*.

Dios, porque cuanto más se escucha al Verbo encarnado, más se desea oírle, cuanto más se le mira, más nos deja ver sus adorables bondades, iluminándonos, abrazándonos. La unión perfecta con Dios exige que todo en nosotros enmudezca.

Al visitar a la mujer, Jesús *la eleva antes que a nadie* hasta ese estado eminentísimo de perfecto amor. Anonadarse en Dios, para unirse a Él con el corazón y el espíritu, ha sido la perfección suprema.

Humilde, silenciosa, con esa intensidad de miras que va más lejos que las palabras, en una contemplación muda, superior a todos los actos, María permanecía a los pies de Jesús adorándole; su cuerpo inmóvil estaba envuelto en claridad celeste, su alma se alzaba en busca del Salvador y con Él se unía, pendiente de la Verdad y del Amor, anegada en la felicidad de los Cielos.

Pero la vida no puede transcurrir en celestial contemplación, aun para aquellos que escogen la mejor parte. La actividad material se une forzosamente con las horas en que el corazón va en busca de Dios y el espíritu vuela alto.

Los más favorecidos por la gracia necesitan ocuparse en los más ínfimos quehaceres terrenales. María no podría pasar sin la actividad de Marta, del mismo modo que ésta no podría sustraerse al íntimo recogimiento en Dios. Consideradas juntas, Marta y María representan la vocación de todos los hombres, incluso los más perfectos. La reunión de las dos actividades que constituyen la vida cristiana, es lo que necesitamos y debemos procurar reproducir, a ejemplo de Jesucristo. La vida espiritual no es patrimonio exclusivo de la vida monástica. En diversos grados, según designios providenciales, es herencia de todos los cristianos sin excepción. La perfección no es incompatible con las obras exteriores. Si todos los hombres, no escogen la «mejor parte» en el sentido absoluto, todos disfrutan de una realmente buena, puesto que todos reciben en distintas formas la vista de Jesús, que les pide hospitalidad. Guardémonos de olvidar, nosotras las mujeres, que el Señor dirigió tan graves enseñanzas a una de nosotras, que lo hizo así, para que imitándolas, aprendan en nuestro ejemplo otras. La mujer es, por orden del mismo Dios, el preceptor doméstico del recogimiento cristiano, el doctor familiar de «la única cosa necesaria», que debe escoger «la mejor parte».

La Mujer encorvada

JESÚS LA ENDEREZA

Jesús enseñaba en una sinagoga en sábado, y he aquí que una mujer que tenía espíritu de enfermedad dieciocho años andaba agobiada, que en ninguna manera se podía enhestar, vino a él[89]. Los sábados y días festivos eran los preferidos por Jesús para presentarse en la sinagoga, adonde acudía en gran número el pueblo y los enfermos para implorar sus favores. ¿Era lícito curar en aquellos días? Este era el tema de todas las discusiones entre los doctores y fariseos. ¿Acaso no estaba prohibido hasta cuidar de los enfermos en tales días? Las escuelas de Hillel y de Schameo estaban divididas acerca de este particular. Según prejuicio público, sólo podía cuidarse en este día a un enfermo en peligro de muerte. Según las prescripciones del *Talmud*, si un hombre era enterrado por un desprendimiento, sólo estaba permitido cavar en rededor suyo lo preciso para impedir que muriese asfixiado.

De ahí el escándalo y el disgusto que Jesús originaba con cada nueva curación realizada en sábado; de ahí las preguntas capciosas que los celadores de la ley le dirigían, no por instruirse, sino por malicia, para tratar de confundir al Señor ante sus discípulos y sus amigos. Por eso aquel día fue interrogado cerca de la observancia del sábado, no solamente para responder a sus enemigos, sino también a propósito del tercer libro de Moisés que se leía en la sinagoga aquel sábado.

Había en las enseñanzas de Jesús una autoridad tan sorprendente, que excitaba la admiración en unos, el odio y la indignación en otros. Su doctrina tan humana, su extremada bondad, condenaban altamente las crueles doctrinas impuestas al pueblo judío como leyes divinas por los maestros y doctores. Los pobres, los humildes, los desdichados, los enfermos, no se saciaban de escuchar al Señor; amaban en Él a su protector, a su amigo, al Salvador que en Él veían.

Aquella mujer encorvada no acudió al Templo para obtener su curación. Acaso jamás se cruzó en su camino con el «gran Profeta», y no conocía de él otra cosa que los juicios contradictorios que sobre su persona circulaban; pero, a fuer de mujer religiosa, fiel observadora de los preceptos, no buscó disculpa en su estado para dejar de acudir al Templo. Sin duda juzgaba incurable su mal

---

[89] Lucas, XIII, 10, 17.

después de haber agotado los recursos médicos. Hacía ya dieciocho años que aquel cuerpo se inclinaba al suelo. ¿Quién había de tener suficiente poder para enderezarlo, para lograr que aquellos tristes ojos pudieran contemplar el cielo?

Inopinadamente la desdichada se halló en presencia del Salvador, antes de prosternarse ante la invisible majestad de Jehová.

¡Para todos acude allí el Salvador, pobre mujer, para todos, y muy principalmente para ti, aunque tú no lo sabes ni lo presientes! En lugar de acudir a Él, como tantos otros, permaneces a distancia y nada pides a quien todo lo puede. Preciso es que Jesús sea el primero en verte, y que al notar tu temor y tu enfermedad, te llame a Él.

«Y cuando Jesús la vio, llamóla a sí le dijo: Mujer, libre estas de tu enfermedad. Y puso las manos sobre ella y luego se enderezo y glorificaba a Dios. Y tomando la palabra el jefe de la Sinagoga, enojado de que Jesús hubiese curado en sábado, dijo al pueblo: Seis días hay en que es necesario obrar; en éstos, pues, venid sed curados, y no en sábado».

No atreviéndose a censurar directamente a Jesús, el rabino reprende a la mujer. Mil veces había probado el Salvador, con hechos y con palabras, que el exceso de rigor era contrario al verdadero espíritu de la Ley, y que las obras de bondad, de compasión, concordaban perfectamente con la observancia del sábado. Aquel día lo repitió una vez más diciendo:

«Hipócritas, ¿cada uno de vosotros no desata en sábado su buey o su asno del pesebre, y lo lleva a beber? Y a esta hija de Abraham, a quien tuvo Satanás ligada dieciocho años, ¿no convino desatarla de esta ligadura en día de sábado?»

A estas palabras, todos sus adversarios quedaron confundidos, mientras el pueblo se regocijaba en la contemplación de tales maravillas.

¡Allí estaban aquellos falsos celadores de la Ley, aquellos opresores del pueblo religioso y de los hombres de buena voluntad! ¡Allí estaban condenados por la divina palabra! La peor de las tiranías era la carga impuesta a los humildes en nombre de Dios y de sus órdenes por el orgullo de los doctores. ¡Razonadores hipócritas, la más sencilla palabra basta para confundiros, cuando brota de un corazón recto!

«¿Acaso queréis tener menos cuidado de los enfermos que de vuestro asno o de vuestro buey?»

El mal físico de aquella mujer ¿no es, para la mirada penetrante del fiel, una representación moral de incredulidad y falta de confianza en Dios? ¿No es también una alegoría del temor y de los escrúpulos que encadenan las almas?

Existe un temor razonable y justo: tal es el efecto saludable producido por el sentimiento de la falta y por la consideración de la justicia divina. Este temor es un don del Espíritu Santo. Aunque no es toda la sabiduría, es decir, el amor perfecto, es su principio, ya porque dirige paulatinamente al pecador que aún no ama, ya porque, unido al arrepentimiento, forma parte del amor que comienza. En ambos casos, el temor es un bien.

Mas, así como en el orden físico ocurre con frecuencia que un órgano más ejercitado se fortifica a expensas de los otros, así en el orden espiritual, el arrepentimiento, que es un gran bien, puede llegar, sobre todo cuando este arrepentimiento es servil, a una tensión excesiva, oprimiendo las fuerzas afectuosas y expansivas del alma, que cae entonces en la pusilanimidad, no siente la necesidad de instruirse, pierde la facultad de discernir, de concebir ideas vigorosas y personales, y agobiaba por todo esto, se desvanece el poder de la acción particular y pública, que tan necesario es en este siglo de lucha y de indecisión.

Por tanto, ¿quién es el cristiano que mira sus deberes indeciso y triste? Si conocéis alguno, y os concede su confianza, permitiendo entréis en la soledad de su alma, no tardaréis en comprender que está obsesionado por un solo pensamiento; que es presa del temor servil, saludable mientras permaneció en el pecado, pero que, fuera ya de él, sólo es un mal producido por exceso de medicina. ¡Cristiano, olvida tus días tristes, contempla el rayo divino que te ilumino, el perdón que pedía tu arrepentimiento, la misericordia de Dios! ¿Qué temes ya, alma querida, cien veces rescatada? ¿No tienes bastante confianza en Dios, después que Él mismo te llama para bendecirte en sus altares?... ¡Pobres almas encorvadas, a quienes, a lo menos durante mucho tiempo, no llega a convencer la palabra más autorizada, la del sacerdote, de que no existen faltas tan graves ni tan numerosas que no puedan ser perdonadas, y de que por misericordia divina *el acto de arrepentirse destruye el pecado, siendo en sentido inverso un esfuerzo igual de la misma alma ayudada por la gracia*!

¡Oh pecador, contempla a la *mujer encorvada* y ruega a Dios que se digne curarte, puesto que Él puede hacerlo! Y si no lo hiciera inmediatamente, si el recuerdo de tus pecados te oprime y te angustia con exceso, no desesperes;

acepta este estado como una penitencia dolorosísima, es cierto, pero juzgándolo así, si tu mal pareciera incurable, se trocaría en un bien. Soporta, pues, tus sufrimientos pacientemente, y no te inclines voluntariamente hasta que Jesús pase junto a ti.

En este hecho, como en la mayoría de los realizados por Él, Jesús manifiesta su deseo de elevar a la mujer, haciendo más llevadera su situación social.

Para que tal acto fuera más emocionante, Jesús llama a la infeliz enferma que Satán tiene encadenada durante tantos años, a pesar de que es hija de Abraham. Y no sólo la llama, sino que, por la imposición de sus manos divinas, la libra del mal con estas palabras: «Mujer, libre estas de tu enfermedad». En aquel mismo instante la mujer glorifico a Dios y con su curación le hizo glorificar por todos.

Desde entonces tiene esta mujer una acción pública: la de aceptar y hacer propio el espíritu de Verdad que liberta y salva, y la de servir al Señor para que este divino Espíritu se comunique al pueblo, entusiasmado ante tan grandes prodigios. Desde entonces trabaja la mujer en la obra de salvación operada primero en ella misma, y más tarde, en todas las de su sexo, que en adelante disfrutarían de iguales beneficios que el otro y de las mismas gracias redentoras, de los mismos progresos terrenales contenidos en la doctrina divina que no cesaran de germinar y de crecer a través de los siglos.

Al enderezar a la mujer encorvada sin ser solicitado y en los primeros tiempos de su predicación, diríase que Jesús quiso apresurar esta obra particular de redención. ¡Oh mujer ensalzada por el Señor, tú has de convertirte más tarde, por orden suya, en el defensor intrépido de los derechos de dignidad humana! En lo sucesivo serás respetada, y el nimbo radiante de la santidad circundara frecuentemente con su aureola tus sienes. Tal transformación es uno de los más bellos espectáculos de la tierra. Desde aquel día la mujer cristiana trabaja en levantar a los pobres seres encorvados, pusilánimes o enfermos[90]. ¿No hemos

---

[90] Para apreciar la extensión de este beneficio, nuestras miradas afligidas deben dirigirse hacia Oriente, donde cuatrocientos millones de mujeres gimen encorvadas bajo el peso de leyes y costumbres de una degradación de la cual sólo tenemos una vaga idea. Mientras el mundo marcha hacia la unidad, o mejor, hacia la uniformidad modernizada, mientras Oriente se acerca a Occidente por la rapidez y la multiplicidad de relaciones, en tanto que los pueblos del Asia se asimilan nuestros progresos materiales, ¿qué beneficios recibe la suerte de la mujer en tan inmenso cambio de luchas y de intereses? Ninguno; la mujer permanece inmóvil en su abyección.

visto a una esclava convertirse en reina de Francia —una gran reina, porque fue una gran santa— y realizar sorprendentes obras de progreso y de libertad? Imitemos su ejemplo[91].

Bien cerca de nosotros, bajo la misma dominación francesa, la mujer musulmana continúa siendo tratada como bestia de carga, menos estimada que un caballo (amigo de su dueño al fin), ¡vendida a vil precio!... Según las leyes por las que se rigen las cabilas, un padre o un esposo puede vender a la hija, o la mujer, sin que ninguna de ellas tenga derechos, ni de herencia siquiera. Sigue siendo la desdichada encorvada bajo el monstruoso despotismo del hombre, cuya forma más indignante es la del harén. «Por eso subiste el Oriente y por ahí debe acabar, ¿pero cuando? Pronto sería, si el Occidente no estuviese devastado por el escepticismo, armado de todos las fuerzas físicas y desarmado de toda fuerza moral».

Oigamos al menos los gemidos de esas cien mil víctimas armenias, entre las cuales las más dignas de compasión son las que no fueron degolladas... «Nos falta valor para trazar aquí el cuadro repugnante de abominaciones que sobrepasan todas las torpezas que puede inventar la imaginación. Tras de satisfacer sus bestiales pasiones, aquellos monstruos con rostro humano, aprovechan el aturdimiento de las víctimas para obligarlas a renegar de su fe».

(*Martirologio Armenio*, p. 48, por el R. F. Charmetant).

Oigamos también las conmovedoras quejas de otras víctimas:

«¡Qué felices sois las cristianas! —decía una musulmana de alta categoría, a la esposa de un médico cristiano residente en Constantinopla—, vais a donde os place, mientras que, para nosotras, salir de casa es exponernos a morir».

«¿Cómo hacéis vosotras, las europeas, para salir de vuestras casas?» —preguntaba una mora a la religiosa que la visitaba en su aduar.

(*Anales de la obra de María Inmaculada*, Marzo de 1896).

A las *felices*, a las privilegiadas, nos corresponde acudir en defensa de esa gran injusticia, de esa plaga vergonzosa que roe a la humanidad. ¡Cristianas, prestemos mayor atención a los sufrimientos de la mujer pagana, y formemos para defenderla una cruzada, no sólo con oraciones, sino dando nuestro corazón y nuestro oro, para realizar esa obra de salvación tan valientemente llevada a cabo por los misioneros de uno y otro sexo, a través de los siglos! En París y bajo el patronato de María Inmaculada, se ha establecido una obra que reclama nuestro concurso, para libertar a las mujeres paganas encorvadas bajo el más humillante de los despotismos. En general, en Europa, desconocemos la espantosa situación de esas mujeres. De conocerla bien, muchas cristianas que buscan la manera de emplear su celo, se dedicarían a tan necesaria obra de libertad. Los pueblos de Oriente continuaran siendo lo que son, mientras sus mujeres continúen siendo vilipendiadas, despreciadas, sin conciencia propia.

Solo las *mujeres apóstoles*, que gozan de plena libertad, pueden llegar hasta esas desdichadas, para infundirles ideas elevadas, ayudándolas con afectuosos consejos y con habilidad a comprender su injusta y profunda abyección, por la comparación que ellas mismas hagan con la independencia y la elevación moral de la mujer europea...

[91] Al quedar viuda con tres hijos, se revelo Batilde como la mujer fuerte del Evangelio, y virilmente, comenzó su regencia. Busco el apoyo del pueblo y del clero, abolió la antigua capitación romana, *aligero los impuestos, acto de valor rarísimo entonce*s, lo mismo que hoy, prohibió bajo la influencia de un penoso recuerdo, el poner esposas a las criaturitas, y el introducir cautivos cristianos en el territorio de los francos. Rescató a multitud de esclavos, derramó generosidades innumerables sobre los pobres de todas las categorías, fundó la célebre abadía de Corbie, engrandeció a Chelles, enriqueció a Luxeuil y cien más, llamó a los consejos de la corona al ilustre obispo de Autún, futuro adversario del terrible Ebroín. Hasta fuera de su reino, Batilde hizo respetar el nombre de los francos y sus leyes de justicia. Habiendo repudiado a su esposa para restablecer el arrianismo el rey de los lombardos, fue llamadó por medio de un embajador a comparecer ante Batilde, y el fiero Rotaris hubo de humillar su frente en presencia de la antigua esclava, transfigurada por la doble majestad de la realeza y de la santidad.

Por fin, una vez cumplida su misión, viendo a sus hijos hombres ya, dolorosamente impresionada por la muerte de San Eloy que fue su guía, y por los nuevos destrozos ocurridos en el reino, que destruían su

Las cristianas que sirven a Dios a semejanza de Batilde y de las mujeres del Evangelio, le glorifican haciendo que sea glorificado, porque ponen a su servicio, razón, entendimiento, conocimiento de las cosas divinas y de las profanas, comprensión del espíritu de su tiempo y de los deberes sociales y domésticos.

La época en que vivimos, necesita firmeza de carácter y nobleza en las personalidades. No podemos contentarnos con las obras o con las virtudes de nuestros padres; precisa que cada uno de nosotros ponga en obra sus energías personales y preste su concurso particular al bien general.

Nosotros los privilegiados debemos hacer serios esfuerzos en torno nuestro para que sirvan de reactivo contra «aquellos que carecen de energías fuera de la tranquila esfera de su vida privada, contra aquellos que en el terreno de las luchas religiosas y sociales son de una pasividad deplorable, hasta el punto de que la causa de nuestras desdichas y nuestras humillaciones, más que en el poder de los enemigos, está en la abstención y el obscurecimiento voluntario de los católicos y de las personas honradas[92]».

«La falta de ocupación, una vida lánguida, inactiva, o únicamente dedicada a ocupaciones frívolas, aunque sea correcta e inocente, por decirlo así, es mala seguramente[93]».

Las buenas cristianas saben que no basta espantarse del pecado, llorar sobre las faltas, abstenerse de obrar mal y realizar secretamente actos de virtud; es preciso combatir entre las multitudes, puesto que estamos en una época de luchas públicas. Es preciso transponer los estrechos límites de la piedad personal, de la devoción pusilánime, para influir sobre esta sociedad alejada de Dios Evangelio, por los esfuerzos de la maldad. Es preciso que emprendan el camino presurosas, alta la frente, firme y recta la mirada, como Apóstoles activos y confiados en Cristo. Así es como deben tomar parte en la obra de Dios, así es como levantaran los corazones encorvados, sin darse cuenta ellas mismas.

---

admirable plan de unidad francesa, marcho a encerrarse en Chelles para terminar sus días, dándose a Dios por entero, después de haberse dado a su pueblo.
LECOY DE LA MARCHE, *La fondation de la France*.

[92] Discurso del cardenal Langénieux en la sesión del Congreso Eucarístico internacional del 9 de Agosto de 1899.

[93] *Le Prix de la Vie*, p. 115, por Leon Ollé-Laprune, maestro de conferencias en la escuela normal superior.

«No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, más habéis recibido el espíritu de adopción de hijos de Dios. En donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad[94]»

[94] Romanos, VIII, 15, 16

Las Hermanas de Betania

JESÚS MUESTRA A LA MUJER QUE EN ÉL ESTA LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA

Jesús acababa de abandonar a Judea, para marchar a la otra parte del Jordán. Tratando de esquivar las calumnias que contra Él forjaban sus enemigos de Jerusalén, durante las fiestas de los Tabernáculos, se refugió en Perea. Por entonces cayó enfermo Lázaro en Betania. Era Lázaro hermano de aquella María que ungiera con perfumes al Señor y que con sus cabellos le enjugó los pies.

En tan triste circunstancia, Marta y María enviaron a Jesús un emisario encargado de transmitirle estas discretas palabras:

«Señor, he aquí que el que amas, está enfermo».

Les bastaba hacerle saber el estado de su amigo Lázaro. Pero contra lo que esperaban, el Señor no pareció conmoverse y se contentó con responder:

«Esta enfermedad no es para muerte, más por gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado en ella[95]».

Y permaneció dos días aun en el lugar en que se encontraba.

Extraña abstención, dolorosa espera. El que con un solo acto de su voluntad podía curar, no quería hacerlo.

El supremo Consolador parecía abandonar a los suyos a su desesperación y a sus lágrimas. El mismo Evangelista sorprendido, necesita afirmar que «Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro». Sin embargo, dejó que en ellos se *cumpliera* la *obra del dolor* haciendo saber a sus amigas que era *para gloria de Dios*. Glorificar a Dios es la obra perfecta por excelencia. Así, los sufrimientos, la agonía y la muerte de Lázaro tributaran el más bello testimonio al Cristo del Dios vivo.

Lázaro, pues, murió lejos de su Amigo. Entonces Jesús dijo a sus discípulos:

«Vamos otra vez a Judea. Lázaro es muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí para que creáis».

---

[95] Juan, XI, 1-44.

Dios dispone los acontecimientos, no sólo para su Gloria, que siempre se manifiesta, sino también para provecho de los hombres que atienden su palabra y saben considerar las enseñanzas de los hechos en su conjunto.

Jesús dejó morir a Lázaro; acalló el dolor que tal muerte le causaba, para regocijarse de que sus discípulos tuvieran fe aun a costa de que sus amigos sufrieran. ¡Valerosa fe, que das fuerzas para sufrir y obrar!

Frecuentemente nos sorprendemos de acontecimientos providenciales que trastornan nuestras ideas. Entonces más que nunca debemos esperar la hora de Dios, sin desconfianzas, ni murmuraciones. Entonces debemos doblar las rodillas para adorar lo que no podemos comprender... El porvenir en la tierra, y sobre todo en el cielo, nos explicará las razones de muchas pruebas, y nos dirá por qué no fueron oídas muchas oraciones.

Lázaro es muerto —dijo Jesús a los discípulos—, *porque yo no estaba allí*. Más vamos a él.

¡Cuán tiernas insinuaciones! Si hubiera estado allí, no habría podido verle sufrir tanto ni dejarle morir. Cuando Dios no enjuga nuestras lágrimas, parece como que no se encuentre allí. Es preciso que se aleje algo, que desvíe sus miradas: ¡tanto nos ama! Para recompensar nuestros dolores, dijo: «Bienaventurados los que lloran».

Jesús necesita saber si somos capaces de llorar lágrimas que sean oraciones y que clamen por su visita, como fueron las de Marta y María.

«Vamos a él» —añadió el Maestro—; y Tomás, conociendo el peligro de aquel regreso, dijo dirigiéndose a los otros discípulos: «Vamos también nosotros para que muramos con Él».

En efecto, al retornar a Jerusalén, Jesús se exponía a caer en las emboscadas de los fariseos que deseaban su muerte y acaso la de sus discípulos. En todos los tiempos los elegidos de Cristo, expusieron su bienestar y con frecuencia su vida al socorrer a los pobres, a los enfermos, a los afligidos, sacrificándoles su tranquilidad. Hoy mismo sufren en todas partes hipócrita persecución, la cual les arrebata desde la agonía del moribundo hasta la flaqueza de la infancia, la dicha cristiana de enseñar a vivir bien, y el consuelo de ayudar a morir en brazos del Señor.

Eran muchos los judíos que acompañaban a las hermanas de Betania y que siguiendo la costumbre estaban sentados en tierra, con los vestidos en desorden, las cabezas cubiertas y los pies descalzos. En torno de Marta y María

formaban círculo los parientes, los amigos y las plañideras. El silencio prescrito en tales ocasiones sólo era interrumpido por las lamentaciones que duraban siete días, después de los tres primeros consagrados a las lágrimas.

Entre los judíos, el difunto era sepultado, dos o tres horas después de morir, dentro de una estancia funeraria, abierta en la excavación de alguna roca.

El cuerpo de Lázaro fue envuelto entre vendas a la manera egipcia y perfumado cuidadosamente.

Las personas pudientes iban los tres primeros días al sepulcro, para renovar sus lamentaciones, acompañadas por amigos, parientes y diez plañideras cuando menos. Estas visitas se repetían hasta la total descomposición del cuerpo sepultado.

Marta y María soportaban tan ceremoniosas apariencias, mientras que desde su corazón clamaban siempre por Aquel que no quiso ir a ellas.

¡Por fin llegó! ¡Pero hacía cuatro días que Lázaro estaba sepultado!... Marta fue la primera en saber la llegada del Señor, y, envuelta en su manto de luto, corrió a su encuentro llena de emoción: «Señor —le dijo cayendo a sus plantas—, si hubieses estado aquí, mi hermano no hubiera muerto; mas también sé ahora que todo lo que pidieres a Dios, te lo otorgará Dios».

Ni un solo reproche hubo en sus palabras, solo la dolorosa convicción de que no hubiera dejado morir a Lázaro de haberle visto sufrir, y la absoluta confianza en la poderosa intercesión de Jesús. ¡Admirable coincidencia! ¡Aquel fue el pensamiento de Jesús! ¡Entre Él y sus amigos existía una perfecta comunicación de sentimientos!

«Resucitará tu hermano» —díjole Jesús.

Y Marta le responde: «Yo sé que resucitará en la resurrección del día postrero».

Abismada en su dolor, no parecía comprender el significado de aquellas afirmativas frases que tan bien correspondían a su íntimo deseo. Tal vez no osaba abandonarse a tan dulce esperanza era demasiada felicidad, y trato de obtener una afirmación categórica. Jesús se la otorgó en estos términos:

«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá». «Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás».

Jesús se revela a la mujer como dueño de la vida, en esta doctrina que a nadie había aún enseñado. He aquí, pues, instruida en la visión eterna a la que más debe sufrir por la separación de acá abajo. La despreciada por los doctores

y los filósofos recibe la primera, y especialmente, esta luz divina sobre los misterios de la muerte.

Aquí Jesús habló como Hijo de Dios igual al Padre:

«YO SOY LA RESURRECCIÓN Y LA VIDA». Y añadió:

«¿Crees esto?»

—«Sí, Señor —respondióle Marta—; yo he creído que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, que has venido a este mundo»

Espontáneamente pronuncian los labios de Marta este acto de fe, *que era la misma afirmación hecha por Pedro, el jefe de los Apóstoles*. Tal fue la preparación necesaria, recibida por la mujer, para ejercitar más tarde su misión apostólica. Confortada por Aquel que era vida y resurrección, Marta corrió en busca de María para decírselo «en secreto» temiendo molestar al Señor si daba cuenta a la multitud de su llegada.

«El Maestro está aquí y te llama» —dijo a su hermana.

El Amigo, tras su largo viaje para llegar junto a las dos mujeres, quiso dejarles la satisfacción de cumplir un deber yendo ellas en su busca...

De cierto ignoraba María la llegada de Jesús, pues de otro modo no hubiera podido contenerse sin correr a verle, ni hubiera esperado aquel mensaje bienaventurado.

Porque Jesús aún no había llegado a la aldea, sino que se estaba en aquel lugar en donde Marta había salido a recibirle.

La casa de Marta y de María estaba llena de ese mundo de parientes y amigos atraídos por un gran luto, en una casa considerada y opulenta; y Jesús, por amistad, por delicadeza, deseaba tener una entrevista íntima con sus amigas en el dolor. «Hay cierto secreto —dice Bossuet— entre Jesús y las almas interiores representadas por María. Es necesario recogerse en tal secreto y no turbarlo mezclando en él al mundo».

Además, para Jesús era dolorosísimo entrar en aquella casa de Betania tan amada por Él, tranquila y alegre mientras vivió Lázaro con sus hermanas, ahora fúnebre y desolada. El Señor siente en su alma delicadísima las mismas impresiones que nosotros, bien que de un modo inexplicable y superior. «Entonces los judíos que estaban en la casa con ella y la consolaban, como vieran que María se había levantado prestamente y había salido, siguiéronla diciendo: Va al sepulcro, va a llorar allí».

Era costumbre consagrada entre los judíos acompañar en el sepulcro a los parientes de los que morían; por eso siguieron a distancia, ya que ningún judío acompañaba a una mujer ni le hablaba públicamente.

«Y María, cuando llegó a donde estaba Jesús, luego que le vio se postró a sus pies diciéndole: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano».

Ni una queja, ni un reproche salió de sus labios.

Jesús no pedía más de aquella cuyo corazón le hablaba sin palabras.

«Bendito seáis, Señor, por haber querido demostrarnos la ternura que sentíais hacia vuestros amigos. Séanos permitido imitaros en vuestro amor y seguir vuestro ejemplo. Los corazones empedernidos no son de vuestro agrado[96]».

Jesús, cuando la vio llorar y que también lloraban los judíos que habían llegado, gimió en su ánimo, lloró, se conmovió en espíritu, se turbó y dijo: «¿Dónde le pusisteis?».

¡Santo estremecimiento del hijo de Dios! ¡Bendita turbación del hijo de Dios! ¡Jesús amado, sentís nuestras angustias en la hora fúnebre, y nuestros sollozos repercuten en vuestro Corazón! ¡Él sólo puede consolarnos!

«Ellos le dicen: Ven, Señor y le veras».

Entonces Jesús se dirigió al sepulcro y «lloró».

¡No lloró al ser traicionado, injuriado y crucificado! Lloró una vez al contemplar su patria tan culpable, merecedora de los castigos que iban a caer sobre ella; lloró después con Marta y María para consagrar nuestros dolores y santificar los lazos de amistad.

«Y dijeron entonces los judíos: Ved como le amaba. Y algunos de ellos dijeron: ¿Pues éste que abrió los ojos del que ciego no podía hacer que éste no muriera?».

Así hablaba la muchedumbre, siguiendo cada uno las indicaciones de su corazón, conmovidos unos, malévolos otros; mas nadie dijo: «¿No podría resucitarle?». A nadie se le ocurrió siquiera la idea. Jesús, pues, conmoviéndose otra vez en sí mismo, fue al sepulcro.

Mas ¿por qué os conmovéis todavía, oh Jesús? Es que ahora consideráis a la humanidad toda entera; la veis sumergida en el mal, víctima de la espantosa

[96] Bossuet. Méditations sur l'Evangile.

y universal muerte del pecado; veis sobre todo la muerte eterna; ¿quién sabe si no contempláis también vuestra propia muerte en el suplicio de la cruz?

Según la prescripción judía, los cementerios se hallaban algo distanciados de las moradas de los vivos.

Era una cueva, la cual tenía una piedra encima. «Dice Jesús: Quitad la losa. Marta le dice: Señor, ya hiede porque es de cuatro días. Jesús le dice: ¿No te he dicho que si creyeres veras la gloria de Dios? Quitaron, pues, la losa, y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy porque me has oído. Que yo sabía que siempre me oyes, mas por el pueblo que esta alrededor lo dije, para que crean que tú me has enviado».

Jesús mira al cielo, le toma por testigo de que Él es el Mesías, hijo de Dios, da gracias a su Padre. Así es la oración; así debe ser la alabanza en las horas supremas de una decisiva manifestación. Ante aquel concurso de gente quiso demostrar el Salvador, no sólo la verdad de su palabra, sino que era la palabra misma del Verbo, por quien todo fue hecho y que puede hacer vivir lo que ya no es.

«Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz: Lázaro, ven fuera».

Y en el mismo punto, el que había estado muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas y su rostro envuelto en un sudario. La emoción y el asombro fueron tales, que nadie osaba aproximarse al resucitado. Marta misma no se precipitó hacia su hermano amado para dar libertad a sus movimientos, fue preciso que Jesús ordenase: *¡Desatadle!*

¡Significativa frase! Jesucristo le devolvió la vida, pero quiso buscar la ayuda de intermediarios para arrancar las ligaduras que aprisionaban a Lázaro. Llegará un tiempo en que desde el Cielo pronunciará sobre los pecadores palabras de resurrección y de vida, mientras sus Apóstoles, repitiéndolas en toda la tierra, arrancarán las ligaduras del pecado.

¡Marta y María, marchad con vuestro hermano unidos los tres en perfecta felicidad! ¡Partid con Lázaro, rodeando a Jesús de alabanzas, de adoraciones, de actos de gratitud, y ya en vuestro hogar, entregaos plenamente al júbilo y al agradecimiento! ¡Celebráis la incomparable fiesta de la amistad!

En ningún sitio os mostrasteis con más plenitud, Señor; en ningún sitio disteis mayores pruebas de vuestros sentimientos humanos más próximos a vuestro poder divino. Por eso ocurre frecuentemente que cuanto más crueles son nuestras aflicciones en el mundo, mejor atraen los resplandecientes

testimonios del amor de Dios. Los dolores profundos tienen con frecuencia sus raíces en las más misericordiosas intenciones del Salvador. Alguna vez permite nuestra desgracia para mejor mostrarnos su compasión. Siempre vela por nosotros ese Corazón que supo conceder a las hermanas de Betania la resurrección del llorado hermano.

La limosna de la pobre viuda

JESÚS LA GLORIFICA

El martes de la última semana que debía pasar en la tierra, abandonó Jesús a Betania muy de mañana, para dirigirse a Jerusalén. La multitud le esperaba impaciente en el Templo, donde predicara el día anterior. Pero sus enemigos estaban resueltos a perderle, apoderándose de él, ya que no podían enemistarle con su pueblo. No podían ya titubear por más tiempo; ¿acaso no había llevado su entusiasmo por Jesús, después de la resurrección de Lázaro, hasta el punto de aclamarle en las calles de Jerusalén, a las mismas puertas del Templo? Jamás profeta alguno había sido tan glorificado. Era necesario exterminar «al seductor». De esta suerte hablaban los fariseos.

Aquel día, por última vez, quiso el Salvador prevenir a los hombres de buena voluntad contra la hipocresía de sus enemigos, lanzando las *Maldiciones*. Aquel vehemente y doloroso discurso le había fatigado. El sufrimiento agota prontamente nuestras fuerzas, y ningún sufrimiento es comparable al que padeció por nosotros aquel que vino a traernos la luz y paz, hallando tanta resistencia, tanta obstinación contra Él.

Jesús se hallaba en la terraza superior del Templo llamado *el Santo*; antes de descender al atrio, tomó asiento en el lugar destinado a las mujeres, donde se depositaban las ofrendas.

La multitud rodeaba trece arcas, llamadas *Schoferoth*, a causa de tener unos agujeros semejantes a bocas de trompetas. Judíos de todas las tribus, de todas las condiciones, depositaban allí sus limosnas, con modestia unos, otros con ostentación. Jesús los contemplaba en silencio... Con la misma atención observa Dios nuestros actos religiosos, penetra en los motivos que nos mueven a ejecutarlos, ve nuestras generosidades; pero del mismo modo que nadie reparaba en la mirada de Jesús, así la presencia de Dios pasa inadvertida con frecuencia para nuestro espíritu, apartado de las cosas celestiales, demasiado pequeño para alcanzar invisibles realidades.

Jesús los observaba mientras depositaban la limosna.

«Muchos ricos echaban mucho[97]».

---

[97] Marcos, XII, 41-44.

La mayoría era gente del pueblo. Cumplían aquel deber impuesto al hombre de devolver a Dios algo de los bienes que le confió. Esta ofrenda continúa siendo una obligación como lo era en tiempos de Jesús. Dios se pone en nuestras manos como a merced nuestra; pero los que le aman se sienten dichosos al ofrecerle los dones que de Él reciben, y gozan viendo que otros le dan tanto o más que ellos mismos. Súbitamente rompe Jesús su silencio. ¿Qué causa le mueve a hablar? ¿Qué ha visto que pueda sorprenderle? ¡Ve a una pobre mujer!

«Y vino una pobre viuda, y echo dos piezas del valor de un cuadrante[98]».

¡Viuda y pobre! ¡Doble infortunio el suyo! Jesús considera que aquella infeliz no se quiere eximir de pagar la limosna legal. Da lo que puede, más de lo que puede acaso. ¡Cristianas pobres y desventuradas que os ocultáis en las sombras de una iglesia, pensad en lo que hizo el Salvador!

Llamando a sus discípulos les dijo:

«En verdad os digo que más echó esta pobre viuda, que todos los que echaron en el arca».

Fue la única vez que de un modo explícito llamó Jesús la atención de los suyos, sobre una acción. ¡Cuán hermosa debía pareceros, Señor, cuando no os basto admirarla solo y quisisteis que vuestros amigos compartiesen con vos aquella admiración!

Admirar el bien es un sentimiento tan bello, tan saludable, en medio de la degradación general, que causa gozo verle glorificado por las palabras y el ejemplo de Aquel que es la luz y la verdad.

«En verdad os digo que más echó que todos los que echaron en el arca. Porque todos han echado de lo que les sobraba, mas ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento».

¡Admirables palabras de Jesús! ¿Es posible que yo, no teniendo nada, dé más que los que poseen caudales? Sí, es posible, Dios nos lo enseña para consuelo de los humildes, de los pobres, a quien nunca se les repetirá demasiado que dar a Dios de su indigencia, y permanecer por su amor en el desamparo, es prueba de sentimientos religiosos profundos y excepcionales. Al considerar que aquel acto de suprema generosidad fue ejecutado por una viuda pobre, condenada por la costumbre de aquellos tiempos al servilismo, incapacitada

---

[98] La más pequeña moneda judía, equivalente a tres céntimos

para defenderse contra los «escribas que devoran las casas de las viudas[99]», según dijo Jesús lleno de indignación; cuando se considera esto, es preciso bendecir aquella alabanza divina y humana que cayó sobre una desheredada. No debía ser aquel acto suyo único en su vida, pues lo que da valor a nuestras acciones, lo que constituye su mayor belleza, es la continuidad, seguida por una voluntad firme que acepta los hechos desde el primer momento con todas sus penosas consecuencias.

No hay disculpa para aquellos que a pretexto de pobreza se niegan a dar limosna. Su misma pobreza les permite «dar más que muchos».

Don espléndido es el depositado en los limosneros de la parroquia o en las manos de un pobre, por la obrera, la sirvienta, la menestrala. Don espléndido ofrece a Dios la que entrega cinco céntimos por semana para la propagación de la Fe. Espléndidas son esas trabajadoras que, sin tener asegurado el pan cotidiano, dedican parte del tiempo que necesitarían para ganarlo, en catequizar a un niño, o en bordar un alba para la celebración del Santo sacrificio, o contribuyen de cualquier otra manera a la ornamentación de la casa de Dios. Espléndidos son los que comparten el pan y la ropa con los miserables, los que ahorran en los vestidos propios para tener manera de comprárselos al indigente, y en fin, en otro orden, son espléndidos los que en silencio ofrecen los sufrimientos, para gloria de Dios, para el rescate de los pecadores y la salvación de las almas, los que olvidan sus penas para consolar las ajenas... ¡Todos los que hagáis cosas así, alegraos! Dios os contempla, y os admira, que por eso es el padre y el amigo de los humildes, de los pobres, de los despreciados. Constantemente se ocupa en ellos, los defiende y los glorifica en la tierra, recomendándolos a sus discípulos, afirmando que el bien que se haga con ellos, es como si se hiciera en su santo honor. ¡Sublime manera de demostrar su predilección por los desdichados, entre los cuales la mujer es la más digna de compasión! Jesús, los que tienen tu espíritu y tu corazón, saben todo esto, y trabajan a imitación tuya sobre la tierra, en tanto que tus enemigos, sólo pueden conducir al abismo, burlándose de «esa despreciable multitud que es presa de sus vicios y aun de los charlatanes que la explotan». Tus amigos, si quieren imitarte, han de hacer cosa bien distinta.

[99] Marcos, XII, 40.

A pesar de diecinueve siglos de clamar contra ella, la Ley evangélica tiene tan grande, tan sublime poder, que, recientemente, un descreído le rendía el siguiente homenaje: «El Evangelio no establece categorías entre las almas humanas; las más humildes se ven elevadas a veces por lo que para ellas es la suma de todo bien, por el respeto y la ternura. Es el Evangelio la epopeya de los ignorantes, un himno anticipado a la Jerusalén de los miserables[100]».

¡La mirada de Jesús no se aparta de los abandonados; mirada compasiva y amorosa, acordada especialmente a la pobre viuda!

[100] Challemel-Lacour, *Discurso académico*, 25 de Septiembre de 1894



La cena en casa del fariseo
Cuadro de Pablo Veronés

María de Magdala

JESÚS LA DEFIENDE ANTE SUS DISCIPULOS

El ocho de Abril del año 29[101], Jesús salió de Jericó con las caravanas de Jerusalén. Al caer la tarde, llegó a Betania. Por última vez quiso visitar a Lázaro, y disfrutar unos instantes de paz, de reposo triste, junto a la familia leal, sinceramente inquieta de los odios que amenazaban al Salvador; Marta, Lázaro y María, le daban por última vez testimonio de una amistad y de un afecto cuya belleza recuerdan aún cielo y tierra unidos.

Quería también el Señor aceptar la cena que, en casa de Simón, le ofrecían los habitantes de Betania, en reconocimiento de los muchos favores que habían recibido y, muy especialmente, en acción de gracias por la resurrección de Lázaro[102]. Como después de aquel gran acontecimiento, Jesús no había estado entre ellos, todos querían demostrarle su admiración, festejándole tanto más cuanto el milagro de la resurrección de Lázaro excitó de tal modo el odio y el temor del Sanedrín, que acababa de excomulgar al Mesías. Por tanto, y para mejor indicar el carácter de la cena, Lázaro ocupó el primer puesto entre los convidados.

Su presencia era la mayor prueba de la omnipotencia de Jesús, y la más enérgica protesta contra sus enemigos.

«Y Jesús, seis días antes de la Pascua, vino a Betania en donde había muerto Lázaro al que Jesús resucito. Y le dieron allí una cena; y Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados con Él a la mesa[103]».

La imaginación nos representa la vasta estancia donde se celebraba el festín, adornada con tapices y ricas telas, los lechos dispuestos en torno de las mesas, los numerosos invitados que asombrados contemplan a Lázaro cuya muerte conmoviera dolorosamente a toda Betania y a Jerusalén. Los Apóstoles se confunden con los invitados y los visitantes. Sus corazones se estremecen de temor por las últimas predicciones escuchadas al Maestro. No se les oculta que el odio con que le persiguen, es también una amenaza para ellos.

---

[101] 1° Nisán u ocho de Abril del año 29 de la era cristiana y 782 de la era romana.

[102] Los habitantes de Betania demostraron su afecto a Jesús de tal modo, que por ello fueron perseguidos. Por odio a Jesús, los judíos destruyeron la ciudad y acusaron a sus moradores de menospreciar la Ley.

[103] Juan, XII, 1,

En aquel banquete las mujeres no eran admitidas más que para servir, y Marta hablaba de ello con su vehemencia y su energía habituales. Los verdaderos amigos de Jesús, comprendiendo que el Señor necesita otros cuidados y otros servicios que los suyos, se complacen en que le honren y se contentan con prestar su concurso. «Marta servía».

Cristo ocupa el puesto de honor.

...Sus dulces ojos,
Su blanca frente ornada por largos rizos rojos...
Tenía en su belleza, reposada y serena,
una gracia inefable de pensamiento llena.
Ardiente claridad, nimbo de oro y de fuego,
Resplandece en su rostro, es la luz del eterno[104].

De improviso, en la sala del festín aparece María; la soberbia, la opulenta María, la antigua pecadora... Está en presencia de Aquel que la rehabilito con su perdón: «No era ya la hermosa mujer cuya juventud escondía mal el oprobio del vicio, cuando por primera vez se acercó tímidamente, como una sierva, a los pies de Jesús para derramar sobre ellos lágrimas de arrepentimiento, y para enjugarlas con sus cabellos. Tres años de gracia habían pasado por su frente, y ahora aparecía rodeada de una aureola divina de santidad, que se desprendía de toda su persona[105]».

«Y estando Jesús en Betania en casa de Simón el Leproso, se llegó a Él una mujer, que traía un vaso de alabastro de ungüento precioso, y lo derramó sobre la cabeza de él, estando recostado a la mesa[106]».

¡Oh María!, ¿por qué hiciste tal? ¿Por qué no permaneciste con Marta atendiendo a los cuidados del servicio? ¿Acaso puede la mujer tener vocación más elevada que la de consagrarse exclusivamente a los intereses materiales? ¿No le basta ser, por amor de Dios, madre y sierva de sus Apóstoles? ¿Acaso no es suficiente para ella llenar sus manos de buenas obras en nombre de Cristo? En efecto, no la bastaba. María quiso añadir a los servicios prestados a Jesús por la mujer, el culto perfecto del amor que le profesaba. No la bastaba amar en

---

[104] De Laprade. *Poemas evangélicos*.
[105] Lacordaire, *Vida de María Magdalena*.
[106] Mateo, XXVI, 6.

silencio, quería demostrar bien alto como amaba, y el amor verdadero busca siempre el medio de expresarse.

María proclamaba su sentimiento derramando perfumes sobre aquellos pies que la buscaron, sobre aquella frente de donde broto la idea redentora, que la enseñó su misión y su destino, sobre aquel divino Jefe que pronto había de ser destrozado por la ingratitud, y que al correr los siglos, sin dejar de sentir el dolor de las espinas, cubierto aún por los oprobios y blasfemias de los renegados, no recibirá más honores que los que la mujer le rinda.

Mas las bellas ideas, las nobles acciones, tendrán detractores siempre. Sólo pueden ser comprendidos por reducidísimo número de personas, La admiración será siempre el más raro y el más delicado de los sentimientos. Los discípulos, al ver aquello, se indignaron diciendo:

«¿A qué fin este desperdicio? Porque podía esto venderse por gran precio y darse a los pobres».

¡Y se llamaban *discípulos* los que se atrevían a criticar actos realizados en honor del Dios que, por amor de los hombres, se igualaba a ellos; del Maestro que iban a perder, del Amigo cuyo calvario se acercaba! No les inspiro gratitud ni simpatía el homenaje realizado por aquella mujer que amaba a quien ellos debían amor y a quien no supieron honrar. Aquel ejemplo ni los ilumina, ni les enseña, ni los regocija; ni lo aprueban ni les satisface.

No, no, los seres mediocres son incapaces de sentir ni de comprender el amor; sólo saben odiar, denigrar, y esa es su condenación. Como necesitan disculparse, inventan pretextos que disfrazan con el nombre de virtudes.

«Y Judas Iscariote, el que le había de entregar, dijo: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios y se dio a los pobres?».

»Mas dijo esto, no porque él cuidase de los pobres, sino porque era ladrón, y tenía la bolsa, y traía lo que se echaba *en ella*». Esa era la verdad; Judas no amaba a nadie siguiendo el ejemplo de los avaros, de los egoístas, de los libertinos, que, llevados de sus pasiones, sólo buscan el satisfacerlas. Cuentan con el dinero, calculando las bajas satisfacciones que pueden encontrar en las cosas. ¡Trescientos dineros! —dicen—. ¡Qué suma tan enorme! ¡Pronto venderá Judas al Maestro por una cantidad diez veces más pequeña!

¿Qué significa para esos la ruina de la casa de Cristo? ¿Qué les importa la humilde vetustez de los objetos destinados al culto? Dicen: «¿A qué fin?» En efecto, ¿saben quién es el que está entre ellos? ¿Piensan que la Hostia es viva,

que la Hostia es Jesús? Señor, ¡quién pudiera tenerte siempre de aquel modo, quién pudiera darte un lugar de honor entre nosotros, adornar tus tabernáculos, rodearte de atenciones delicadas y generosas! Nuestras riquezas nos dejan con la vida, y la vida es corta; después de ella nada podemos darte.

Los convidados esperaban con impaciencia una palabra decisiva del Maestro que guardaba silencio. Al hablar, lo hizo para defender a la mujer de los ataques injustos y especiosos que la dirigían los discípulos.

Sin reprenderlos directamente, sin quitar la máscara hipócrita de Judas, a quien por bondad soportaba, entonces y siempre, limitándose a combatir la razón que había dado, y que tantas aprobaciones había recibido, dijo Jesús así:

«¿Por qué sois molestos a esta mujer? Pues ha hecho conmigo una buena obra, porque siempre tendréis pobres con vosotros; mas a mí, no siempre me tendréis[107]».

La bondad infinita del Corazón de Jesús anima estas palabras con la mansedumbre de su espíritu.

¡Concédenos, Señor, la gracia de escucharte, de comprender tus divinas delicadezas, y de apreciar tu amistad!

Nunca podremos considerarlo bastante. Nuestro Señor no pronunció una frase mortificante, ni siquiera para Judas. Lejos de confundir a los ingratos que le rodeaban, de enseñarles que debían rendirle toda clase de homenajes, el Maestro divino olvida ese punto, y si los reprende, es «porque son molestos a una mujer»; si algo les reprocha es que condenen una buena acción.

¿Comprendió María de Magdala todo el valor del acto que realizaba? Impulsada por su corazón, movida por el Espíritu Santo, no hizo en realidad sino cumplir un hecho simbólico, y el Señor así se lo dijo impulsado por el deseo de consolarla y glorificarla:

«Porque derramando este ungüento sobre mi cuerpo, para sepultarme lo ha hecho».

Al oír tales palabras, María se estremece de dolor y de júbilo... Es feliz porque sus atenciones sobrepasan las de todos y merecen ser alabadas por Jesús; siempre tú, oh mujer, supiste con múltiples hechos honrar la humanidad del Salvador Pero ¡qué espantosa visión del porvenir te revelan aquellas alabanzas! Pocos días después, contemplaras a tu Dios, a tu Amigo, en poder de sus

---

[107] Mateo, XXVI, 10, 11.

perseguidores. Sufrirás el espectáculo de ver su adorable persona impregnada aún de tus perfumes, cubierta de llagas y sangre, y al fin, el más cruel de los suplicios te privara, por siempre en la vida, de su divina presencia.

¡Si pudiéramos, a ejemplo de María de Magdala, aprovechar los cortos momentos de que disponemos para honrar a Jesús! ¡Si pudiéramos recordar siempre que todos nuestros bienes le pertenecen y que su cuerpo, descendiendo por la consagración sobre el altar, como en otro tiempo clavado sobre la cruz, y encerrado en el tabernáculo, como en un sepulcro, reclama nuestras generosidades y nuestra adoración! ¿Quién puede ofrecerle esto mejor que la mujer? Después de María de Magdala, pocas faltan a este deber. En los primeros años de la Iglesia, la mujer es quien ofrece asilo al Redentor, albergando a los Apóstoles, convirtiendo su casa en santuario, como hicieron en Roma las Práxedes, las Pudencianas, las Priscilas y las Sabinas. La mujer es quien engalana los altares, trabajando con sus manos el oro, la seda, los ricos tejidos; ella es quien rodea de luces y flores y perfumes a Jesús, ella quien vela asidua mente al pie del tabernáculo; ella quien da sus bienes y su propia persona desempeñando el tierno oficio de diaconisa, de virgen, de viuda; ella, mujer casada, es la que, por amor divino, abandona al marido para morir en el tormento, como las Felícitas y las Perpetuas.

Federico Ozanam dice en una de sus obras:

«Es verdaderamente conmovedor observar el respeto que inspiraban los mártires en su prisión, el recuerdo de las primeras madres del cristianismo, Madres por la fe, que les servían de ejemplo, y que eran para ellos como ángeles bajados del cielo, o mejores que ángeles, pues tenían lágrimas a falta de alas».

Tras los primeros años, la generación de las *Santas Mujeres* permanece viva en nuestra Iglesia, y bajo tal aspecto, nuestro siglo no puede envidiar nada a los pasados. Es incalculable el número de las que llevan beneficios al mundo entero, las prodigiosas obras fundadas por la mujer y sostenidas por su celo y su abnegación. Jesús no contento con defenderla contra las injurias de sus discípulos, quiso enaltecerla, recompensarla. Con la autoridad que ponía en sus palabras al afirmar una solemne verdad, Nuestro Señor pronunció esta sentencia:

«En verdad, en verdad os digo que en todo lugar donde fuere predicado este Evangelio en todo el mundo, se contará también lo que ésta ha hecho para memoria de ella[108]»

El Redentor quiso asociar una pecadora a su gloria. El mundo entero escuchara su nombre; hasta el fin de los tiempos, las almas tiernas y delicadas le rendirán culto de admiración en nombre del Salvador, que quiso recibir de ella, en público, el último adiós de la mujer.

¡Oh María, pecadora María! Apenas perdonada por el Señor, ya te es permitido darle pruebas de tu amor. ¡Y cuanto cuidado pone Jesús en manifestarte públicamente el suyo!

[108] Mateo, XXVI, 13.

Claudia Procula

LA MUJER DEFIENDE LA JUSTICIA

Nos hallamos en el más tenebroso momento de la historia del mundo. La Verdad y la Justicia sufren persecución en nombre de la justicia y la verdad. Dios es acusado y condenado por los hombres. El Salvador va a recibir la muerte de manos de los que ha salvado.

Príncipes, sacerdotes, doctores, ancianos, escribas y fariseos acaban de prenderle en la obscuridad de la noche por medio de un ejército armado.

Amarrado como un delincuente, comparece ante ellos. Se reúne un Consejo, y condenan a muerte al Redentor.

¿Pero se confirmará aquella sentencia? ¿Lograrán su ejecución? Pilato[109] interrogará indudablemente por sí propio a Jesús, empleando las formas jurídicas de los magistrados romanos, y si no halla motivo de condenación, podrá reformar la sentencia. Claudia Procula, mujer de Pilato, abogará en favor de Aquel cuyos milagros le han referido, del que arrastra en pos de su persona a la muchedumbre y que «hablaba como jamás habló hombre alguno».

También Pilato conocía la admiración que despertaba Jesús; sabía que contaba con fervientes amigos, aun entre los fariseos ricos e influyentes; sabía sobre todo que el pueblo le amaba y veía en Él «al gran Profeta, al rey de Israel...» ¿Por qué no tratar de libertarle de sus enemigos?

El Sanedrín se reunió de nuevo después del primer interrogatorio, a una hora desusada, en el patio de Gabattha, que era a la manera de una plaza enlosada y servía de vestíbulo al Pretorio[110], Pilato consintió en presidir aquel juicio[111]. Los prodigios que se contaban del Nazareno, su doctrina, la vida que llevaban sus discípulos, los numerosos amigos que le seguían, los odios que despertaba, el encono con que se le perseguía, todo en fin excitaba la curiosidad

---

[109] Poncio Pilato, sexto procurador de la dominación romana, del año 26 al año 37 de Jesucristo, bajo el imperio de Tiberio y Calígula. Filón le describe como orgulloso y rebelde.

[110] Los pretores romanos administraban justicia. Con el nombre de Pretorios se designaba también los palacios habitados por los gobernadores. En tiempo de Pascua, Pilato residía en la fortaleza Antonia, próxima a un soberbio palacio y capaz para resistir las sublevaciones del populacho. Se hallaba situado al noreste del Templo, dominando sus atrios, rodeada de amplios patios, magníficos pórticos y suntuosos baños.

[111] Los magistrados romanos, no entraban en funciones hasta la hora tercia del día, las 9 de la mañana.

del procurador, que deseaba conocer cuanto antes todos los detalles de aquella causa extraordinaria.

Cediendo a los escrúpulos de los acusadores que creían mancillarse entrando en el Pretorio[112], Pilato salió, a fin de hablarles.

¿Qué pedían? La ratificación de la sentencia, la muerte de Jesús.

¿Qué mal había hecho? Sólo formularon acusaciones vagas.

Pilato entró de nuevo en la sala con el prisionero, y tras de interrogarle por segunda vez, tornó a salir diciendo:

«Ningún delito hallo en este hombre».

—«¡Reo es de muerte!» —gritaron todos a una voz.

Pilato, asombrado, no se atrevía a resolver nada, pero habiendo oído decir que Jesús era galileo, pensó que acaso el modo de salvarle fuera enviarle a Herodes, gobernador de Galilea. ¡Esperanza fallida! Herodes, a su vez, devuelve a Jesús. De nuevo el Salvador comparece ante Pilato y de nuevo éste le interroga para repetir ante los que le condenaban: «No he hallado culpa en este hombre de aquellas de que le acusáis. Ni Herodes tampoco[113]».

¡Inútiles esfuerzos de una voluntad débil, de una cobardía que aumentaba las audacias del odio!

La multitud se apiñaba ante el Pretorio; Pilato se dirigió a ella para proponerla que libertase al que los Jueces condenaban: *¿Cuál queréis que os suelte?, ¿a Barrabas o a Jesús que se dice Cristo?* Pronunciadas estas palabras, subió las gradas del tribunal colocado ante el Pretorio, donde estaba la silla curul de los magistrados romanos. El pueblo, enloquecido, pedía la libertad del ladrón, del asesino, y el suplicio del Justo. Entre aquel tumulto, ¡ni una voz, ni un hombre hubo defendiese al Salvador! Los que le debían consuelos, enseñanzas, curaciones, ¡enmudecían! No hubo uno solo que abogara por el Maestro. ¡Ni siquiera Lázaro!...

Pero en aquella hora, llamada por Jesús la del «poder de las tinieblas», una mujer pagana tuvo valor, bastante espíritu de justicia para defender al Señor ante los judíos y los romanos. Comprometiendo los intereses temporales de su marido y los suyos propios, hizo llevar a Pilato unas tablillas donde se leía: *No*

---

[112] Un cuartel turco se alza hoy donde estuvo emplazado el Pretorio, el cual abre sus puertas a los discípulos de Jesús que, en medio de los soldados turcos, acuden a cantar estrofas litúrgicas en el mismo lugar donde resonaron el *Tolle* y el *Crucifige* llenos de odio feroz.

[113] Luc., XXIII, 15.

tengas que ver con ese justo, porque hoy he padecido muchas cosas en sueños por causa de él. Claudia no se limitaba a pensar que Jesús era inocente, no la bastaban sentimentalismos vulgares. Sufría, y sus sufrimientos eran mayores por «un justo» perteneciente a la más despreciable raza, que por su mismo marido cuyos intereses podían peligrar. ¡Sufrir por un justo perseguido, por un extraño! Era esto tan contrario a todas las ideas romanas, que Pilato no podía comprenderlo.

Claudia combatía enérgicamente en favor de la inocencia agobiada por falsas acusaciones, y la defendía junto a su marido. Por naturaleza, es la mujer la consejera del hombre; Dios la ilumina para ello. «Aun las inspiraciones de un cristiano son inferiores a los presentimientos de la mujer. Las mujeres viven más unidas que nosotros con Dios, y el reflejo de su presencia las hiere más prontamente[114]».

Claudia tenía una convicción intuitiva, sus sentimientos se unieron a las deducciones de su marido. Los dos estaban llamados a lanzar el pronunciamiento del mundo romano y pagano sobre la «Cuestión religiosa».

Desde los orígenes de la humanidad, Adán y Eva unidos juzgaron tal cuestión. Del mismo modo, en todos los tiempos la juzgaran uno y otra: la inteligencia del hombre y el corazón de la mujer. Nunca habrá demasiada comunidad de ideas y creencias, nunca bastante unión de voluntades, nunca bastante entusiasmo simultaneo de los dos sexos para hallar la fuerza de cumplir sus deberes.

Según el evangelio apócrifo de Nicodemo, Pilato atendió aquel aviso, reconociendo que podía ser cierto.

Hizo llamar a los judíos y les dijo: «Vosotros sabéis que mi mujer adora a vuestro Dios?» «Sí, lo sabemos[115]». Y añadieron: «Ya te dijimos que ese hombre es brujo, y que todas las cosas le son reveladas en Belcebú, príncipe de los demonios; por eso pudo mandar ese sueño a tu mujer».

---

[114] Luis Veuillot.

[115] En efecto, ese Evangelio dice que Claudia era prosélita de la puerta. Se designaba así a los que, no habiendo recibido la circuncisión, abjuraban de los ídolos para observar las prescripciones conocidas con el nombre de «los siete preceptos de Noé». Se les llamaba prosélitos de la puerta, aludiendo al pasaje del Éxodo, XX, 10: «No hagas en ese día obra alguna, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni el extranjero que está dentro de tus puertas». Por entonces era tan grande el número de nobles damas convertidas en *prosélitas de la puerta*, que el Senado hubo de adoptar severos acuerdos contra tal movimiento religioso.

Como sus semejantes de todos los tiempos, los judíos no pudieron oponer a las razones de Pilato otra cosa que pretextos o calumnias, pero sus hábiles perfidias no alteraban la convicción del juez.

La voz de la conciencia, el mensaje de su esposa, las palabras de Jesús, la majestad que le envolvía aun en medio de los tormentos, su mansedumbre, revelaban que era un ser superior, y Pilato se abismaba en la más angustiosa incertidumbre... Llegó al tribunal decidido a dar libertad a Jesús. Subió las gradas de aquel elevado sitio, donde sólo debía promulgar ordenes de justicia, y allí, por quinta vez, proclamo que era «un justo», pero vencido por el temor de César, por las amenazas de los facciosos, hizo atormentar a Jesús y lo entregó para que fuese crucificado.

¡Desdichado! ¡No atendiste ni la voz de la justicia ni la del amor! ¡Violaste tu conciencia y tus deberes profesionales! ¿Para qué? Para continuar ejerciendo tu cargo durante corto tiempo. Y lo lograste, a cambio de que cielo y tierra recuerden eternamente tu cobardía, haciendo constar que, para salvar al Redentor, Claudia, tu mujer, influyó en vano sobre tu ambición y tu debilidad.

¡Esposas cristianas, unidas a jueces y a jefes de las naciones, imitad a Claudia Procula! Frecuentemente se dictan sentencias, se depositan votos que atañen a la fe, al clero, a la infancia, al honor y la prosperidad de las naciones cristianas[116]. Sepamos cuidarnos de todo eso, comprenderlo, estudiarlo. Sepamos interesarnos por las calamidades públicas, por los infortunios de la Patria, por las injusticias que sufre la Iglesia, por los peligros que constantemente acechan a los fieles. Sepamos iluminar a los nuestros, excitarlos a cumplir sus deberes, a pesar de los gustos y opiniones que prevalezcan, a pesar del disgusto de los poderes públicos... Solo Claudia fue la encargada de mantener en el Pretorio, los derechos de la justicia y de la virtud. Si no pudo evitar que su marido cometiese el mayor de los crímenes, al menos cumplió su deber, haciéndose escuchar.

---

[116] Sobre tan grave asunto, se nos dirigen no menos graves reproches que no podemos ignorar. Un hombre eminente (*) vitupera a las mujeres francesas. por su falta de entusiasmo para luchar contra las iniquidades que se llaman «sistemas laicos», establecidos en hospitales, tribunales y escuelas; porque soportaron con indiferencia, y aun algunas con entusiasmo, el restablecimiento del divorcio; porque no se afiliaron en masa a las sociedades de paz y de arbitraje internacional. Debe añadirse que para merecer tales reproches, no protestaron de los acuerdos contra el descanso dominical, la protección de la infancia, las licencias de la prensa, la multiplicación de las tabernas, etc.
(*) Julio Simón. *La Femme au XXe siècle*.

Pilato tuvo en consideración su advertencia y su ruego, desde el momento que intento convencer a los judíos cuando trataban de arrancarle el infame decreto. Esto demuestra que las palabras de su mujer aumentaban sus temores y remordimientos... Pero Claudia Procula triunfó ante Dios y ante la Historia, que honra a esta gran romana.

Para ejemplo nuestro, quiso Dios que ocurriera el singular episodio del Pretorio, mezclado con el drama de la Pasión. Para nuestro bien, el Espíritu Santo inspiró a los hombres el relato de este hecho.

Aquella intrépida romana, que pertenecía a la familia de Tiberio por parentesco o afinidad, abrazó el cristianismo. Probablemente es aquella Claudia que cita San Pablo en su epístola a Timoteo y a quien el Apóstol saluda como a una amiga. La Iglesia oriental celebra su fiesta el 27 de Octubre con este título:

Santa Procula, mujer de Pilato.



Camino del Calvario
Cuadro de Tiepolo

Las mujeres acompañan a Jesús hasta el Calvario.

¡Hosanna! ¡Salve, hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre de Dios! Tales exclamaciones dirigían a Jesús el pueblo de Jerusalén y los forasteros llegados para celebrar la Pascua. El carpintero de Nazaret hizo su entrada triunfal sobre una alfombra de follaje, de flores y de túnicas.

Cuatro días después, cubierto de llagas y sangre, coronado de espinas, cargado con su cruz, el mismo Triunfador caminaba al suplicio por las mismas calles, rodeado del mismo pueblo que esta vez lanza feroces gritos, diciendo: «*¡Crucifige! ¡Crucifige!*»

Dios y hombre, Salvador y víctima, Jesús quiso recibir de la humanidad tan distintas demostraciones. Así convenía para mejor afirmar su naturaleza divina y para dar cima a la Redención. Hasta entonces quiso sustraerse a los homenajes del pueblo, pero en sus últimos días los aceptó. Había vivido hasta entonces para enseñar a los hombres con su ejemplo. Pero la hora de morir por ellos para expiar sus faltas, se acercaba. La hora de la Redención era llegada.

El siniestro cortejo se formó. El centurión caminaba delante a caballo; seguíale su cohorte, y después marchaban los dos ladrones y Jesús, con los verdugos, los sacerdotes y los ancianos. Una numerosísima masa de gente los rodeaba.

Los malos instintos del pueblo, despertados por las pasiones de los jueces, se muestran con toda su innoble violencia. ¡Populacho espantable, de mirada cruel, aúllas ferozmente, formando con tu brutal cinismo un círculo infernal para rodear a la Víctima Augusta!

Según costumbre romana, los malhechores condenados a muerte debían cargar con su cruz. Cada ajusticiado llevaba su crimen escrito en una tablilla. Jesús hubo de llevar el infamante escrito y el peso de la cruz. Caminaba encorvado, sangrando, devorado por la fiebre y la sed, desfallecido de angustia. Horrible angustia, que únicamente Dios hecho hombre podía soportar. Un momento se detiene y cae; los soldados entonces redoblan sus golpes, el populacho sus gritos de odio.

Cristo esta despedazado, ya no es un hombre.

Un católico ilustre escribía en su juventud: «Si nos hubiera sido dado vivir en el tiempo que Jesús habitó en la tierra, y se nos hubiera permitido verle un solo momento, hubiéramos elegido aquel en que, coronado de espinas, cayó agobiado de cansancio en el camino del Calvario[117]».

Jesús estuvo constantemente rodeado de enemigos en cuanto salió de Getsemaní. Entre tanta injuria, entre tanta mirada de odio, no hubo unos ojos compasivos, ni unos labios que pronunciaran palabras de consuelo.

Los discípulos huyeron, Pedro renegó de Él... Todo para aumentar sus sufrimientos.

Nadie hubo que se atreviera a darle la menor muestra de amor.

Desde la colina de Sión hasta la del Gólgota, había una distancia de dos millas romanas. El cortejo las recorría cruzando las estrechas calles de Jerusalén, para seguir su marcha por la larga vía que conducía a la puerta Judiciaria.

Al doblar una esquina, de cierta casa salió una mujer que se unió a la multitud, imponiendo respeto por su aire digno. Con resuelta autoridad, se abrió paso por entre los soldados y verdugos. Al llegar junto al divino Ajusticiado, desplegando un lienzo blanco, enjugó aquel rostro lívido, cubierto de polvo, de sangre, de sudor. ¡Oh maravilla! Los rasgos adorables de un Dios moribundo se imprimieron por siempre en el lienzo como recuerdo de la gratitud del Señor y de la angustia que experimento en aquel momento de su Pasión.

¡Oh mujer heroica, guarda tu tesoro para que, gracias a ti, la Iglesia entera pueda conservarle[118]!

---

[117] Conde de Montalembert.

[118] Se cree que la mujer que realizo este acto de valor fue Berenice, esposa de Zaqueo, el publicano. Más tarde recibió el nombre de Verónica, vera icon, verdadera imagen. Por el año 37 de la era cristiana, se dice que Berenice llevó a Roma el lienzo de la Santa Faz. La galera donde hizo su viaje, se detuvo en la isla de Zanta, y Berenice aprovechó aquella escala para dar a conocer entre los moradores de la isla a Jesucristo. Considerable número de paganos abrazaron la religión cristiana, y el recuerdo de Berenice perdura aún en Zanta, donde se la considera como el primer Apóstol y se le rinde veneración.
También se cree que por el año 46, después de larga permanencia en Roma, Zaqueo y Berenice recibieron de San Pedro la misión de marchar a la Galia Aquitania. Pero antes de partir, enviaron la santa imagen a Clemente, discípulo y sucesor de Pedro. Una antigua crónica dice así: «Se conserva cuidadosamente en Roma el sacratísimo sudario legado al papa Clemente I por la piadosísima Berenice, llamada Verónica por corrupción, hermana de Salomé, sobrina del gran Herodes, esposa del honorable Amador». Tal es el nombre con que se venera a Zaqueo en Aquitania.
Los Bolandistas confirman estos hechos en su erudito trabajo diciendo: «Verónica llegó de Occidente a Soulac con San Amador. Habiendo obtenido el privilegio de acompañar a San Marcial en sus predicaciones,

Según el *Talmud* la ley prohibía derramar una sola lagrima, ni hacer demostración alguna de piedad por el condenado que caminara al suplicio; más precisamente fue aquel momento el elegido también por otras mujeres, para dar al Salvador de Israel, testimonio de abnegado amor. Seguían sus pasos llorando, como si acompañaran al sepulcro los restos de un padre amado... «*plangebant*, gemían». El profeta Jeremías vio a estas mujeres en el lejano porvenir, cuando dijo lleno de admiración: «¿Con quién te compararé, o a qué cosa te asemejaré, hija de Jerusalén? ¿A quién te igualaré para consolarte, oh virgen, hija de Sión? Porque grande es tu tribulación como la mar. ¿Quién podrá remediarte? Fue el señor como enemigo, destruyó a Israel, destruyó todos sus palacios, disipó sus fortalezas y multiplicó en las hijas de Judea la tristeza y el lamento[119]».

No sólo las privilegiadas eran admitidas en la intimidad de Jesús; «le seguía también una grande multitud de mujeres las cuales lloraban y lamentaban[120]», cumpliendo así los decretos del Señor. *Corred presto, oh vosotras, a quien atrae el sufrimiento, y dad con vuestro llanto bálsamo a su tormento.*

Mujeres de Jerusalén, que manifestasteis vuestra protesta enérgicamente, turbando a los criminales con gritos de indignación y acentos de dolor; cumplisteis en aquel momento supremo una misión necesaria y bellísima, cumplisteis «los eternos designios de Dios». Significabais el alma religiosa de la nación, erais imagen de aquella parte suma de la humanidad que camina siguiendo las huellas del Salvador, sobre la cual reposa su divino espíritu de justicia, de luz y de amor. Al contemplaros rompió Jesús su largo y doloroso silencio para decir:

---

su recuerdo va unido al del Apóstol de Aquitania en los lugares evangelizados por ellos, desde Marsella hasta Soulac donde murió la santa mujer a los ochenta y cuatro años, después de veintitrés de continuada labor apostólica».

La Iglesia conserva con maternal orgullo el culto de la Verónica. Una de las cuatro columnas que sostienen la cúpula de San Pedro, lleva su nombre y encierra el lienzo milagroso. Ante esta columna, una estatua de Bernin, representa la Verónica en el momento de enjugar la faz del Salvador.

La casa de Santa Verónica es la IV estación del Vía Crucis en la vía dolorosa. Durante muchos siglos perteneció a los infieles y se hallaba en lamentable estado de profanación, cuando Mons. Gregorios Yous sef, patriarca de los griegos unidos, consiguió adquirirla a costa de grandes dificultades y considerables sacrificios personales. Desde entonces los peregrinos pueden visitar libremente tan santo lugar cuya restauración ha comenzado. La iglesia está dedicada a la Santa Faz y la cripta a santa Verónica.

[119] Jeremías, *Trenos*, II, 13.

[120] Lucas, XXIII, 27: «Sequebatur autem illum multa turba populi et mulierum quae plangebant et lamentabantur eum».

«No me lloréis a mí. Llorad sobre vosotras mismas y sobre vuestros hijos...»

¡Admirables palabras! Jesús aparta de sí aquellas lágrimas, para que caigan sobre el pueblo que Él vino a salvar y por el que va a morir, en unión de aquellos que aparecen en todas las épocas como los mayores enemigos del bien, de la santa patria, que abusan de la ley y de la autoridad y a los que la nación deja hacer...

Pero todo crimen debe recibir su castigo, y Jesús anunció a los suyos los acontecimientos vengadores que seguirían a su muerte, para que estuviesen prontos a huir de aquella Jerusalén sobre la cual caía el anatema y la condenación del Mesías.

¡Oh bondad de Cristo, que no olvidas a tus elegidos ni aun en medio de los más crueles sufrimientos!

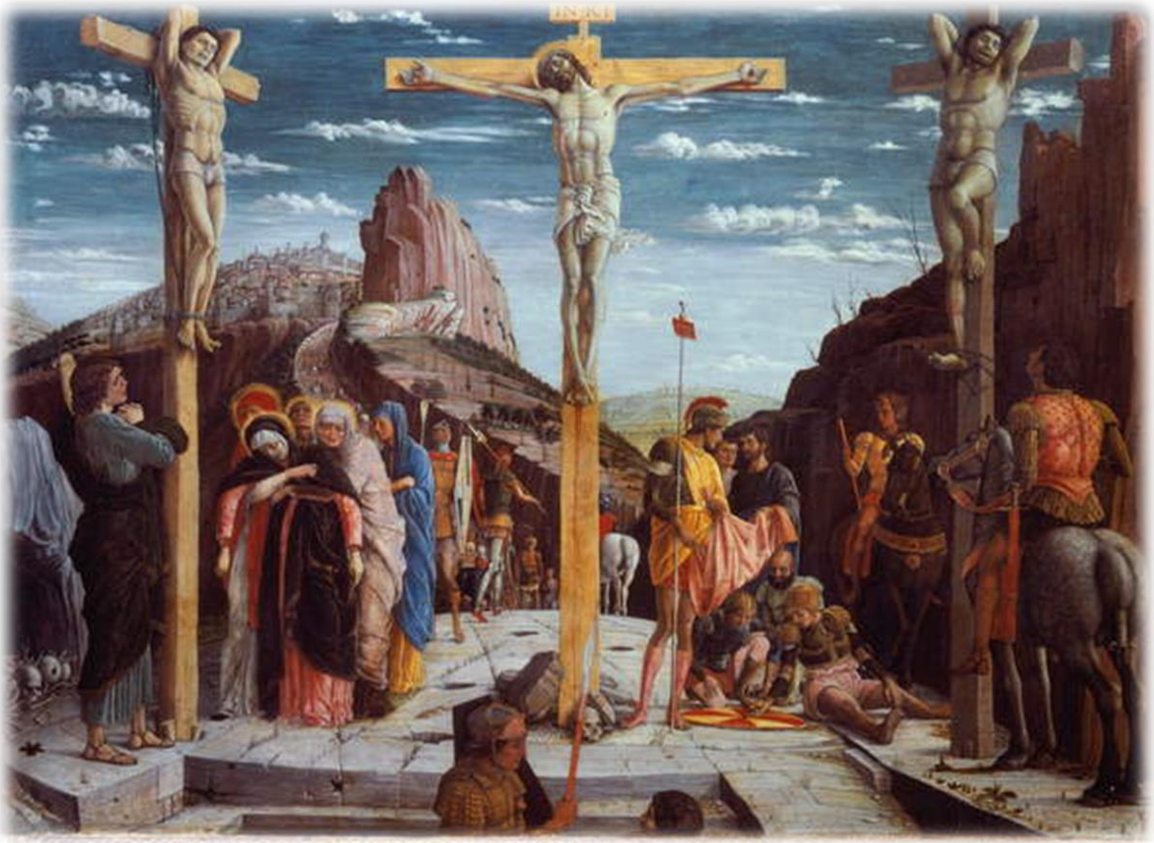
Las mujeres de Jerusalén, viviendo en tiempo que no tenían apenas significación social, nos dan un gran ejemplo. Su conducta ha dejado recuerdo imperecedero, y el Evangelio, aunque concisamente, nos muestra la intervención femenina en los más grandes acontecimientos del mundo.

Para cooperar a los eternos designios del Señor, las mujeres cristianas deben desempeñar un papel público y privado, no menos bello que el de las hijas de Jerusalén, acompañando a Jesús en el camino del Calvario.

Hoy mismo, existen pueblos que, alucinados por sus jefes, crucifican de nuevo al Salvador negando sus beneficios y proscribiendo su doctrina.

Pero también hoy como entonces, un tropel de mujeres acompaña al Redentor en el doloroso camino. Son mujeres creyentes y abnegadas a quien afligen los tormentos soportados por Dios, que sufren por Él y con Él.

Miradlas compasivamente, oh Jesucristo, y enseñadles lo que deben hacer, puesto que representan el alma cristiana, el alma imperecedera de la patria.



El Calvario
Cuadro de Mantegna

Las mujeres en el Gólgota

Nos hallamos en la colina del Gólgota. Tres cruces se alzan allí. Jesús de Nazarét agoniza entre dos malvados, pero sólo a Él se dirigen todas las miradas, la curiosidad o el odio.

El «Hijo del Hombre» está rodeado de verdugos y enemigos en sus últimos momentos. ¡Ay!, ¿sobre quién podrán posarse para descansar, aquellos ojos velados por los desmayos de la muerte?

Mirad, oh Jesús, esas mujeres que se acercan a vuestra cruz. Concededles, como favor postrero, la gracia de fijar sobre ellas vuestros ojos por última vez, porque si los hombres os han crucificado entre blasfemias, las mujeres os adoran y os aman.

Oh mujeres, al veros por vosotras sintió
Que era dulce morir cuando a todos salvó.
Su vida fue fecunda, y así lo comprendió,
Pues de amor en el mundo, un reinado fundó.

Corazones fuertes y generosos, mujeres de viril energía, vuestro Salvador quiso teneros cerca en aquella hora de espantoso tormento.

«En tanto que ningún hombre había allí, tres mujeres, llamadas Marías las tres, acompañaban al Hijo de Dios agonizante, y le sostenían con su compasión.

Eran una virgen, una esposa y una pecadora arrepentida; en una palabra la mujer en todas las condiciones que puede hallarse sobre la tierra. ¿No había en esto un símbolo profético del papel que debía desempeñar en el cristianismo la mujer? En pie junto a la cruz, es decir, segura, inquebrantable, sostenida en la fe, llena de amor y misericordia, asistirá siempre a Jesucristo abandonado frecuentemente por los hombres[121]».

Precisaba, en efecto, que la mujer asistiese al doloroso final de la Redención para protestar contra el crimen de la nación deicida, para reparar la falta de Eva, uniéndose a la expiación del Salvador por un dolor personal. Era

[121] *Meditaciones sobre las siete palabras de Jesucristo*, por el abate Charles Perraud, p. 93-94.

preciso que estuviera allí, para que la Sangre divina la consagrara en la nueva vida a que la llamaban las doctrinas y ejemplo del Señor.

Mujeres, cerca de la cruz reconquistaréis siempre vuestro puesto, ya que allí fuisteis las primeras en recibir el bautismo redentor y en *aprender que para salvar hay que sufrir*.

«Y estaban allí muchas mujeres, entre ellas María Magdalena y María madre de Jacobo y de José, Salomé madre de los hijos de Zebedeo[122]» y, en fin, María madre de Jesús.

¡Una madre presenciar la crucifixión de su hijo! ¡Es esta una madre incomparable, superior a todas, tanto por la exquisitez de su naturaleza, como por su alma delicadísima, por su pureza sobrehumana, su ternura y su belleza ideal!... Es la mujer «llena de gracia», es la madre dolorosa que mitiga las angustias de tantos corazones traspasados por los tormentos.

¡Pobre madre que contempló al divino hijo entregado a los verdugos, que le vio sobre la cruz del suplicio extender sus manos y entregar sus pies; que contempló los clavos crueles, y que para colmo de horrores, escuchó el golpe de los martillos que los hundieron en la carne augusta, las sacudidas de la cruz, al ser fijada en tierra, tierra regada con sangre! Todo esto soportó aquella madre, y aun le restaba presenciar la agonía de la Víctima que duró tres horas. Una agonía que fue vuestra también, Madre amantísima, y a la que asistías muriendo sin poder morir...

Con María Dolorosa estáis vosotras, nobles mujeres, parientes y amigas de Jesús le seguisteis paso a paso por el camino que le hicieron recorrer sus asesinos. Vosotras con la Virgen María pudisteis contemplar el último trazo de la Redención, el dolor que causó la muerte al Redentor.

Caso inaudito era el de aquella madre, que, en pie junto a la cruz, daba prueba de su adhesión al divino sacrificio.

El Evangelio consigna este hecho; «Y estaban junto a la cruz de Jesús, su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena».

Y como vio Jesús a su Madre y al discípulo que Él amaba, que estaba presente, dice a su madre: «Mujer he ahí tu hijo[123]». Después dice al discípulo: «He ahí a tu madre».

---

[122] Mateo, XXVII, 56; Marcos, XV, 40-41.

[123] La palabra mujer en lengua aramea no tiene traducción en las modernas lenguas. Es frase tierna y respetuosa.

Su mirada amorosa y compasiva envolvía a María y a Juan, consagrando en aquella hora solemne el importante cargo que debe desempeñar una madre en los últimos momentos de sus hijos. Jesús mismo dio a su Madre por hijo aquel discípulo preferido, y en él a todos los elegidos.

Para mejor afirmarlo, dijo a Juan: «He ahí a tu madre».

Equivalía a decir: «Ella será también madre de la santa sociedad que nace al pie del Calvario». Era como si dijese: «Mi Madre, al pie de mi cruz, representa a la otra madre que os lego: a mi santa Iglesia, madre de todos los rescatados».

Después de estos legados de amor filial, después de estas palabras, de las últimas miradas dirigidas a María, a Juan, y, en ellos, a sus fieles discípulos y amigos presentes o venideros, el Salvador no habló más que a su Padre. Fue aquel el momento de la suprema conexión entre el cielo y la tierra. Pasaron aún breves instantes y sonó la hora que los siglos adoran, hora que vibra en los eternos consejos, hora de redención, de perdón, de resurrección, hora por siempre bendita; pero al mismo tiempo, hora de escándalo, de tinieblas, de tumultuosos choques, de espanto, hora de deicidio consumado.

«E inclinando la cabeza, entrego su espíritu y expiro».

Todos huyeron sobrecogidos de terror mientras las mujeres permanecieron guardando el cuerpo divino del Crucificado. Representaban allí a la mujer futura que había de guardar dentro de su alma, protegiéndolo contra sus enemigos, al Dios muerto por los judíos.

Llenas de augusta se preguntaban lo que iba a suceder. ¿Permitiría el gobernador que embalsamaran el cuerpo de Jesús contraviniendo las leyes relativas a los condenados? ¿Les concedería la gracia de sepultar al Señor en lugar apropiado? ¿Hasta dónde iba a llegar el odio de los enemigos?

Entonces se acercaron dos soldados que remataron a los ladrones, y, viendo a Jesús ya muerto, uno de ellos «le abrió el costado con una lanza, y luego salió sangre y agua».

¡Oh Madre de Jesús, mujeres que le rodeáis, oh Juan, que pudisteis ver esto, y recibir las últimas gotas de su sangre en testimonio de amor infinito, fuisteis los primeros en adorar la ancha herida abierta por nuestro amor!

«...Esta sangrienta lagrima
De un costado abierto brota, y con su dulce encanto,

A divinos sentimientos abre los corazones[124]».

Vosotras recogisteis esta lágrima, mujeres. Lágrima sangrienta de sacrificio divino, de expiación por los pecados del mundo. Vosotras sabréis convencer a vuestros semejantes, de que es un favor señalado sufrir con Jesús al pie de su cruz; vosotras sabréis decir que el sacrificio es una ley humana, religiosa, social, una fuerza y una gloria.

Por fin, vuestra expectación va a terminar, oh mujeres, «vírgenes de Sión». Jesús va a ser descendido de su cruz. A través de vuestras lágrimas y de las espesas tinieblas, contemplad amorosamente por última vez «al rey de los judíos», siempre hermoso, a pesar de los horrores que le han dado muerte. Mirad aquella cabeza que reposa sobre el pecho ensangrentado con una serenidad que sobrepasa mil veces las múltiples bellezas de los justos moribundos.

Acercaos, mujeres del Calvario, para sostener el augusto despojo, y tú, madre infeliz, llégate a contemplar un momento, por vez postrera, el cuerpo del Hijo amadísimo. Todas vosotras, parientes y amigas, tended los brazos para recibir el precioso tesoro que José de Arimatea hace descender a lo largo de la cruz con infinitas precauciones. Vuestras manos delicadas y temblorosas sostienen el sudario que ha de envolver aquel cuerpo llagado. Todos los siglos os vieron, todos los siglos verán a la Virgen-Madre sosteniendo entre los brazos desfallecidos el cuerpo yerto de aquel Hijo; pero a pesar de todas las tentativas para representar tan sublime escena, el genio del hombre no puede darnos más que un pálido diseño.

Ahora, pobre Madre, es preciso que te separes del cuerpo adorado, para que después de embalsamado le conduzcan al sepulcro. ¡Es preciso que sigas viviendo desde este momento sin Él!

El fúnebre cortejo se encamina hacia el jardín de José de Arimatea, donde está el sepulcro. «Y viniendo también las mujeres que con él habían seguido a Jesús desde Galilea —dice el Evangelio—, vieron el sepulcro y como fue depositado su cuerpo[125]. Ellas supieron llegar al límite de todo, pero hay un momento en que el amor más sincero y desinteresado se estrella contra un imposible. Santas mujeres, a pesar de vuestro desconsuelo, precisa abandonar la sagrada tumba. Emprended solas el camino de Jerusalén, aquel camino tantas

[124] Copeé, *Calvaire*.
[125] Luc., XXIII, 55.

veces recorrido con Él. Estáis consagradas por la unción de Cristo Redentor. El Señor resucitará en vosotras bajo una forma mística, no menos real, ni menos íntima. Y vosotras comunicaréis esta nueva vida a otras mujeres desde el Cenáculo, allá en Jerusalén. Circunstancias providenciales os concederán la elevada vida religiosa y social, a la cual os invita el Salvador.

Su sangre ha dado un bautismo amoroso.
¡Oh mujer, tu grandeza nació aquel hermoso día!



Aparición de Jesús a la Magdalena
Cuadro de Baroccio

María de Magdala ante el sepulcro de Jesús

La colina del Gólgota ha quedado desierta y silenciosa, envuelta en las sombras de la noche; el tropel de curiosos y de pérfidos, los soldados y los verdugos ya no están allí. José de Arimatea y Nicodemo acaban de abandonar el sepulcro para dirigirse cada uno a su casa. Jerusalén duerme tras los horrores de la espantosa jornada en que los judíos han dado suplicio al Mesías.

Sólo dos mujeres permanecen en el Gólgota, dentro del jardín de José, ante el sepulcro del Señor. Absortas en su dolor, no ven que poco a poco la noche extiende el luto de su manto sobre el misterio de la muerte de Dios.

María de Magdala y la otra María están sentadas frente al sepulcro sin poder alejarse de aquel lugar. Pero llega la noche, es preciso retornar a Jerusalén para celebrar el sábado.

¡Las lágrimas y el dolor parecen crecer en las tinieblas!... María Magdalena pasó la noche torturada por el pesar. Llegó por fin el día, día interminable, que sólo amaneció para certificar más los suplicios sufridos por Jesús y la seguridad de haberle perdido por siempre.

«Y como pasó el sábado, María Magdalena y María, madre de Jacobo, y Salomé compraron aromas para embalsamar a Jesús[126]».

¡Volver junto al cuerpo de Jesús, rodearle de cuidados y delicadezas, verle una vez más y permanecer a su lado, era una necesidad para aquellos corazones y un débil consuelo para el amargo dolor que los embargaba!

María, apresura tus pasos porque también los Príncipes de los sacerdotes, y los fariseos se dirigen al sepulcro de su víctima para sellar la piedra y para dejar junto a él una guarda.

El odio y el amor velan siempre junto al Redentor.

La noche llega de nuevo con las mismas angustias y el mismo silencio, y al fin termina. María no espera más. Todavía reinan tinieblas cuando atraviesa Jerusalén, camino del sepulcro.

---

[126] Marcos, XVI, 1

«Y el primer día de la semana, María Magdalena vino de mañana, siendo aún obscuro, al sepulcro, y vio la piedra quitada[127]».

Al llegar y ver que la piedra «muy pesada», puesta la víspera, no estaba en su sitio, un dolor espantoso la trastornó: ¿Habría sido profanado el sepulcro? Espantada, corrió en busca de Pedro y del «otro discípulo al cual Jesús amaba» Sólo pudo decir: «Han llevado al Señor del sepulcro y no sabemos dónde lo han puesto». Al oír estas palabras, salió Pedro con el otro discípulo y siguieron a María hasta el sepulcro. Juntos se inclinaron a mirar y vieron los lienzos en tierra, el sudario aparte y la tumba vacía. «Vieron»; luego se alejaron. Sí, aquellos hombres, aquellos apóstoles, el futuro jefe de la Iglesia, y Juan, el discípulo amado y amante, no supieron hacer cosa mejor... Pero María no podía imitarlos. Faltaba de allí el cuerpo amado; ¿dónde estaba? No tenía más pensamiento que hallarle. Su angustia crecía viéndose abandonada por los que podían ayudarle en tales momentos. Sola en medio de las tinieblas, llena de dolor, ¿qué podía hacer para buscar el cuerpo adorado de su Salvador?

Tal es el alma solitaria que, después de conocer a Dios y de gustar la dicha de su presencia, se ve privada de ella. Sufrirá sin que la atiendan cielo ni tierra.

«Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro».

Desear a Dios, llamarle con todas las energías de la voluntad, es acercarse a Él... Aquella que supo honrar al Salvador entre los fariseos sin reparar en el desprecio de la falsa virtud; la que en el Calvario supo acompañarle a pesar del odio de los jueces y el abandono de los discípulos; la que en el momento de su muerte, ante el abandono aparente del cielo, permaneció junto a Él; la que retornó al sepulcro mañana y noche; la que prosiguió allí, aun después de haber partido Pedro; la que tanto amó y tanto perdió, aquella abandonada que llora, María Magdalena, en fin, será la primera en volver a contemplar a Jesús, antes las otras mujeres, antes que los Apóstoles.

Sin embargo, Dios no le concede este favor súbitamente, sino poco a poco en lenta graduación.

«Y estando llorando, se abajó y miró al sepulcro; y vio dos ángeles vestidos de blanco, que estaban sentados el uno a la cabecera y el otro a los pies donde Jesús había sido puesto, y le dijeron: Mujer ¿por qué lloras?».

---

[127] Juan, XX, 1.

¡Almas cristianas que lloráis, recordad este hecho y no desesperéis! Vuestro ángel os ha de socorrer. Sugiriendo en vuestro espíritu pensamientos consoladores, hará que lleguen acontecimientos inesperados y encaminará hacia vosotros algún humano socorro. María empezó a experimentar ligero alivio en su pena, era como si lentamente la desposeyesen de su luto. Los ángeles guardianes del Salvador la interrogaban; ¿acaso no era ya fácil saber algo de su Dios desaparecido? Sin embargo, María no se daba cuenta exacta de quiénes eran los que la interrogaban, no veía claramente la celeste existencia que la indicaba que había llegado el día del triunfo de Jesús sobre la muerte. Del mismo modo, nuestra alma no advierte los socorros que recibe en sus sufrimientos. No cabía duda que eran ángeles los que María veía. El huerto estaba solitario.

De improviso, un ligero ruido le obliga a mirar en torno suyo. Tal vez el hortelano se acerca. «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?» —la pregunta. Bien sabía el Señor lo que buscaba la antigua pecadora, pero para ejemplo nuestro quiso que ella lo repitiera, a fin de que a nosotros llegara su amor y sus lamentos.

Rápidamente contesto a la pregunta: «Señor, si tú lo has llevado de aquí, dime en donde lo has puesto; y yo lo llevaré». En aquel momento las sombras se desvanecieron y Jesús se le apareció en persona.

Era Él mismo; ya no se ocultaba. «¡María!» —le dijo:

«¡Maestro!» —exclamó ella cayendo a sus plantas.

Bastó una palabra de cada uno para conocerse y comprenderse; nada más. Cuando, precedida por gracias sobre las que no cabe equivocación, se deja oír la palabra de Dios, a ninguna parecida, el alma no puede ya dudar.

¡Oh Verbo divino, habla a nuestra alma angustiada para que corra hacia ti, único Centro de vida!

¡Verbo de Dios, no te limites a prestarnos ayuda por medio de tus ángeles y sus inspiraciones, por tus sacerdotes y sus palabras, por tus sacramentos y su progresiva acción, por los acontecimientos dispuestos lentamente por tu Providencia, háblanos tú mismo sin intermediarios! ¡Dinos una sola palabra, y nuestros dolores serán consolados!

«Mas habiendo resucitado por la mañana el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había lanzado siete demonios[128]», a María, que, después de esto, le amaba más que ninguna otra.

Era ella la personificación de las almas que sufren la ausencia de Dios tras haberle conocido y amado. También representa María a los que buscan a Dios sin conocerle y ansían una verdad religiosa... ¡Qué busquen!, ¡qué supliquen! Tarde o temprano hallarán el ángel o los consejeros, o los acontecimientos decisivos, y Dios acabará de mostrarse a sí mismo ante sus ojos inquietos o afligidos.

María se precipito hacia Jesús. «No me toques —le dijo—, porque aún no he subido a mi Padre».

Prohibición sorprendente que parece contradecir las relaciones precedentes del Salvador con María y el favor privilegiado de aquella aparición. Prohibición opuesta a la costumbre oriental de besar los pies y las rodillas en testimonio de profundo respeto.

«Hay, pues, un momento en que Dios da a besar sus manos y sus pies, y otro momento en que los retira. Hay un momento en que no es lícito besar los pies transfigurados del Salvador, porque tal dicha sería un perjuicio, un obstáculo para la perfección del amor. Hay un momento, ¿me atreveré a decirlo?, en que tal gracia trastornaría el corazón con exceso de felicidad. ¡Oh Magdalena, no me toques! Ya no estamos en el primer momento en que necesitabas besar mis pies para comprender que me amabas; ni hemos llegado tampoco al momento de los abrazos eternos. Deja estas satisfacciones sensibles para los que dudan aún como Tomás que no cree todavía... Tú, que crees porque amas, elévate más. Vive despojada de deseos; que tu alma crezca esperando. No es lejano el día en que subiré a mi Padre, en que también subirás tú; y entonces corresponderé a tus deseos con un amor que tu corazón transfigurado empieza a comprender[129]».

Por el momento, es preciso trabajar ayudando a la fundación de la Iglesia, es preciso tomar parte en la labor de los Apóstoles que continúan *mi obra*.

Por tanto «ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios[130]».

---

[128] Marc., XVI, 9

[129] Mons. Bougaud, *El Cristianismo y los tiempos presentes*.

[130] Marc., XVI; Juan, XX, 17.

Tal es el deber de vuestros amigos, Salvador nuestro. Después de hallarte en medio de tantas angustias, deben separarse de tu lado para trabajar en tu servicio infatigablemente... Tal es tu voluntad.

A pesar de los crímenes del mundo, te place afirmar siempre tu parentesco con la humana familia. A pesar de tu transfiguración, te agrada decirnos que, por tu adopción divina, todos los hombres están llamados a ser hermanos tuyos; *hijos de Dios*.

«Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios».

Tal es la última palabra de vuestra divina prodigalidad y de nuestra suprema elevación.

¡Y Jesús dirige estas enseñanzas a la antigua pecadora, *a una mujer*!

¡María es la encargada de notificar a los discípulos la gloriosa resurrección y de confirmar la divina adopción!

Vibrante de divinidad, corre María para decir a los discípulos afligidos:

«He visto al Maestro, y he aquí lo que me ha dicho. Y ellos tuvieron por desvarío estas sus palabras y no las creyeron[131]».

Todo en ella afirmaba sus palabras; el ardiente afán con que trataba de persuadirles, sus transportes de alegría y, sobre todo, la repetición de aquellas palabras que sólo podían salir del corazón que tantas pruebas de amor les diera. ¡Vanos testimonios! Su incredulidad obstinada se resistió todavía. ¿Quién sabe? —pensaron los discípulos. ¿Sigue siendo María a sus ojos una pecadora? ¡Eran incapaces de comprender el heroísmo de la Santa y el perdón del Salvador! ¡Todavía eran almas vulgares, seres cobardes!

¡No importa! María ha cumplido su misión; ella ha *visto* y *oído* al Maestro.

Si alguna vez tratamos de convertir a otros comunicándoles el amor hacia Cristo, no nos dejemos sorprender por la tibieza y la indiferencia, no nos extrañemos de los desdenes y las hostilidades. Seguros de poseer la doctrina verdadera, felices por haber escuchado al Verbo divino, dejemos hacer al tiempo. Dejemos hacer a Dios y recordemos los desprecios, las murmuraciones, las desconfianzas que soportó María de Magdala después de su conversión; recordemos las dudas que entristecieron su alma al regresar al sepulcro y aceptemos gustosos una suerte igual a la suya. *En verdad, el Evangelio*

[131] Luc., XXIV, 11

anunciará a todo el universo lo que hizo María en casa de Simón primero y más tarde en el sepulcro de Jesús, para honrarle a costa de la humillación que debió sufrir. Lo que suframos para honrar al Salvador dentro de las iglesias, para darle a conocer a nuestros hermanos, para defenderle ante el mundo, para cumplir sus mandatos; cuantos desprecios, acusaciones o desconfianzas suframos por su amor, todo, en verdad, será publicado en el cielo por toda la eternidad.

Así, sobre el Calvario y hasta sobre la tumba,
Asistiréis solícitas al justo que sucumba.
Mujeres, almas grandes por el vulgo oprimidas,
Los proscriptos, los tristes, son los que más amáis;
El Dios que fue azotado por populacho injusto,
Tendrá vuestra fe siempre, y siempre vuestro culto[132].

---

[132] De la Prade, *Le Calvaire*.



Aparición de Jesús a las tres Marías
Cuadro de Laurent de la Hyro

María de Magdala, María de Cleofás, Salomé, Juana de Chusa y algunas otras mujeres de Galilea ante el sepulcro de Jesús.

No creyeron María de Magdala y aquellas otras mujeres, amigas y compañeras, que Jesús pudiese resucitar; habían visto su frente inclinada, sus ojos apagados, su cuerpo yerto; le habían visto envuelto en el sudario... Una gran tristeza se había apoderado de ellas. Aquel que amaban ya no existía.

Tú misma, María de Magdala, que parecías más íntimamente iniciada en los acontecimientos de la muerte de Jesús, después de la simbólica unción, no comprendes o no recuerdas las palabras del Maestro. Sus enemigos no las olvidan. Más previsores y más advertidos que vosotras sobre este punto, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos van a Pilato para decirle: «Señor, nos acordamos que dijo aquel impostor cuando todavía estaba en vida: Después de tres días resucitaré[133]».

¡Oh Jesús!, los vencedores os temen aún, después de haberos destrozado, triturado, crucificado, y no están tranquilos ni satisfechos: «Manda, pues, que se guarde el sepulcro hasta el tercero día, no sea que vengan sus discípulos y lo hurten y digan a la plebe: Resucitó de entre los muertos».

Tal terror será en adelante el patrimonio tradicional de los enemigos del Salvador. Los modernos perseguidores se espantan al ver la imagen del Crucificado y la ocultan a las miradas de los niños en las escuelas, de los que prestan juramento en los tribunales, de los que promulgan leyes de justicia, de los que mueren en los hospitales, sin el consuelo de poder besar la imagen del Salvador.

¡Divino Crucificado! Desciende de esos muros en que te colocó la fe de nuestros padres. No siempre es turbadora tu mirada como en tiempo de Pilato.

Aunque las mujeres olvidaron las promesas de resurrección, no por eso descuidaron los restos de la soberana Víctima, aquel cuerpo yerto y lleno de

[133] Mateo, XXVII, 63, 64.

heridas. Mientras María de Magdala permaneció en el huerto de José de Arimatea después de la sepultura, apresurárnosle las otras mujeres a marchar para comprar en Jerusalén perfumes, antes que empezase el día del sábado, a fin de envolver en ellos el cuerpo de Jesús. No tenían más que un pensamiento: embalsamar el cuerpo de Jesús. Podían hacerlo fácilmente, ya que estos cuidados religiosos estaban encomendados a las mujeres, y el uso autorizaba las visitas fúnebres y las lamentaciones ante los sepulcros.

Mas era necesario proceder rápidamente. El sol se ocultaba en el horizonte, comenzaban a lucir las estrellas en el firmamento, se acercaba la hora en que las familias, reunidas ante las mesas iluminadas por antorchas, comenzarían la cena del cordero pascual. Nadie sabía qué acababa de perder su carácter figurativo y de ser reemplazado el cordero pascual por el Cordero de Dios, inmolado aquel mismo día sobre el Calvario.

Las amigas de Jesús pasaron aquellas horas recluidas, silenciosas, inquietas por crueles temores. Aquella noche les pareció interminable, pero más largo aún fue el día de Pascua, con su pompa, sus sacrificios, sus cánticos sagrados. Aquellos cultos de Israel añadían tristeza al dolor de las santas mujeres; aquellas ceremonias legales aumentaban su angustia y su impaciencia por regresar junto a la tumba de Aquel que había sido arrebatado a su amor.

Termino, por fin, el sábado. María de Cleofás y Salomé fueron a su vez a proveerse de perfumes y a disponerlo todo para reunirse con sus compañeras al día siguiente y comenzar muy de mañana el embalsamamiento. Ninguna de ellas pensaba en otra cosa.

Pero mientras las mujeres se ocupaban con tanto celo y tanto cuidado en honrar la memoria del que ya no existía, ¿qué hacían los discípulos? Unos, como Tomás, huyeron de Jerusalén, otros se ocultaron en los alrededores, o se encerraron en el Cenáculo, por temor a los judíos; todos permanecieron inactivos, aterrados. ¡Qué diferencia entre ellos y las amigas de Jesús!

¡Y cuánto va a acentuarse todavía esta diferencia! Muy de mañana, las mujeres se dirigieron en grupos hacia el sepulcro. Las primeras salieron antes de amanecer. Pronto rodearían el cuerpo inanimado de Jesús, ellas que le ayudaron a vivir con sus asiduos cuidados y que después de muerto seguían amándole: Pero «¿quién nos revolverá la piedra de la puerta del sepulcro?»...—se preguntaban una a otra mientras llegaban—. Era una piedra pesadísima, tallada para ser adaptada a la abertura de la estancia sepulcral, redondeada en

su base para incrustarse en el hueco abierto en tierra, a fin de recibirla. Se acercan y ¡oh sorpresa!, ¡oh terror! La piedra estaba derribada; dentro del sepulcro, no estaba el cuerpo de Jesús; en su lugar había dos varones con vestiduras resplandecientes. El terror de las mujeres llegó al colmo.

«No tengáis miedo vosotras —les dijeron—, porque sabemos que buscáis a Jesús el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como dijo. Venid y ved el lugar donde había sido puesto el Señor[134]».

Eran ángeles los que las tranquilizaban, las consolaban y sobre todo las instruían: «Venid y ved el lugar donde le pusieron»; es decir, vedlo vosotras mismas para que no os quepa duda sobre la resurrección del Salvador, que es el fundamento de la Fe.

La religión de Jesús, antes que nada, exige un convencimiento personal y profundo, una libre adhesión. En el día de la resurrección, más que en ningún otro, la mujer fue llamada a convencerse, por sus propios ojos, de la verdad. Ella fue la primera como si nada hubiera más importante. Verdaderamente, nada lo es más para la Iglesia, en cuyo sostén hábil y generoso se ha convertido. Aleccionada por los ángeles, de ellos recibió el más glorioso mensaje: «Mas id y decid a sus discípulos y a Pedro que ha resucitado de entre los muertos».

Tal apostolado fue, en aquel día, la recompensa de la mujer por su celo en servir a Jesús mientras vivió y su fidelidad en guardar la divina memoria después de su lamentable muerte.

«Id y decid a sus discípulos y a Pedro que ha resucitado».

¿Acaso no era esto la indicación precisa de la íntima unión que debe existir entre los fieles y los sacerdotes por la difusión del Evangelio y la de aquella dualidad jerárquica y armónica que debe haber en el seno del apostolado cristiano? Dentro de la Iglesia todos deben hablar de Dios y trabajar en la obra de Dios; los fieles y los pastores. Los primeros, ayudándose unos a otros, imitando a sus jefes en una justa medida, llegando en ocasiones a tomar la iniciativa de los *Santos* para *ayudar*, *enseñar* y *excitar* a los que tienen autoridad pastoral, imitando de este modo a las piadosas mujeres que por orden del Señor enseñaron a los Apóstoles, advirtiéndoles de como el cuerpo de Jesús no estaba en el sepulcro, *excitaron* a Pedro y a Juan para que fueran a cerciorarse, y, por *encargo* de los ángeles y del mismo Jesús resucitado, no solamente anunciaron

[134] Mateo, XXVIII, 5, 6; Luc., XXIV, 1, 15; Marc., XVI, 6, 7.

la gloriosa resurrección, comunicándoles que en Galilea le verían[135], sino que les transmitieron palabras sublimes[136].

Dios ha confiado el cuidado del prójimo a cada uno de nosotros, nos dice la Sagrada Escritura. Cada uno debe emplear en favor de los demás parte de su actividad personal. «No tenemos derecho a pensar sólo en nosotros, a ocuparnos únicamente en nuestro bien, en nuestra salvación imaginando que esta salvación no está relacionada con la del prójimo y con su bien». Sin la ayuda *subordinada* de todos, el ministerio pastoral reclutaría menos almas. Es preciso que sea animado y como lanzado a grandes empresas por el celo de los fieles[137]. ¡A qué extremo de debilidad no llegó la Iglesia de Francia cuando el pueblo cristiano, sin obras exteriores, se limitó a seguir el camino rutinario! ¡Y cuanta vitalidad recuperó cuando las nobles concepciones, el desinterés de las obras laicas, ayudaron y aguijonearon el celo del sacerdocio!

El *Espíritu* que anima el cuerpo de la Iglesia, sugiere a quien le place, a los fieles como a los prelados, nuevas concepciones, que el sacerdocio debe sancionar rechazándolas o asimilándolas al cuerpo de la Iglesia, pero sobre las cuales no tiene necesariamente monopolio de origen. La fe no puede estar encerrada en las almas ni la caridad debe supeditarse a un sentimiento único; la fe es para propagarse y la caridad para obrar. *Aquel que no es más que para sí mismo, no es nada*. El llamado individualismo cristiano, no es en definitiva sino un fermento destructor del verdadero fermento cristiano, que tiene por misión la comunicación de los propios bienes, los del cuerpo y los del alma, de una manera progresiva, sin más límites que los que le impongan las leyes esenciales de la constitución de la Iglesia.

Por consiguiente, cada uno de nosotros debe ser un apóstol, no en verbosidad y sentimentalismo, sino en realidad, guardando atenciones a los demás con las palabras, con los buenos ejemplos, sobre todo, con las buenas

---

[135] Marc., XVII, 7.

[136] «Jesús dice a María de Magdala: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre. Mas ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios. Vino María Magdalena, dando las nuevas a los discípulos: Que he visto al Señor y esto me ha dicho». Juan, XX, 17-18.

[137] Ozanam, Montalembert, Windthorst, García Moreno; las fundadoras de la Propagación de la Fe, de la Obra Apostólica, de las Hermanitas y de las de la Asunción; de las de Betania, de las *Partants*, en favor de los Misioneros, y esas Oblatas de San Francisco de Sales, reclutadas entre las clases elevadas, que se consagran especialmente a las obras populares, hasta el punto de reducir los ejercicios religiosos para entregarse por completo al servicio de la infancia y de la juventud. Estas últimas religiosas tenían ocho casas en la ciudad de Troyes, y en cada una de ellas, talleres para todos los trabajos,

acciones, con una constante participación en las instituciones privadas o sociales que se ocupan en repartir equitativamente los bienes terrenales. De esta manera debe el hombre anunciar a sus hermanos que Dios ha resucitado, que el Redentor del cuerpo y del alma está con nosotros para darnos la vida terrenal y la vida celeste.

Nada debe asustarnos, ni el descontento de los rutinarios, ni la pereza, ni el odio de los impíos. Las santas mujeres supieron elevarse sobre las burlas de los seres vulgares, sobre la sentencia de los jueces, sobre el escándalo de los celadores, sobre los anatemas de la sinagoga, para permanecer fieles al Maestro muerto, y a la misión que recibieron junto a su tumba.

Temerosas aún, pero llenas de gozo, corrieron en busca de los discípulos, y Jesús salió a su encuentro diciéndoles: «Salve». Ellas entonces llegaron, abrazaron sus pies y le adoraron. Jesús les dice: «No temáis, id, avisad a mis hermanos para que vayan a Galilea, que allí me verán[138]».

La obra piadosa que se disponían a realizar, mereció a las mujeres el anuncio de la resurrección, y su apresuramiento en publicarla, tuvo por premio la aparición de Jesús resucitado. Sirviendo a Dios, aumenta nuestra fe en Él, nuestra caridad se desenvuelve y los menos fervientes, los más perezosos terminan por comprender sus deberes de Apóstoles.

«Haced el bien y seréis iluminados». —dijo el Salvador. Estas memorables palabras se verifican plenamente en la tierra.

Mujeres convencidas por la evidencia, marchad y anunciad la resurrección de Jesús; *Apóstoles de los Apóstoles, enseñadles este gran acontecimiento, de que se origina la Religión*; decidles que continúan siendo amigos y hermanos del Salvador, Y que tienen el deber de anunciar a los hombres que todos somos hermanos y todos debemos formar una sola Iglesia.

¿Aun los llamas hermanos, Señor?... ¿Es capaz tu pasión de amor de hacerte olvidar tu pasión de dolor y todos los tormentos que te han infligido los hombres? Nada te importan ya, pues eres miembro de la humana familia. Apóstoles dices, ¡y los favorecidos por vuestro amor te abandonaron! Tampoco esto te importa; siempre continúan siendo tus *hermanos*.

Encomiendas *a tus hermanas* que repitan tus sublimes palabras «Id, avisad a mis hermanos». ¡Qué palabras estas, pronunciadas en el momento de

---

[138] Mateo, XXVIII, 9, 10.

tu resurrección, ¡oh Jesús!, cuando tu ser glorificado pertenece por entero al Cielo! ¿Así confirmas que eres siempre nuestro *hermano*, Dios de mansedumbre y de perdón? Los hombres del día hacen armas contra ti de esa fraternidad que nadie conocía y que tú trajiste al mundo; y, sin embargo, ¿qué palabra de las que salieron de tu Corazón es más tierna?, ¿cuál contiene más títulos a nuestro amor? ¡Oh Jesús, divino hermano, aparece de nuevo ante el mundo que te desconoce! ¡Sólo tú puedes salvarle! ¡Sólo tú puedes librarle de las falsas fraternidades que le engañan! Aparece de nuevo a tus amigos, a tus discípulos, a fin de que te conozcan mejor, a fin de persuadirlos de que, aun después de haberte afligido, de haberte abandonado, de haber renegado momentáneamente de ti, no deben temerte, sino volver a tu amor,

El Salvador desapareció, y las santas mujeres se apresuraron a buscar a los discípulos. ¡Cuánta dicha iban a experimentar! ¡Seguros de la resurrección, no tendrían más que un impulso: el de lanzarse en busca del Maestro triunfante y glorioso, para adorarle!...

«Y volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás. Y eran María Magdalena, y Juana, María madre de Santiago y las otras sus compañeras. Mas a ellos les parecían como locura las palabras de ellas, y no las creyeron[139]».

¡Oh sorpresa! ¡Oh dolor! Una sonrisa de incredulidad, de burla, palabras mortificantes: tal fue el resultado aparente de aquel mensaje, que con tanta rapidez fue llevado a los Apóstoles, para darles conocimiento, *en nombre del Salvador*, de su resurrección gloriosa.

¡Mujeres cristianas, en muchas circunstancias nos ocurrirá lo mismo! Muchas veces nuestra abnegación se estrellará contra la frialdad, nuestra fe no obtendrá cosa mejor que sarcasmos. Pero esto no puede sorprendernos, al recordar que las santas mujeres sufrieron lo mismo por parte de los discípulos, en el día de la resurrección. En esta circunstancia memorable, se muestra el hombre a nuestros ojos tal como es generalmente, un *enemigo de sí mismo. Creer le colmaría de júbilo, pero se obstina en no creer*.

No obstante esto, nosotras, las mujeres, debemos esperar. Pronto los discípulos se dirigen al sepulcro; pronto Jesús va a manifestarse a su incredulidad para vencerla. No hagamos más que pronunciar el nombre del

[139] Luc., XXIV, 9, 10, 11.

Salvador para impedir que sea olvidado, y habremos hecho una obra meritísima. La mano siembra, pero Dios hace germinar. Si nuestro trabajo es penoso, si aparentemente es infructuoso, no desesperemos a imitación de las santas mujeres. Continuemos lanzando a los cuatro vientos, dentro de la familia, y más lejos todavía, en las almas de nuestros hermanos estas palabras eminentemente salvadoras. «¡Cristo ha resucitado!»



Las mujeres en el Cenáculo
(De una vidriera de la catedral de Colonia)

Las mujeres en el Cenáculo, y su misión

El mundo posee ya los tesoros infinitos del gran sacrificio, pero precisa repartirlos entre los hombres. Ya esa labor no corresponde a Dios, sino a nosotros. Es preciso que las verdades sembradas por Jesús y regadas con su sangre, se esparzan por todos los pueblos, para que fructifiquen.

Por eso, después de la Ascensión, volvieron los Apóstoles a Jerusalén y se reunieron en el sitio de costumbre[140].

El Cenáculo estaba situado sobre el monte de Sión, cerca de las ruinas del palacio de David y de los sepulcros de los reyes, en una propiedad de José de Arimatea. Jesús lo había consagrado con la institución de la santa Eucaristía, y con su presencia después de resucitado. En este lugar se reunían los discípulos sumidos en la tristeza de sus recuerdos[141].

Allí fue donde el Maestro los ilumino totalmente, haciéndoles comprender lo vano de aquella ilusión humana sobre un Mesías guerrero y libertador de la patria.

«Y comiendo juntos, les mandó que no se fuesen de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre que oísteis, dijo, de mí. Porque Juan a la verdad

---

[140] *Hechos de los Apóstoles*, 1, 13.

[141] Un minarete indica hoy al viajero el sitio que ocupó el Cenáculo. «Tal mansión, a la que iban unidos tantos recuerdos, pronto se convirtió en lugar sagrado, donde los Apóstoles acostumbraban a reunirse con los primeros fieles para celebrar los divinos misterios. Como tenía planta baja y un piso superior, al ser convertida en iglesia se conservó religiosamente su primitiva disposición. San Epifanio nos dice que aquella iglesia, madre de todas las iglesias, según expresión de los documentos de la Edad Media y de los historiadores de las Cruzadas, existía en tiempo de Adriano, habiéndose librado de ser destruida por los romanos. Era entonces muy pequeña, y Constantino, al reconstruirla, aumento su emplazamiento. San Cirilo, al mencionarla, alude a sus dos pisos diciendo que el Espíritu Santo descendió en Jerusalén sobre los discípulos, reunidos en la iglesia superior de los Apóstoles». Víctor Guerín, *La Terre Sainte*, pags. 81 y 82.
De todos los Santos Lugares, el Cenáculo fue el más profanado y también el más amado y venerado por los fieles, de cuyo poder lo arrebataron distintas veces los musulmanes valiéndose de fuerzas brutales. Ellos son sus dueños hoy, desde el siglo XVI, después de haber arrojado a los Franciscanos, constituidos por Roberto d'Anjou en guardianes y propietarios del Cenáculo, comprado por él al Sultán a peso de oro... Un siglo antes, los musulmanes arrojaron también a los hijos de Francisco de Asís, que fue en persona a establecerlos sobre el monte Sión como guardianes del Cenáculo...
En la actualidad, los discípulos y amigos de Jesús se han limitado a levantar una tienda en el cementerio musulmán, a la sombra de los sagrados muros, donde celebran el Santo Sacrificio.
Está permitido visitar la sala alta del Cenáculo donde Jesús instituyo la Eucaristía, pero se prohíbe rezar en alta voz dentro de ella, y prohibido está también penetrar en la sala baja que probablemente fue donde el Salvador lavó los pies a sus discípulos... ¡Para colmo de insulto y de dolor, los hijos de Mahoma han establecido allí un harén!...

bautizo en agua, más vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de pocos días[142]».

Por lo tanto, «sabían que el Señor se les manifestaría pronto, y en esta confianza se abandonaban a él. Idénticos eran los sentimientos de las santas mujeres, tan amorosas en el sepulcro y en la resurrección. Los Apóstoles les habían conservado en medio de ellos el puesto que ocuparon mientras vivió el Salvador, sin fingir que vivían aparte de ellas, como lo hacían los judíos en el Templo y en la Sinagoga. Oraban con ellas y con «María Madre de Jesús». La oración de la Virgen fue para nosotros, y seguirá siéndolo, una ayuda maternal, un perfume de amor, que, al penetrar en los corazones, los prepara para recibir al Espíritu divino[143]».

«Todos perseveraban unánimes en oración, con las mujeres y con María la madre de Jesús. Y al cumplirse los días de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar, cuando, de repente, sobrevino del cielo un estruendo como de viento impetuoso que soplaba y llenó toda la casa donde estaban sentados. Al mismo tiempo, vieron aparecer unas como lenguas de fuego que se repartieron y sentaron sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos de Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en diversas lenguas, que el Espíritu Santo ponía en su boca[144]».

«Fueron todos llenos del Espíritu Santo». Con ellos estaban las mujeres. La tradición nos dice que aquella plenitud de Espíritu descendió primero sobre la Madre de Jesús, y desde ella se repartió entre los presentes, convertida en lenguas de fuego. Esta tradición representa a la Madre divina rodeada de los Apóstoles, los cuales son la fuerza de la Iglesia, y ella la reina y el alma.

¡Oh Virgen de los Profetas, mujer llena de gracia, acompañada por otras mujeres, llamadas a seguir al Señor! Tu presencia fue necesaria en aquella asamblea augusta para consumar la unión de los fieles en la unidad del Espíritu para hacer ostentación de las verdades y de las gracias libertadoras sobre la humanidad entera. Allí ocupaste un lugar como prototipo de pureza y hermosura moral, como introductora de tu sexo en la nueva era de libertad y de apostolado.

La admisión de las mujeres en aquella reunión, representa el cambio total de las costumbres, el fin de un mundo viejo. Una sociedad nueva nació aquel

---

[142] *Hechos de los Apóstoles*, 1, 4, 5.

[143] *Les Origines de l' Eglise et Vie de Saint Pierre*, por el abate Fouard, pág. 7.

[144] *Los Hechos de los Apóstoles* 1, 14; II, 1, 2, 3, 4.

día, y en ella la mujer tiene un sitio digno de su alma santificada. Definitivamente fue consagrada entonces aquella mujer curada, instruida, perdonada, consolada, iluminada por Jesús; vedla exterior y definitivamente consagrada, destinada a la santificación de la Tierra y a la visión de los cielos; vedla llamada también a establecer el reino de la verdad.

Ya lo había predicho el profeta Joel: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros viejos soñarán sueños, y vuestros mancebos verán visiones, y aun también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días».

Es decir: Daré a mis siervas y a mis hijas inteligencia para comprender la palabra de Dios, a fin de que puedan practicarla y enseñarla del mismo modo que mis siervos y mis hijos. Así, al valor personal y a la importancia de la mujer en la familia, se añade su importancia en la sociedad; así, no solamente debe recobrar, por la doctrina de Jesús, todos los derechos de la personalidad y de la dignidad humanas, sino que queda además asociada a la obra de la redención.

«Os encomiendo a Febe, nuestra hermana, la cual está al servicio de la iglesia de Cencrea —escribe San Pablo a los Romanos—. Que la recibáis en el Señor, como deben los santos, y la ayudéis en cualquiera cosa que os hubiere menester: porque ella ha asistido a muchos, y a mí en particular»; y termina el Apóstol saludando a sus amadas hermanas y hermanos, Priscila, María, Persida y tantas otras que cooperaron en su apostolado[145].

Igual que en Palestina, en tiempo de Jesús, las mujeres fueron en Roma auxiliares valiosísimas de los Apóstoles, Y Apóstoles ellas mismas, llamadas *diaconisas*, para desempeñar ciertas funciones cerca de las mujeres, particularmente en la administración del bautismo. A ellas, por lo tanto, se deben en gran parte los rápidos progresos de la fe.

Las primeras cristianas de Roma pertenecían a las clases humildes, pero no tardaron en unirse a ellas numerosas patricias. Desde sus orígenes, el cristianismo abarca todas las clases y todas las personas, sin excluir las más inteligentes y letradas.

Priscila y su marido Cornelio Pudente, recibieron al Apóstol Pedro en su palacio del Fiminal. Pomponia Grecina, matrona de alta alcurnia, esposa del consul Plaucio, hizo inhumar el cuerpo del Apóstol en la cripta del Vaticano,

---

[145] **Romanos**, XVI, 1-15

propiedad de su familia, y el de San Pablo en otro sepulcro en la vía de Ostia. Su nieta Plautila, discípula y amiga de San Pablo, igualaba a su abuela en fervor religioso. La Iglesia la venera como una de las primeras vírgenes cristianas. Ania Franotina, esposa de Antonio, no vaciló en hacerse cristiana. Práxedes y Prudencia hijas de Cornelio Pudente, cuyo palacio del Viminal fue la cuna del cristianismo en Roma, merecieron el privilegio de que el Papa Pío I estableciera en su morada la fuente bautismal. Cecilia convirtió a su marido, Valeriano a su hermano y a los enviados del prefecto Almaquio que fueron a darle suplicio. Estos últimos recibieron en su mismo palacio el bautismo administrado por el Papa Urbano.

«He pedido al Señor esta tregua —dijo la mártir— a fin de dejar en vuestras manos, Padre mío, los pobres que alimenté, y esta casa que deseo consagrar como iglesia para siempre».

Entre estas grandes cristianas, hermanas nuestras, debemos citar a Susana, hija del senador Gabinio, cuya sabiduría igualaba a su hermosura, y a quien Diocleciano, trató de unir en matrimonio con Maximino César. Pereció en el tormento juntamente con otras almas ganadas por ella al amor de Dios; y en el mismo día de su nacimiento en el cielo, el Papa Cayo consagró su palacio para celebrar en él los santos misterios.

Hiciéronse luego cristianas la emperatriz Severa, esposa de Diocleciano, y la hija de ambos, Veleria; Eutropia, esposa de Maximiliano Hércules, preparó el ánimo de su yerno Constantino en favor de la religión de Cristo. De origen griego, estaba dotada, como su hija Fausta, de gran belleza y singular talento, y a tales en cantos se unió su fervor religioso para triunfar del nuevo César; Constanza, su hermana, unió con ella sus esfuerzos para conquistarle a la fe, lo mismo que su madre, la emperatriz Elena,

El edicto de Milán, de 328, que *concedía la libertad del culto cristiano*, fue un inmenso beneficio debido, sin duda, al apostolado de los pontífices, pero también al de aquellas admirables cristianas, más incesante y persuasivo para el corazón.

Ellas continuaron su apostolado elevando templos al verdadero Dios; la emperatriz Fausta mandó construir una iglesia próxima a su morada suntuosa en Letrán, y Constanza, a su vez, hizo erigir otra dedicada a Santa Inés.

La emperatriz Elena, restauradora de los Santos Lugares profanados, levanto las basílicas de la Resurrección y de la Cruz, la de la Ascensión y la de

Belén. A la edad de ochenta y cinco años, en 326, emprendió el largo y peligroso viaje a Palestina, diciendo: «Marchemos sin demora a venerar los lugares donde el Salvador posó sus pies». Después, se dedicó a buscar la cruz de Cristo. «Aquí —decía— tuvo lugar el combate, ¿pero dónde hallaremos el signo de la victoria? ¿Es posible que yo reine mientras la cruz de mi Salvador se oculta entre el polvo? ¿Cómo queréis que me juzgue salvada mientras no vea el signo de la Redención?».

Las patricias abandonaron también sus palacios suntuosos del Aventino:

«Estableceré mi morada donde el Salvador tuvo la suya, y la patria de mi Dios será el lugar de mi descanso». —Así exclamo Paula, al llegar a Belén,

En Oriente, vemos a Pulqueria, nieta del gran Teodosio y heredera de su talento, que a los dieciséis años era tutora de su hermano menor, dando tales pruebas de sabiduría, que, en 415, le fue concedido el dictado de *Augusta*. Su energía contra las herejías de Nestorio y Eutiques, la valió el siguiente elogio del papa San León: *Jamás desfallecisteis en el sacerdocio ni en la fe cristiana. En nombre del bienaventurado Apóstol Pedro, y por orden suya, os encomiendo mi representación para tratar este asunto con el emperador*».

En 450, Valentiniano III llegó a Roma con Placidia, su madre, y Eudoxia, su esposa. El papa San León, los conjuró para que prestaran su ayuda a la fe amenazada. Tres años después, murió Placidia recomendando el sostenimiento de la ortodoxia en Oriente y legando a los pobres su fortuna.

Un siglo después, Constantina, esposa del emperador Mauricio, y su hermana Teotista donaron sumas considerables de sus recursos personales para rescatar a los cristianos, y prestaron al Sumo Pontífice el más desinteresado concurso.

El papa Gregorio el Grande, se dirigió directamente a Leoncia, esposa del cruel Focas, para exhortarla a seguir el ejemplo de Elena y de Placidia en defensa de la Iglesia. Bajo el mismo pontificado, Teodelinda, hija del duque de Baviera y esposa de Autaris, rey de los lombardos, convirtió a Agilulfo, con quien se desposo una vez viuda. Un cuadro la representa enseñando a su esposo el misterio de la Santísima Trinidad[146].

A esta Teodelinda dedicó sus diálogos Gregorio el Grande; de ella se valió para la conversión de los lombardos, y a ella dirigió su última carta. En

[146] Cuadro de Mateo Bader, *Bavaria Sancta*

615, al encargarse de la regencia del reino por minoría de su hijo Aldoaldo, hizo desaparecer los últimos vestigios del arrianismo y de la idolatría, ordenando edificar iglesias y monasterios, instruyendo al pueblo y cultivando las letras.

El Espíritu del Cenáculo se extendió rápidamente sobre el mundo bárbaro, en medio de las invasiones y trastornos del viejo mundo. Al impulso de los godos y de los vándalos, los galo romanos y los borgoñeses, más tarde los germanos y, sobre todo, los francos recibieron una misión providencial de las más fecundas.

Clotilde determinó la conversión de Clodoveo, y con ella la de los francos, «acontecimiento de una importancia inmensa[147]» contribuyendo también a estrechar las relaciones entre el clero y el trono. Construyó monasterios para que los religiosos continuaran su apostolado[148], y trabajo en distintas formas para el fomento de la civilización cristiana, después de ganar una gran victoria arrebatando su esposo al paganismo. *En la hora decisiva, Clodoveo invocó al Dios de Clotilde…*

¡Clotilde! ¡Genoveva! La reina y la pastora envuelven con su belleza ideal los primeros siglos de la historia nacional religiosa de Francia. La hija del pueblo tenía en sí algo de tan celestial, que el obispo San Germán, a su paso por Nanterre, la descubrió entre la multitud que la aclamaba y llamándola, felicitó a sus padres y la consagró a Dios desde la edad de quince años. Pronto Genoveva se hizo célebre por sus milagros y sus predicciones. Tranquilizó a los habitantes de París, aterrados por la proximidad de Atila y de sus hordas, asegurándoles que serían preservados de ellas. Esta preservación fue atribuida al poder sobrenatural de la virgen de Nanterre y a las exhortaciones que hizo para que todos confiasen en Dios y se entregasen al ayuno y a la oración. Algunos años más tarde, Genoveva libró nuevamente a París de los horrores del hambre por medio de otro beneficio social no menos ruidoso, distribuyendo milagrosamente víveres entre el pueblo... La reputación de su virtud y de sus milagros se difundió por todas partes; a su muerte, la iglesia de Mont-Lutèce irradió la gloria de la santa; pronto dejó de ser conocida con el nombre de iglesia de los doce Apóstoles y con el de iglesia de San Pedro; fue la *iglesia de Genovev*a, cuyo nombre llevo en adelante, como *patrona de Paris.*

---

[147] *Histoire de l' Eglise*, p. 190, por el Dr. Funk, trad. por Hemmer

[148] El más célebre de ellos es el Chelles consagrado a San Jorge, en su ciudad real.

Los restos de Clotilde reposan en una tumba próxima a la que encierra las de su santa amiga, y cuando algún peligro amenaza a París, son llevadas a la ciudad procesionalmente sus urnas. Así se ha perpetuado, a través de las edades, la pacífica realeza de Clotilde sobre la nación convertida por su medio en *Hija primogénita de la Iglesia* y los beneficios de la virgen de Nanterre.

Después, Radegunda, tan grande y tan conmovedora en sus desdichas, instruida y aficionada a las letras, fue maestra de los pobres en la real ciudad de Asties, *que convirtió en hospicio*. «Cuando los leprosos acercándose a la reina se descubrían, una criada se informaba de cuantos eran y de donde procedían, e inmediatamente disponía una mesa con manteles, copas, vino y cubiertos; después los hacía pasar con sigilo a fin de que nadie los advirtiese. Si se trataba de mujeres atacadas de lepra, se acercaba a ellas Santa Radegunda, las abrazaba, les besaba el rostro, las amaba con todo su corazón; luego, las lavaba con agua caliente, echaba aceite en sus manos, uñas y úlceras, y, por fin, ella misma servía a cada una la comida. Al salir de allí aquellos seres infelices, no faltaba la real generosidad de Radegunda, haciéndoles secretamente, sin más mediación que la de una criada, presentes de oro o de algún vestido».

No contenta con esto, aquella santa reina hizo construir en sus dominios, cerca de Poitiers, el célebre monasterio de Santa Cruz.

En España, Indegunda y Rigunta, de la raza merovingia, fueron Apóstoles de la fe, y la última logró convertir a Recaredo, su marido, que fue el fundador de la monarquía cristiana, y con él asistió al Concilio de Toledo.

La princesa franca Berta, nieta de Clotilde, fue la primera que iluminó a los anglosajones con la antorcha de la fe, negándose a contraer matrimonio con Etelberto, rey de Kent, si no la autorizaba para practicar libremente su religión. Lograda la autorización, supo disponer tan favorablemente el ánimo de Etelberto, que éste consintió en recibir a San Agustín, con los cuarenta monjes enviados por Gregorio el Grande para evangelizar su reino. El mismo papa escribía: «Bendigamos al Omnipotente que se digna reservaros la conversión de la nación inglesa, valiéndose de vos, como se valió de la gloriosa Elena, madre de Constantino, para encaminar hacia la fe cristiana los corazones de los romanos».

La gran Bretaña mereció entonces el dictado de Isla de los Santos. En ninguna parte fue tan grande el número de mujeres distinguidas por su nacimiento y sus virtudes que, tras de fundar monasterios, se encerraban en

ellos, después de instruirse para la vida religiosa en las abadías de Chelles, Jouarre y Faremoutiers. Entre aquéllas, las más célebres fueron: Hilda, Ebba y Eteldreda, Mildreda sus hermanas, princesas todas ellas de sangre real. La primera fundó dos monasterios que gobernó por espacio de treinta años con la mayor prudencia. En los países anglosajones, las abadesas tuvieron la misma autoridad que los obispos y los abades. Trataron los asuntos públicos con los reyes y príncipes, asistiendo en ocasiones a las asambleas nacionales.

Frideswida fundó otro monasterio, que fue cuna de la Universidad de Oxford, y Cuthburga estableció el de Winbourne, centro religioso importantísimo en su época, donde las abadesas Tetta y Lioba reunieron bajo sus órdenes a quinientas religiosas. A semejanza de sus hermanas del Cenáculo, recibieron el Espíritu de apostolado que las impulsó a separarse de su familia y de su patria, abandonando los amados monasterios, para prestar su eficaz concurso a los Apóstoles de Germania.

«¡Adiós —les dice San Aldelmo—, adiós, oh vosotras, flores de la Iglesia, perlas de Cristo, herederas de la celeste patria, hermanas mías en la vida monástica, y discípulas mías porque recibisteis mis lecciones! ¡Adiós, vírgenes fuertes y valerosas, seguid, perseverad, triunfad en vuestro santo empeño!».

Por sus virtudes religiosas, sus trabajos manuales, su cultura acerca de las sagradas letras, y por el estudio de las lenguas griega y latina, fueron honradas en los monasterios de Turín, Baviera y Franconia, poblados por esos santos admirables benedictinos.

Oda, también princesa franca, esposa de Ludolfo, duque de Sajonia, consiguió de él, en 852, la erección del famoso monasterio de Gandersheim. Un siglo después, fue abadesa en él Gerberga, hija del duque de Baviera, dotada de facultades brillantísimas. Apasionada por el estudio, fue maestra esclarecida de la joven Hrotswitha, oradora y poeta dramática, muy superior a todos los de su tiempo.

Otra abadesa célebre fue Santa Hildegarda, que ejerció gran influencia en su época. La correspondencia que sostuvo con papas, emperadores, príncipes y con el clero secular y regular, es interesantísima.

En el siguiente siglo, vemos a la abadesa Gertrudis, que supo unir a su aureola de santidad el prestigio de su saber. Estaba dotada de tanta humildad como de inteligencia, y durante cuarenta años fue sierva de sus hermanas.

También debemos citar a Eduvigis, esposa de Enrique, duque de Polonia y de Silesia, cuyas virtudes se reflejaron con el mismo brillo en su nieta, Isabel de Hungría. Apóstol de sus súbditos, Eduvigis les enseñaba la verdad, la justicia y la paz. Su valor igualaba a su celo. Libertó del cautiverio a su esposo y rechazo la invasión de los tártaros. Destrozada por el dolor que la causara la muerte de su hijo Enrique, dijo: «Dios mío, te doy gracias porque me hiciste madre de quien supo morir como mártir de su religión y de su patria».

En Bulgaria, el príncipe Bogoris recibió de su hermana la luz del Cristianismo; fue bautizado con el nombre de Miguel, y quiso que su pueblo fuese también admitido entre los hijos de Dios.

Los progresos de la Religión fueron lentos entre los rusos, hasta la conversión de la princesa Olga, en 955, cuyo nieto Vladimiro recibió el bautismo, y con él, la nación entera[149].

Mientras duró la lucha entre el Sacerdocio y el Imperio, en medio de los trastornos que surgían por todas partes, en los Estados y en los espíritus, apareció una mujer, inmortal tipo de abnegación cristiana; se llamaba la gran condesa Matilde, hija de Bonifacio, margrave y duque de Toscana, y de Beatriz de Lorena. Amaba a la lglesia con el más acendrado amor filial y, con ella, a su Italia. En defensa de ambas, prodigó tesoros y levantó ejércitos, a cuyo frente combatía. Alguna vez fue derrotada, pero, sin desfallecer, vengaba sus derrotas con sorprendentes victorias. Siempre fiel al Pontífice Gregorio VII, fue su confidente, su aliada y defensora. Al morir, después de amparar a Urbano II contra su primo Enrique IV, hipócrita y audaz adversario de los Papas, legó sus vastísimas posesiones a la Santa Sede, como última prenda de su amor por la Iglesia, intentando con esto establecer su independencia, que creyó ella ligada a la de Italia. Sus beneficios se extendieron a todos, libertó gran número de siervos en sus dominios, y en la hora de la muerte, dijo besando un crucifijo: «¡Oh tú, a quien tanto he servido, sírveme a mí ahora!».

«Con Matilde bajan al sepulcro el honor y la gloria de Italia» —dijo el capellán de Canossa.

Más tarde, dos mujeres, llamada la primera Catalina, de origen humildísimo, hija de un tintorero de Sena, Benincasa, y la segunda Brígida, de origen de príncipes, sirvieron poderosamente a la Iglesia y a la Cristiandad.

---

[149] *Histoire de l' Eglise*, p. 355 por el Dr. Funk.

Brígida de Suecia y Catalina decidieron a Gregorio XI a abandonar a Aviñon, residencia de los Papas desde hacía 70 años, y volver a Roma. Catalina combatió los escándalos, pacificó a Italia y sobre todo fue sostén del poder papal. Urbano II la llamó a Roma para que cooperase a la salvación de las almas y al restablecimiento de la unidad de la Iglesia. «Señor —decía—, si vuestro poder exige una satisfacción, no desechéis el ofrecimiento y la súplica de vuestra sierva: pronta estoy a sufrir el castigo que merece vuestro pueblo; gustosa apuraré el cáliz del sufrimiento y recibiré la muerte. Este fue mi propósito al consagraros mi amor y mi corazón».

Brígida era hija de Birger Person, aliado de los soberanos suecos. El 14 de Junio de 1303 nació esta niña «cuya voz será oída por el mundo entero»; así dijo la Santísima Virgen apareciéndose a Benito, cura de Findal.

Por voluntad de su padre, se unió en matrimonio con Ulfón, príncipe de Nericia. Al regresar de una peregrinación a Santiago de Compostela, murió su esposo en Arras, y mientras Brígida conjuraba a San Dionisio, patrón de Francia, para que le curase, el Santo, apareciéndosele, le dijo: «Soy el apóstol de los galos, y te pronostico que Dios ha de escogerte para que le anuncies en todo el universo».

En la corte de Magno, a donde la obligó a volver la voluntad del Señor, en su viudez, obtuvo Brígida del rey urgentísimas reformas y luchó esforzadamente para defender al pobre pueblo.

Pero su gran misión, como la de Catalina de Sena, fue la reforma de la Iglesia y de la Cristiandad por haber logrado el regreso del papa a Roma.

La historia nos dice también que el Cristianismo se implanto en Lituania por el matrimonio de Jagellón con la reina Eduvigis, en 1386. El rey recibió el bautismo, y una asamblea de grandes declaró religión del Estado al Cristianismo.

Mas he aquí que, en 1424, una vocación extraordinaria, única en la historia, le fue otorgada a una mujer, *pastorcilla* de diecisiete años, que estaba ya consagrada al Señor.

«A lástima movía el pueblo de Francia»; los ingleses invadían la mitad del territorio y la nación agonizaba.

Entonces Dios, valiéndose de sus mensajeros los arcángeles Miguel y Gabriel, por medio de las santas confiadas a su custodia, Catalina y Margarita, ordenó a Juana de Arco que «fuese a arrojar lejos del reino santo a los

enemigos» e hiciese consagrar rey a Carlos VII en Reims. «Hija de Dios —le dijo una voz—, ve, ve, ve, siempre estaré contigo»; y «parece, en efecto, cosa completamente divina verla y oírla».

Intrépida y decidida, concluyó por vencer, con sorpresa de todos, así los obstáculos, como las malquerencias y aun la oposición del mismo señor de Beaudricourt[150].

Partió con su escolta y reunióse con el rey en Chinón.

«Dios os guarde, gentil rey —dijo Juana acercándosele—. Dios me envía para prestaros ayuda y socorro, pues es su voluntad que vuestros enemigos, los ingleses, marchen a su país».

La doncella de Orleans terminó por convencer y ganar las voluntades. Libertó a Orleans y logró consagrar al Rey en Reims. Pero como no había terminado aún su obra de redención religiosa y nacional, corrió al combate.

El 13 de Mayo de 1430, llegó Juana a las puertas de Compiègne, y el 24, al amanecer, entró en la ciudad «sin pérdida ni daño»; pero pronto cayó en manos del enemigo.

«Ríndete y préstanos acatamiento», le decía la soldadesca encarnizándose en ella. «Entregué mi fe a otro que a vosotros, y sabré cumplir mi promesa».

Esta fue la sentencia de la heroína, de la patriótica Santa.

Encerrada dentro de una jaula de hierro, cruelmente encadenada, expuesta a la brutalidad y al cinismo de sus guardianes, la doncella no se vio libre de aquel tormento más que para sufrir otro mayor en los interminables interrogatorios...

¿Vióse jamás, so color de religión, semejante reunión de jueces, hipócritas, inicuos, vendidos y traidores a la Patria, a Dios y a su Iglesia?

«¡Juana, súfrelo todo con paciencia —le decían sus voces—, no te lamentes de tu martirio; llegaras al reino del paraíso!». Por fin sonó la hora del martirio.

El 30 de Mayo de 1430, Juana fue conducida a la plaza de Ruan para escuchar su sentencia. Como el Salvador, llevaba un cartel infamante: «Hereje, relapsa, apostata, idolatra». Lloraba sin dejar de orar, y el pueblo lloró con ella; pidió un crucifijo que besó amorosamente, colocándolo sobre su pecho, y subió

[150] Una profecía popular dijo que una mujer sería quien perdiese a Francia (Isabel de Baviera) y que una doncella nacida en la demarcación de Lorena había de salvarla. Juana recordó al señor de Breaudicourt esta profecía, aplicándosela a sí propia.

a la hoguera, rogando que sostuvieran ante sus ojos la imagen del divino Crucificado, para quien fue su última mirada, mientras pronunciaba en alta voz los nombres de Jesús y María.

¡La Francia de Juana de Arco fue libertada del yugo extranjero, conservó su nacionalidad y se vio preservada del error! Después de la Madre de Dios, ninguna mujer tuvo sobre la tierra más elevada misión.

En el gran drama de la persecución de los católicos de Inglaterra, las mujeres desempeñaron un papel magnífico; ora recibieron en sus casas, con peligro de sus vidas, a los sacerdotes proscritos, ora sufrieron, sin desfallecer ni murmurar, la prisión y los suplicios. Algunas expatriadas por las leyes penales, fundaron en Francia y en Bélgica conventos de su nación, en donde, durante tres siglos, tuvieron representantes todos los antiguos nombres católicos[151].

Sería interminable esta cronología. Volúmenes enteros se llenarían sólo con nombres de heroínas de los primeros siglos y de la Edad Media, pertenecientes a todas las clases y a todos los países; multitud desconocida, que ejerció el apostolado de Cristo a través de los siglos.

Durante el Terror, espantoso período de la revolución francesa, el valor religioso de la mujer llegó al heroísmo; confesó su fe al precio de su vida. Una multitud de cristianas de todas las condiciones se entregaron a la muerte por servir a Dios y a sus sacerdotes. Los ocultaban, reunían el rebaño fiel, les facilitaban la entrada en las prisiones, llevábanles allí ellas mismas los consuelos religiosos con los socorros materiales, pasaban en ellas noches y días para preparar a las víctimas a la muerte y, como en la Iglesia primitiva, les llevaron alguna vez el divino Viatico. Las que desempeñaban tal misión eran, por lo general, jóvenes solteras, como la señorita Humann, en Strasburgo. «Entre Jesucristo y ella se había formado una indisoluble unión[152]». Apóstol desde su juventud (tenía entonces diecisiete o dieciocho años), continuó siéndolo toda la vida, y Dios se sirvió de ella para conducir a Él aquel espíritu eminente que se entregó sin reserva «hasta la muerte y hasta la sangre por la

---

[151] Prefacio p. IX. —*Quatre portraits de femmes, épisodes des persécutions d' Anglaterre*, por la condesa de Courson.

[152] Después de la revolución, a pesar de poseer una fortuna considerable, la señorita Humann se negó a contraer matrimonio... Era hermana de M. Humann, ministro de Hacienda en el reinado de Luis Felipe. Su hermano fue quien la presento a M. Bautain, antiguo discípulo de la Escuela normal, y profesor de filosofía en Strasburgo.

verdad y por Dios[153]», y para atraer a Él numerosos jóvenes de la mejor sociedad que, a imitación de ella, renunciaron al más risueño porvenir.

Los que se agruparon así en torno del abate Bautain para prepararse a servir y defender al Cristianismo, dieron a la señorita Humann el nombre de madre. «Era para nosotros —dice el autor de los Souvenirs —[154] lo que en otro tiempo fueron para otros Santa Gertrudis, Santa Brígida, Santa Catalina de Sena. Como estas grandes Santas, era una madre de los obreros de Dios[155]».

Tan divina misión jamás fue interrumpida; siempre y por doquier, ha prodigado la mujer su abnegación por la salvación la de las almas al precio de los más grandes sacrificios, siguiendo el ejemplo de sus hermanas del Cenáculo. También en nuestros días, si hay muchos que se alejan del verdadero Cristianismo o le son hostiles porque le desconocen, es deber de la mujer ayudar al apóstol a devolver a Dios las almas descarriadas, e interesarse en todo bien, en todo esfuerzo generoso que favorezca los fines religiosos y sociales. Las mujeres son quienes principalmente deben llenar la misión pacificadora en medio de las divisiones y los antagonismos de nuestra sociedad. En las primitivas poesías, los anglosajones llaman a la mujer *la que teje las ligaduras de la paz*.

¡Nunca como ahora debe tejer esas ligaduras tan necesarias a todas las almas rectas, sinceras y de buena voluntad! Nada sería tan conveniente en la aurora del siglo nuevo como esparcir el espíritu de concordia y de paz que reinó en el Cenáculo entre los discípulos del Señor[156]. Allí se trataron y se ayudaron como «Hermanos hombres» y «Hermanas mujeres», dicen los Apóstoles dirigiéndose a los creyentes y a todos los bautizados por el Espíritu nuevo. Se instruían, se ayudaban y llevaban su unión hasta disfrutar en común de los bienes terrenales, por un sacrificio espontaneo y voluntario, inspirado en la doctrina de Jesús y en el espíritu de su divina caridad.

---

[153] Según expresión del abate Bautain

[154] P. Graty.

[155] *La vie et l' oeuvre du P. Graty*, por el cardenal Perraud. —*Correspondant* de 10 de Mayo de 1900.

[156] En honor de nuestra época, debemos decir que se hacen hoy generosos esfuerzos para que llegue un reinado de paz. Las ligas y los conferenciantes hacen un llamamiento a las mujeres para extender el espíritu de concordia. ¡Cuán bella ocupación es encargarse, no sólo de aminorar los antagonismos religiosos, políticos y sociales, sino tratar de hacer posible la proscripción de luchas sangrientas entre las naciones! ¿Es acaso esto imposible?... ¿Y quién sino las madres, las esposas, las hijas, las hermanas de aquellos que han de combatir habrá de tener mayor interés que en extender las ideas de pacificación y progreso?

«¿No sabéis acaso —dice San Pablo— que sois el templo de Dios, y que el Espíritu Santo mora en vosotros?». No; realmente demasiado pocos lo saben; esos maravillosos dones de gracia no son apreciados por la mayoría de los creyentes y bautizados. Sólo un número reducido, como el del Cenáculo, guarda en el alma la divina visita, llamándola ardientemente para mitigar su sed de paz, de luz y de amor.

¡Vayamos, pues, como nuestras madres de la fe, a llenar el mundo con nuestra comunicativa virtud, y, con ella, algo de la felicidad verdadera! ¡Llamemos con toda la energía de nuestras almas aquella Eterna Luz del Padre y del Hijo, que sin cesar baja de las cimas de la gloria! ¡La fiesta de Pentecostés se celebrara hoy como ayer, porque representa la unión perpetua de las almas con el Espíritu Santo!

FIN